



O. C. TAVIN

LUCHA A MUERTE



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. I.

- «La redada», núm. 10.
- «¡Traidor!», núm. 17
- «Persecución», núm. 24
- «Trampas mortales», núm. 30
- «Secuestro», núm. 35
- «A la desesperada», núm. 41
- «Armour, expulsado», núm. 47
- «Misterio en Viena», núm. 54
- «Pavorosa elección», núm. 57
- «Killer» a sueldo», núm. 67
- «Punto final», núm. 70
- «Entre esas brumas...», núm. 72
- «¡Terror!», núm. 75
- «El final de Rocco», núm. 76
- «Alias "Luger"», núm. 81
- «Al borde del abismo», núm. 89
- «La marca trágica», núm. 93



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator. (6).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (6).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando fumoso. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (2).
40. La ley del terror. (3).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varka. (3).
49. La Maffia. (1).

50. Alaska, final de ruta, (8).
51. Tras el telón de acero, (6).
52. Gangster de guante blanco, (9).
53. ¡Acusado!, (7).
54. Misterio en Viena, (5).
55. El genio del mal, (6).
56. Hombres armados, (10).
57. Pavorosa elección, (5).
58. La bestia escarlata, (3).
59. Huellas de ultratumba, (11).
60. S.O.S., (8).
61. Billetes malditos, (3).
62. Camino de perdición, (12).
63. Camaradas enemigos, (3).
64. A la deriva, (6).
65. ¡Odio!, (1).
66. Cita de madrugada, (3).
67. «Killer» a sueldo, (5).
68. Muerte en el atardecer, (4).
69. Loup-Garou, (3).
70. Punto final, (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura, (13).
74. El confidente, (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco, (5).
77. El vengador negro, (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado, (6).
80. Secreto de estado, (4).
81. Alias «Luger», (4).
82. Hora «D», (3).
83. Carne de horca, (4).
84. Tráfico mortal, (8).
85. Jack el invencible, (1).
86. Rastros perdidos, (6).
87. Contrato siniestro, (3).
88. Traición sangrienta, (14).
89. Al borde del abismo, (5).
90. Crimen y justicia, (1).
91. Hombres sin alma, (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica, (5).
94. Misión suicida, (4).

En preparación:

REBELION

AUTORES

- | | | |
|--------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Settes. |
| (2) Fred Baxter. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank Mc Fair. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wanton. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martín. | (14) F. N. Graw. |
| (5) O. C. Tavin. | (10) Jack Brooklyn. | |

CAPÍTULO I



AY buenas noticias, Grotowsky —dijo el comandante McCally, sentado ante su mesa, y haciendo un gesto para que se sentase el agente especial del F. B. I.

Alex Grotowsky—. Y frescas...

—¿De aquí, de Múnich? —preguntó Grotowsky, aceptando un cigarrillo del jefe del Departamento Militar de Investigaciones de Baviera, en el Ejército de ocupación americano.

—No, no. De más lejos, de mucho más lejos —sonrió el comandante, de facciones delgadas, inteligentes—. De... Polonia exactamente. Ha sido una gran suerte que haya podido escapar ese pobre hombre. Nos ha traído informes valiosos acerca de muchas cosas. Incluso de ciertas ramificaciones comunistas en la Alemania

occidental, que desconocíamos.

—Tendré trabajo, entonces —suspiró Grotowsky—. Hubiera jurado que aquí no pasaba nada, comandante.

—En los países democráticos siempre pasa algo, gracias a la libertad de que gozamos los hombres buenos... y los malos —sonrió el comandante—. En Múnich mismo hay células clandestinas comunistas mucho más fuertes de lo que hubiéramos podido suponer. Chelminsky nos lo ha asegurado.

—¿Es el que ha escapado de Polonia?

—Sí. Aún no ha podido declarar con detalles. Ha venido depauperado, destrozado moralmente. Está en el Hospital Josef, atracándose de vitaminas y reconstituyentes. Lo peor es que teme las represalias. Ha dejado en Varsovia a su mujer y una niña de dos años... Vaya usted a verle, Alex. Al fin y al cabo es compatriota suyo, aunque usted haya nacido en Nueva York —rió alegremente.

—Iré, comandante. ¿Se llama Chelminsky?

—Sí. Juljan Chelminsky. Ha sido combatiente del general Anders, ya sabe... Contra los alemanes primero, después contra los rusos, guerrillero... y espía nuestro desde hace tres años. ¡Vaya un hombre con redaños!

—Me interesa conocer al hombre. Será uno de esos patriotas «cien por cien», que tanto abundan en la patria de mis padres.

—Lo encontrará usted hecho añicos. No ha cesado de lamentarse y llorar, pensando en la suerte que correrá su esposa y su hijita —murmuró el comandante encogiéndose de hombros con desaliento.

—¿No ha podido traérselos?

—Ya le contará él. Tuvo que salir de Polonia a uña de caballo, andando, mejor dicho, caminando por las noches, con los esbirros de la Policía secreta rusa detrás. Ha tardado más de un mes en poder llegar a Berlín. Ya allí, saltó a nuestra zona, y para evitarle ser asesinado, nos lo han enviado a Múnich a toda prisa, sin declarar siquiera.

—¿Puedo ir a verlo ahora mismo? —preguntó Grotowsky, levantándose de la silla.

—Desde luego. Esta mañana ya fueron unos taquígrafos con el capitán Spencer, pero se encuentra el hombre tan débil que hay que espaciar el interrogatorio. No le apure mucho, ¿eh?

—Bien, comandante. Tomaré nota de aquello que pueda afectar

a Wàshington, como siempre.

—¿De informaciones de contraespionaje? Sí, desde luego. Chelminsky sabe de todo, según dice. Informaciones militares, de espionaje, de existencia de células clandestinas...

—Habrá que guardarlo bien, jefe. Ni aun aquí está seguro un hombre tan peligroso para ellos.

—En cuanto se reponga lo enviaremos a Estados Unidos. Merece el hombre vivir allí el resto de sus días, o, al menos, hasta que Polonia sea una nación decente.

—Voy allá. ¿Quiere usted algo, jefe?

—Nada, amigo. No le canse excesivamente. Los médicos dicen que tiene tratamiento para largo. Su preocupación lancinante es su mujer y su pequeña. Para eso no hay remedio, desgraciadamente.

Grotowsky bajó la cabeza, preocupado. Después hizo un gesto de despedida con la mano y salió del despacho del comandante, instalado en el Palacio de Justicia, en Elisenstrasse.

Subió a su «jeep» y partió velozmente hacia el Josef Hospital, ahora bajo dirección americana, donde recibían asistencia los súbditos americanos e ingleses.

El caserón, de piedra blanca, estaba en la esquina misma de la calle y frente a los jardinillos había siempre muchos coches oficiales. El agente especial pidió información sobre la sala donde estaba su compatriota, informándole una muchacha americana.

Penetró después en una habitación donde había una sola cama. En ella, un hombre que estaba tomando una merienda con gesto desganado. La enfermera le estaba regañando cariñosamente.

—Buenas tardes, señor Chelminsky —dijo Alex, sonriendo, mientras avanzaba hacia él con la mano tendida—. Espero que no se deje nada de lo que le están sirviendo —se expresó en polaco, muy correctamente, y el enfermo le miró con asombro y simpatía.

—Es demasiado, hombre —dijo señalando el plato, donde había mermelada—. Hace menos de dos horas me tomé otro igual. Me pinchan cada hora. Me hacen tomar reconstituyentes cada hora... Estaba muerto de hambre, pero ahora creo que moriré de lo contrario. ¿Y usted quién es, señor? ¿Otro médico?

—No. Soy un compatriota suyo. Polaco-americano —sacó su carnet del

F. B. I.

y se lo mostró—. Me envía el comandante McCally para hablar con usted, si está en condiciones, claro...

—Podrá hablar, pero sin excitarse —dijo la enfermera mientras se retiraba.

—Me han hablado del

F. B. I.,

en efecto —dijo Chelminsky. Era un hombre de treinta y cuatro años, de rostro muy delgado, demacrado, en el que se adivinaba su origen eslavo. Sus ojos negros eran grandes, de profunda mirada no exenta de patetismo. Su pelo, igualmente negro, era laso, muy largo, cayéndole a ambos lados de la cara—. ¿Y qué le interesa saber...?

—Me llamo Alex Grotowsky, y soy hijo de polacos, nacido en Nueva York hace treinta y dos años. El

F. B. I.

me ha destinado aquí para controlar las actividades antidemocráticas de los alemanes, el comunismo particularmente. También me encargo del contraespionaje. Usted dijo al comandante McCally que sabía que aquí hay células clandestinas comunistas, ¿no?

—Sí. Lo dije a los taquígrafos, que vinieron con un capitán del Ejército. Me interrogaron y dije cuánto sabía. Han de andar con cuidado, compatriota —respondió Chelminsky, moviendo la cabeza con aire pesimista—. Ellos llevan la ventaja de que con las libertades que encuentran pueden conspirar para hundirles. En caso de invasión, ya vería lo que es bueno...

—Si lo ha dicho a los taquígrafos, es inútil entonces que le interroge de nuevo. Pondremos remedio a esa situación, descuide. Creo que lo ha pasado usted muy mal para poder escapar de allá, ¿verdad?

Chelminsky hizo un gesto de horror, cerrando los ojos un instante. Tomó el cigarrillo que le tendía Alex. Y rompió a llorar súbitamente, medio ocultando el rostro tras las ropas de la cama. Alex le miró compasivamente, guardando silencio. Cuando aquel hombre lloraba, después de haber demostrado su valor, según dijera el comandante McCally, en multitud de ocasiones, no era por un motivo baladí, ciertamente. Aparte de eso, sus nervios debían de estar deshechos, tras las penalidades pasadas. Y el que su esposa y

su hija hubiesen quedado en Varsovia, expuestas a mil peligros mortales, si la

N. K. W. D.

se llegase a enterar de que había huido él...

—Bueno, amigo, bueno... —murmuró al fin Grotowsky, viendo que aquel hombre no podía dominar su desesperación y dolor—. Ya me dijo algo de lo que le ocurre el comandante —le puso una mano sobre las suyas, esqueléticas, muy largas, apretándoselas cordialmente—. ¿Siempre pasa eso? ¿Cree que su esposa sufrirá las consecuencias de su huida?

—Es seguro. Escapé cuando ya la Policía secreta rusa había averiguado que yo poseía buenos datos. No pude sino dar un beso a mi Úrsula y a María Theresa, mi hijita. No estaba preparado para la huida —murmuró Chelminsky sollozando—. De haber podido, las hubiera traído conmigo. Fue espantoso, Grotowsky. Cuando yo doblaba la esquina de mi calle, llegaban los agentes de paisano rusos para detenerme. Anduve toda la noche vagando por las calles más solitarias del *Ghetto* judío, hasta que pude salir al campo. Sin apenas dinero... Más de un mes andando, merodeando, hasta llegar a Berlín. Estaba medio loco, pero había de tener cuidado en no olvidar los datos que obtuve, pues no los podía llevar encima apuntados.

—¿No tenía amigos, compañeros, que le pudieran haber ayudado?

—En esos casos es mejor dejarles en paz. Se les compromete mucho. Dije a varios que huía, que ayudasen a mi esposa y a mi hija, pero...

—Lo habrán hecho, Chelminsky. No debe pensar lo peor, creo yo. ¿Qué profesión era la suya allá?

—Maestro de escuela. Como ella, Úrsula. Me dejaron cesante cuando ellos entraron. Ya, antes, los nazis lo habían hecho. Fui guerrillero, enlace entre ellos y los camaradas de la capital. Sabotajes, espía... ¡Una delicia! Nuestra Polonia no debe morir, Grotowsky —exclamó con voz exaltada, mirando con ojos de loco al agente especial—. Pero yo he hecho ya bastante, Dios mío. En cuanto esté fuerte, volveré allá, al lado de ellas, de mis pobrecitas...

—Eso será como entregarse para que lo liquiden, me parece —objetó Alex, encogiéndose de hombros.

—Yo he venido para cumplir con mi deber de patriota, no por miedo a perder mi vida. Desde el año mil novecientos treinta y nueve he estado peleando por la patria, contra unos y otros invasores. Yo he dejado aquí lo que me pedían ustedes y ahora tengo que volver. Si las han matado... —Se llenaron de lágrimas sus ojos—, pues moriré yo también. ¿Qué más me da?

Alex contemplaba con admiración a aquel hombre exhausto, ejemplo vivo del patriotismo y la fe del pueblo polaco. Y se sintió orgulloso de pertenecer a aquella indomable raza, a la que pertenecían sus padres, residentes en Estados Unidos desde 1910. También su padre hubo de huir, entonces, con su esposa, de las iras de rusos y alemanes, considerándole un rebelde contumaz.

—Cuando se reponga, iré a Estados Unidos —dijo Alex, sonriéndole con afecto—. Usted ya ha hecho bastante. Allí también se puede trabajar por la causa.

—¿Y mi Úrsula y mi hija? —gritó Chelminsky, en tono exasperado—. ¡No sabe lo que dice! ¡Me opongo a eso! ¡Yo iré a buscarlas o moriré donde ellas hayan muerto! ¡Pero moriré matando!

Alex lanzó un suspiro de compunción. Tenía sobrada razón el pobre hombre. Su vida ya no tenía objeto, sin su esposa y su hija. Había cumplido como un bravo patriota, pero a un precio terrible. No obstante, había que evitarle aquel nuevo sacrificio que deseaba imponerse. El volver a Polonia era volver a una muerte espantosa, sin beneficio para nadie.

—¿Cómo resiste nuestro pueblo la dominación? —preguntó después a Chelminsky, que parecía como aletargado, la mirada espantada fija en la pared de enfrente de la cama.

—Creo que es el pueblo dominado que menos se entrega —contestó el polaco, sordamente—. No crea nunca que Polonia se ha hecho comunista, como no se hizo nazi. Allí, hasta los comunistas son enemigos de Rusia. Todos nos hemos hecho del partido, como un medio de combatirlo en su misma guarida. Pero ante todo somos polacos, católicos y hombres de bien. Por eso, los rusos se desesperan con nosotros. Creen tener formado un partido y no reciben sino daño por nuestra parte. Sus represalias son terribles. Tanto como las nuestras, en cuanto se nos presenta ocasión.

—¿Estaba usted en tratos con personas bien enteradas de todo?

—preguntó Alex después—. ¿Cómo obtuvo los datos que ha traído?

—Entre nosotros no hay secretos, con las excepciones de rigor, claro. Pero un militar polaco dirá cuánto sepa a quien le interese saberlo, si es para hacer daño a Rusia: para un sabotaje, para un servicio de espionaje... Un empleado del Gobierno dará cuántos datos se le pidan. Un policía haría lo mismo. Un obrero de una fábrica de material de guerra hablará ante un patriota, facilitándole cuántos datos sepa, y le proporcionará medios para cometer actos de sabotaje. Polonia nunca se rendirá, como nunca se rindió cuando estuvo sojuzgada por alemanes, austríacos, rusos.

Alex se levantó. Encontraba a aquel hombre febril, exaltado, y esto le estaba prohibido.

—Siga reponiéndose. Volveré a verle, porque somos amigos, ¿verdad? —Le tendió la mano, que estrechó Chelminsky fuertemente.

—Somos compatriotas y amigos —repuso, mirándole fijamente—. Y diga que estoy dispuesto a volver allá, quieran o no. Dígaselo al comandante, al general, a quien sea. ¡Ya he cumplido con mi deber de espía y ahora he de cumplirlo con mi esposa y mi hija!

Salió Alex muy mal impresionado de aquella entrevista. Comprendía en toda su amplitud los sufrimientos de Chelminsky, el hombre que ante todo cumplió con su deber. Ahora se daba cuenta el polaco de lo que había dejado en su patria, considerando como un verdadero suicidio el volver a ella para unir su suerte a la de su esposa y su pequeña hija, pero mostrándose dispuesto a hacerlo sin vacilar. Era lo lógico.

Antes de la hora de la cena volvió al despacho del comandante McCally.

—¿Habló con Chelminsky? —le preguntó el militar—. Todo un hombre, ¿eh?

—Yo diría que un héroe —repuso, sonriendo, Grotowsky—. También diría que de cada cien polacos, noventa y cinco harían lo mismo, si es para defender a su patria, a su religión. Según Chelminsky, Polonia es hoy la nación más rebelde a la opresión. No sé en qué pensamos cuando la dejamos, al terminar la guerra, en manos de Rusia.

—La borrachera del triunfo, indudablemente. Las falsas promesas de Rusia, sus artimañas —contestó, dubitativamente, el

comandante—. Si hubiéramos seguido hacia el Este sin parar, en vez de detenemos en el Elba, liberando a esos pueblos oprimidos... Rusia no tenía fuerzas ya para resistirnos.

—Lo que me preocupa mucho es la suerte de esa mujer, la esposa de Chelminsky, y su hija —murmuró Alex, cuya voz, en efecto, demostraba su inquietud—. Ese hombre no se merece tal infortunio.

—Doy por seguro que, si no ha podido esconderse, la pobre mujer lo estará pasando pésimamente, si no ha sido asesinada ya. Es la costumbre de los rusos. O vuelve él o ella muere. Pero no creo que sea posible hacer nada.

—Hacer, hacer... —Se encogió de hombros el agente especial—. Como hacer, algo se podría, jefe.

—Nada, Grotowsky —afirmó el comandante, con aplomo—. No cabe una reclamación diplomática. Chelminsky es polaco..., y espía a nuestro favor, aunque instigado por su patriotismo. Espero que usted no alentará las esperanzas de ese hombre en tal sentido, ¿verdad? Ya tiene bastante el pobre.

—No lo he hecho. No le dije nada. Solamente he pensado por mi cuenta —dijo Alex, apretando las mandíbulas—. Pensé que se puede ir por ella y traerla. Nada más que eso.

—No puede hacerlo, muchacho —objetó el comandante—. En cuanto Chelminsky aparezca en la frontera, será detenido. Aún temo más: que vengan a secuestrarlo o a asesinarlo. Por eso hay que despacharlo para Estados Unidos lo antes posible.

—No lo digo por él, jefe —replicó Alex, secamente—. El no puede ni debe ir, porque eso equivale a un suicidio. Podría ir otra persona, debidamente aleccionada, documentada. Que conozca el idioma, la situación allí, las personas de confianza que pueden ayudar...

El comandante McCally miró fijamente a Alex, que sostuvo la mirada impertérrito. Sacó un paquete de cigarrillos y le alargó uno, silenciosamente, al agente especial.

—Imposible, Grotowsky. Cuente con que seguramente esa mujer ya ha sido sacrificada a la ira de la

N. K. W. D.

¿No le ha dicho que cuando huyó ya estaban los rusos encima, que sabían sus manejos y que iban en su busca? Ha pasado un mes

desde entonces. Esa mujer y su pequeña no deben estar ya en el mundo de los vivos. Yo jamás autorizaría a que un hombre bajo mi mando, ¿me entiende, Alex?, corriese semejante aventura, que equivale a otro suicidio. No sueñe, amigo...

—Yo pertenezco al

F. B. I.,

jefe —dijo suavemente Alex, sonriendo amistosamente, un tanto irónico—. Si mi Estado Mayor me ordena una cosa, la cumplo...

—Su Estado Mayor jamás le autorizaría a eso, Grotowsky —saltó el comandante, muy asombrado por las palabras del joven—. Es usted el que desearía hacerlo, ¿verdad? Pues no sea loco, muchacho. No hay ninguna probabilidad de éxito en esa empresa. No tenemos siquiera la leve esperanza de que esa pobre mujer esté viva, ni su hija. Sabemos cómo desaparecen las personas en esos países bajo el dominio de Rusia.

—¿Y si viven aún y es posible rescatarlas? ¿No sería horrible el que por indecisión se consumase el hecho, pudiendo haber sido evitado? —murmuró Alex, con creciente excitación—. No creo que sea tan difícil ir a Polonia, enterarse de lo que ha ocurrido con ella y proceder en consecuencia. Si nada hay que hacer, volver.

—Grotowsky, usted parece que quiere ignorar que todo eso es mucho más complicado de lo que desea hacerme ver —sonrió el comandante—. Lleva usted conmigo casi un año y le conozco. Sé que tiene una hermosa cabeza de granito y que, cuando algo anida en ella, se sale con la suya. Pero hay cosas que no deben ni pensarse, de veras. Está a mis órdenes y me opongo formalmente a informar favorablemente ese descabellado proyecto. Su generosidad pasa del límite razonable.

Alex bajó la cabeza, entornados sus ojos. El comandante pensó que aquel joven, lleno de salud y energías, de temperamento generoso; noble, pero también impetuoso, arrojado, se encontraba dispuesto a saltar por encima de todo para conseguir lo que su corazón le dictaba. Eso era lo peor: que era su corazón el que mandaba en él ahora, en vez de la cabeza, la reflexión, la prudencia. Y esto era muy mala cosa, tratándose de Grotowsky. Porque se saldría con la suya...

—Buenas noches, jefe —dijo el agente especial, huidiza la mirada, recogiendo su sombrero flexible de encima de la mesa de

despacho.

—Buenas noches, Grotowsky. Oiga: ¿le ha dicho Chelminsky que usted podría hacer eso que piensa?

—No, jefe. Dice que él volverá, por encima de todo, en cuanto se encuentre mejor. Es natural...

—Bien. Buenas noches, muchacho. Ya cuidaremos de salvarle la vida, aunque no quiera él. ¡Parece que todos estamos locos!

Alex llegó a su hotel, en Von der Tann Strasse, muy cerca de una de las puertas del gran parque Englischer. Era la hora de la cena y las mesas estaban ya ocupadas por los alojados allí. En la suya, como siempre, se encontraba el sacerdote católico polaco Naubitch, de edad avanzada, exilado de su patria. Tenía a su cargo dos capillas, en la ciudad, de la colonia polaca, de rusos católicos, rumanos y húngaros. Tenía una larga barba, blanquísima, y todo en él era pulcro, discreto, suave, hasta su habla, reposada, como un murmullo.

—Buenas noches, padre —dijo el joven, sentándose frente a él y mirándole con ternura—. Ha hecho bien en no esperarme.

—Me caía de inanición, hijo. Debes disculparme. He pasado un mal rato esta tarde, no hace sino una hora, pero ello no me ha quitado el apetito. No sé quién dijo que somos animales de costumbres las personas.

—¿Un mal rato? ¿Alguien que se moría, y tuvo que asistirle?

—No. Alguien que ha regresado de la muerte, mejor dicho. Pero que no va a saber seguir viviendo. Un pobre evadido de nuestra patria, que está en el Hospital Josef. Dejó a su pobre esposa y una hijita allá.

—¿Quiere decir que ha estado hablando con Juljan Chelminsky? —preguntó, sonriendo, Grotowsky.

—Sí... ¿También tú has hablado con él? Es horrible su caso, aunque no único, ni mucho menos. Todos cuantos hemos tenido que huir dejamos nuestro corazón en la patria querida.

—Ese pobre hombre quiere volver a Varsovia, a buscar a su esposa y su hija. Es una locura, pero creo que tiene razón. Si alguien pudiera ir a traerle esos seres queridos...

El padre Naubitch dejó de comer sus acelgas, mirando fijamente al agente especial. Un brillo extraño había en sus ojos pardos. Juvenil fulgor lleno de coraje y decisión, pese a sus ochenta y dos

años.

—Si yo tuviese tu edad, Alex, hijo mío..., ¡yo iría a sacar de aquel infierno a esos dos seres queridos! ¡Y si viven aún, los traería!



¿EL MEJOR ALMANAQUE DEL AÑO?
Sin duda alguna, el
EXTRAORDINARIO
DE
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡32 páginas maravillosas sólo por 4 ptas.!

CAPÍTULO II



El siguiente día, Alex fue a conversar de nuevo con Chelminsky. Y después puso un radiograma al Estado Mayor del

F. B. I.,

solicitando un permiso de un mes. Desde que estaba destinado en Alemania no lo solicitó, pese a haber verificado trabajos muy penosos, llenos de actividad, y a que se le indicó que podía regresar a Estados Unidos para ver a sus padres, si lo deseaba, durante el mes que ahora pedía de permiso.

El comandante McCally iba observando con Inquietud los extraños manejos de Alex, muy excitado, que consultaba planos de Varsovia con gran frecuencia, así como los datos que se poseían respecto a las formas en que otros exilados consiguieron evadirse de las naciones sojuzgadas por Rusia, y aquellos que entraban

clandestinamente, en cumplimiento de secretas órdenes. El agente especial nada le decía a este respecto, pero él ya lo conocía bien y sabía que en aquella cabeza de granito había germinado la idea quijotesca que expusiera en anterior entrevista.

La contestación del Estado Mayor del

F. B. I.

fue favorable. Podía hacer uso del permiso de treinta días que había solicitado, poniéndose de acuerdo con el comandante McCally.

—Mis superiores me dan el permiso que solicité, jefe —dijo el agente especial, mostrándole el cable—. Si usted no me necesita...

El comandante leyó atentamente el papel. Lo dejó sobre la mesa, pensativo, atusándose el fino bigote canoso.

—No ha dicho usted para qué solicita ese permiso, Alex —dijo después, mirando con reproche al agente especial—. Ha ocultado la verdad a sus jefes. ¿Cree que se lo concederían si supieran lo que piensa hacer?

—En esos treinta días yo puedo irme de cacería a África, dedicarme a pescar truchas en el Rhin o darme un paseo ante las pirámides de Egipto —replicó, sonriendo, Alex—. Soy libre de hacer lo que me parezca, ¿no?

—Sí, sí... Menos buscamos preocupaciones innecesarias, muchacho. Existe el peligro cierto de que van a pasar los treinta días de permiso sin que aparezca por aquí. ¿Y entonces? ¿Vamos a tener que lamentar su locura, suponiéndole asesinado en Polonia? Una desgracia más, pero esta vez buscada por usted mismo. ¿Y sus padres? ¿Qué les digo cuando no vuelva más?

—Ellos comprenderán. Son polacos y saben de eso mucho. Tuvieron que huir también de allá. Y mi padre estuvo en Varsovia, clandestinamente, para conspirar contra los rusos. Era un hombre especial...

—Como usted. Bien; yo no sé qué decirle ya. Me parece que debiera informar a sus jefes sobre lo que se propone. Quiero tener la conciencia tranquila y que no se me diga que no he aconsejado bien a un buen amigo como usted. Es absurdo lo que se propone, Alex. ¡No deben vivir ya esa mujer y su hija!

—No lo tome así, jefe —rió Alex, con buen humor—. No es sino una aventurilla, créame. Yo pienso en la felicidad que puedo proporcionar a Chelminsky, a ellos tres, si consiguen estar reunidos

en Estados Unidos, sin temores, con tanto como se lo merecen. Ese hombre todo se lo merece. Hagamos algo por él, ya que se ha sacrificado por la buena causa de la libertad.

—¡Pero si no las encontrará, Alex! Si lo más que encontrará será la tumba donde reposen... Si hubiese la más mínima posibilidad de rescatarlas, crea que yo también le acompañaría, aunque no soy polaco. A cambio de eso, nos exponemos seriamente a perderlo a usted.

—Volveré, jefe. Si yo no fuese un poco más listo que los rusos, aunque también soy eslavo, me arrojaría al paso de un camión —repuso Alex, con su buen humor contagioso, que hizo reír al comandante.

Al siguiente día volvió a ver a Chelminsky, que seguía en la cama, sujeto a un plan riguroso de restablecimiento. Se sentó a su lado, estrechando su mano calurosamente.

—¿Cree usted, Juljan, que yo podría intentar ir a rescatar a su mujer y su hijita? —le dijo, con voz indiferente, mientras le observaba de reojo.

El polaco volvió lentamente la cabeza, mirándole con infinito asombro.

—Usted..., ir allá, en su busca... —murmuró, con trabajo, muy pálido el rostro—. Usted...

—Yo, sí. Porque lo que no puede ser es que vaya usted. Eso tiene que quitárselo de la cabeza. Podría ir yo, tentar a la suerte... No me hago ilusiones, claro, pero...

—¡Dios mío, eso es una locura! A mí me conocen allí. Tengo amigos, como hermanos, que me esconderían, me ayudarían... Usted sería allí como una roca en medio de un mar furioso. Desconfiarían de usted, no le harían caso, y hasta es probable que, creyéndole un confidente de la

N. K. W. D.,

le quitasen la vida. Usted no puede encontrar a Úrsula, si la han escondido mis amigos. No querrán nada con usted...

—Si usted me ayuda, dándome informes, todo eso lo podría allanar. Tengo cierta confianza en mí, Juljan. En mi profesión sabemos salir de apuros casi siempre.

—¡No, no! Es una locura, Alex —contestó, sollozando, el polaco—. ¡Por qué me lo ha dicho, hombre! ¿No comprende que ahora mis

esperanzas son mayores, que gracias a usted, hermano, ya puedo admitir que volveré a ver a mis pobres abandonadas? ¡No, no, no lo haga! ¡Eso es cosa mía, mía!

—Bien, Juljan; dejemos eso por ahora. Cuénteme cosas de Varsovia. Yo estuve allí el año mil novecientos treinta y cinco. Un viaje para conocer la tierra de mis padres. Entonces, Varsovia era una ciudad alegre, casi feliz. Necesito que me dé nombres de sus buenos amigos, los de confianza; los que me puedan orientar y ayudar a encontrar a Úrsula y la pequeña. Aquí tenemos toda clase de documentos falsos que valdrán para pasar el telón de acero. Podré ir hasta Varsovia, y eso no me inquieta. Lo que quiero es encontrar gentes que se fíen de mí y yo de ellos.

—¡Dios le bendiga, Alex! Yo quisiera... —Se limpió los ojos con el dorso de la mano—. ¡No sé lo que quiero! Si usted volviese con ellas..., Dios mío. Pero si encontrase la muerte... ¿Qué haría yo, si no puedo sentir más dolor del que tengo, si usted cayese en esa empresa, que le es ajena?

—Bobadas, Juljan, bobadas —contestó, afectuosamente, Alex—. Haga memoria y dícteme nombres, direcciones.

—Tengo una fotografía de Úrsula y María Theresa. Coja, en ese armario, mi americana, haga el favor. Son dos benditos seres, más hermosos...

Alex obedeció. Sacó una cartera en muy mal estado, y se la entregó a Chelminsky, que lloraba de emoción, destrozados sus nervios. El polaco, con mano trémula, sacó una cartulina tamaño postal, muy maltratada, y la besó muchas veces, murmurando frases de cariño. La secó después con la sábana y se la entregó a Alex, que la examinó curiosamente.

Era una hermosa mujer la que se veía en la fotografía, en busto, sujetando a una niña de corta edad contra su pecho. Tenía un cutis blanco y hermosos ojos la madre. Labios finos y facciones regulares, amables, dulces. Sonreía, y también la niña, de rostro hermoso y ojos grandes, oscuros.

—La hicieron hace unos meses —explicó Chelminsky—. Ella me dijo que, como estaba corriendo tantos peligros yo, quería llevarse en mi corazón esto, para que no las olvidase. Yo me hice otra, que debe tener ella. Es todo cuanto tenemos el uno del otro... —Guardó la fotografía en la cartera, después de besarla.

Después, Chelminsky fue dándole los datos que el agente especial le pedía, así como nombres y direcciones.

—Todo esto lo aprenderé de memoria, porque no es posible que lleve conmigo ninguna documentación comprometedora para sus amigos de Varsovia —explicó Grotowsky cuando terminó de tomar notas.

Y un rato después dejaba en su cama al polaco, que le enviaba múltiples bendiciones, llenos los ojos de lágrimas de reconocimiento.

En el Palacio de Justicia fue, de despacho en despacho, solicitando impresos falsificados de documentaciones, salvoconductos, cartillas de racionamiento, pasaportes, carnets del Partido comunista polaco, sellos de cotizaciones, todo ello copiado de originales que los espías polacos hacían llegar a los aliados, así como los exilados y refugiados. En breve, poseía una documentación, a su nombre, completa. Constaba en ella, en diversos oficios, que era un miembro de los que asistieron a la Conferencia Pro Paz de Berlín en nombre del Comité provincial del Partido Comunista de Polonia, en Varsovia.

En su hotel, parte de la noche hubo de pasarla recitando nombres y apellidos polacos, con sus direcciones, así como un prontuario de cargos del Partido comunista, teniendo ante la vista las notas de Chelminsky. Había de ser como el cómico que ha de aprenderse de memoria el papel, con el inconveniente de que no podía llevar consigo al apuntador.

Fue a ver a la mañana siguiente a su jefe, el comandante McCally.

—Tiene ya la plaza en el avión de las tres de la tarde para Berlín —dijo el militar, mirándole hoscamente—. ¿Tiene también todo lo suyo al corriente?

—Sí, jefe. Llevo ropas usadas, de las que se fabrican en Polonia y Rusia, con las etiquetas de establecimientos colectivos de Varsovia, así como el calzado, ropa interior, pañuelos y todo lo demás. Lo que siento es tener que dejar mí «Lugger» aquí...

—Se salió con la suya, muchacho —refunfuñó el comandante, mirándole con fingida animosidad—. Dios haga porque vuelva, porque si no sus jefes del

F. B. I.

me van a culpar de su locura. Conste que si dentro de un mes no ha regresado, yo doy parte de usted y no me callo nada, ¿eh?

—De acuerdo. Espero estar aquí bastante antes de esa fecha y con esa mujer y su hija —respondió Grotowsky, sonriendo animosamente—. Va a ser una aventura estupenda, comandante. ¡Lástima que no quiera acompañarme!

—¡No me diga! —Dio un puñetazo sobre la mesa el comandante—. ¿Cree que si pudiera no lo haría, siendo con usted? Le tengo envidia, de veras. A veces, uno quisiera romper la rutina de su vida haciendo algo extraordinario, lleno de excentricidad y peligro. Si usted se sale con la suya, se verá rodeado de gloria, indudablemente. Será un héroe... Pero mi deber, compéndalo, es evitarle toda ocasión de peligro innecesario. No es usted un simple particular, que hace lo que quiere de su persona, sino un agente del Gobierno, cuyos servicios son útiles, necesarios. En fin, márchese, y que Dios le ayude.

—Gracias, jefe. Si dentro de un mes no he vuelto, le ruego diga a mis viejos... lo que sea necesario para que recen por mí. No les extrañará mucho lo que he hecho, porque nuestra sangre es la misma. Adiós, jefe —le tendió la mano, como si aquella despedida fuese solamente por unas horas, y salió con paso vivo, nervioso, sonriendo alegremente.

De vuelta al hotel, fue metiendo sus ropas en una maleta especial, tosca, de fibra y madera, pero ingeniosamente construida para los servicios secretos del

F. B. I.

En ella, entre la armadura de madera y la cubierta de fibra, había escondites donde se podían guardar documentos, tubos de cristal con poderosos explosivos, narcóticos, una pistola pequeña, extraplana, con sus municiones; una lima de buen acero y un cuchillo de hoja plegable. Todo ello no aumentaba apenas su peso, una vez llena, y haría falta tener una fundada sospecha y mucha astucia para hallar aquellos objetos.

A las dos y media estaba ya en el aeródromo, entre civiles y militares que iban a tomar el avión para Berlín. Iba vestido con un gabán raído, una gorra de corte corriente, como las usadas por los obreros de las ciudades polacas, y botas toscas, sucias. No le fue preciso pasar ante la inspección de vigilancia americana para ser

revisado su pasaporte. El

F. B. I.

le protegía, así como el comandante McCally, mientras estuviese en Alemania occidental.

El avión se elevó, con el pasaje completo, y Alex miró hacia abajo con cierta melancolía, contemplando la ciudad. Su aventura daba comienzo. Y con ella, Dios sabía qué azares, peligros y suerte. En el Hospital Josef quedaba un hombre atribulado, un héroe de la lucha contra el mal, que todo lo esperaba de él. Chelminsky ya había hecho mucho más de lo que le correspondía. Todo lo que significaba felicidad para él lo había sacrificado por cumplir con su deber. Era un ejemplo admirable de patriotismo y abnegación que requería su premio. Y había que tratar de otorgárselo devolviéndole su mujer y su hija.

El

«DC-6»

volaba raudamente hacia el Noreste por encima de las campiñas verdes, aldeas y ciudades alemanas. Aquel camino aéreo ya lo había recorrido él muchas veces, en misiones oficiales, pero siempre más tranquilo que ahora. Iba a su lado un oficial inglés, muy rígido y estirado, que pugnaba por no tropezarle con su uniforme flamante, irreprochable, dirigiéndole miradas de descontento. Seguramente disgustado de que un simple obrero, nada aseado, compartiese el asiento con él.

Hacia las seis, el avión enfiló el pasillo aéreo que conducía a las pistas de aterrizaje de Tempelhof. Unos cazas soviéticos vigilaban ostentosamente el espacio, acercándose al avión de transporte y haciendo cabriolas a su alrededor.

Bajó del «Douglas» y tomó un taxi seguidamente. Al chofer le ordenó le condujese a Wurzestrasse, muy cerca del límite de demarcación de la zona americana con la rusa. Estaba allí el Hotel Neckar, al que jamás había ido, pero que le recomendaron como frecuentado por los berlineses de la zona oriental y rusos.

En su habitación, se aseó un poco y salió a la calle después. Quería ver si la vigilancia de los rusos era severa en la barrera de demarcación. Pero constató que no era así, al menos con aquellos que consideraban como obreros, los cuales no hacían sino exhibir su salvoconducto y pasaban a la zona oriental seguidamente.

Volvió al hotel, cenó abundantemente y cogió la maleta, pagando su breve hospedaje. Con paso firme fue a la barrera, sacó del bolsillo del gabán el salvoconducto, arrugado y un poco sucio, y lo mostró al centinela soviético, con su fusil ametrallador colgado del hombro.

—¿La maleta ésa? —preguntó el centinela, haciendo un gesto para que la abriera—. ¿Vas a Polonia?

—Si, camarada —y Grotowsky la abrió, incorporándose.

El soldado movió un poco las ropas, cerrándola de golpe después.

—Pasa —dijo, secamente—. ¿Tienes todos los papeles en orden? Pasa a aquella oficina.

—Si, camarada —y obedeció diligentemente, la orden.

En la oficina de revisión de pasaportes, un sargento los examinó atentamente. Sonrió al preguntar a Grotowsky:

—¿Has visto algo más colosal que nuestro Congreso Pro Paz, camarada? Debes proclamarlo a gritos en Varsovia, que buena falta hace. Que vean que no somos demagogos... Sigue, camarada. Tienes una hora hasta que el tren parta.

—¡Fue estupendo, estupendo! —exclamó Grotowsky, mientras se alejaba del despacho a toda prisa.

Sonrió cuando se vio en la calle, mal alumbrada, por la que circulaban los transeúntes con paso rápido. Estaba a unos centenares de yardas de la zona americana tan sólo y parecía que hubiese entrado en alguna ciudad soviética muy del interior. Había más Policía vigilante, más «*jeeps*» yendo y viniendo rápidamente, mucho menos tráfico particular.

Estaba ya en aquella tenebrosidad que se palpaba, que podía observarse en los establecimientos alemanes, con escaparates pobres, que exhibían mercancías de mal gusto, sin adornos ni ostentación, y que en muchos estaban vacíos.

Fue andando hasta la estación. Encontrar un «taxi» allí era empresa difícil, si no imposible. Por entre los edificios en ruinas, cercados por alambradas, fue adelantando camino, muchas veces casi a oscuras. Los berlineses de aquella zona iban mal vestidos, hoscos, y todos parecían como desconfiados, en su caminar rápido, lanzando miradas de reojo a su alrededor.

Hubo de ponerse al final de una larga cola ante la ventanilla que

despachaba billetes para Varsovia. Un agente alemán, con otro soviético, empujaban al público, ordenando a su manera aquella cola. Nadie protestaba cuando un soldado soviético o un paisano con una estrella roja en la gorra se colocaba ante la ventanilla, exigiendo billete sin esperar turno.

Cuando faltaban cinco minutos para salir el tren, el agente especial subió al vagón de tercera clase, viejo, despintado, con muchos cristales rotos en las ventanillas. Y lanzó un ahogado suspiro cuando vio que tendría que salir de Berlín sin tener asiento. Los pasillos estaban llenos ya, con multitud de fardos que impedían moverse, además de los viajeros, silenciosos, que leían los periódicos de la tarde.

Hacía frío y hubo de subirse el cuello del gabán mientras el convoy marchaba lentamente por las llanuras hacia el misterioso Este sombrío. En menos de dos horas le habían pedido tres veces la documentación agentes de paisano rusos, seguidos de soldados. Pero la exhibición de su carnet del partido ponía cierta complacencia en aquellos esbirros, que no escatimaban su mal humor cuando se dirigían a simples ciudadanos polacos o alemanes que solamente mostraban sus salvoconductos o pasaportes.

Pasó así la noche, en pie en el pasillo casi siempre, en medio de un ambiente frío, sin hablar apenas los viajeros entre ellos, mirándose de reojo, tal vez creyendo tener a su lado agentes secretos o espías.

El amanecer llegó cuando faltaban pocas horas para llegar a Varsovia.

En Lodz, nuevos agentes policíacos, con soldados, revisaron las documentaciones. Su carnet le valió, como siempre, una sonrisa de halago del agente soviético. Le ofrecieron, en otro vagón, un asiento libre, pero Alex lo rehusó, previendo que tratarían de entablar conversación con él.

Al fin, a lo lejos, ya cerca del mediodía, distinguió la mancha gris de la ciudad de Varsovia, y, a ratos, el curso del Vístula, ancho, de color sucio, por entre hileras de chopos y praderas verdes. El tren daba una gran vuelta para entrar en la ciudad por el Este, pasando por un gran puente de hierro.

Bajó del vagón, en la estación aún medio derruida por la guerra, y siguió a los viajeros, conducidos por agentes policíacos de

uniforme, polacos, hacia la Inspección. Dejó la maleta sobre un mostrador, abierta, y un agente la examinó cuidadosamente, vaciándola. Alex se sintió un poco inquieto cuando el hombre, desconfiado, comenzó a tomarla a peso, examinando su construcción.

—¿Vienes de Berlín? —le preguntó al agente especial, no obstante haber visto su pasaporte y su carnet—. ¿A qué has venido a Varsovia?

—Soy de aquí, camarada —repuso, secamente, Alex—. He ido al Congreso Pro Paz, que ha estado estupendo...

El agente le lanzó una furiosa mirada. Alex pensó que aquel hombre no sentía simpatía alguna por el comunismo. Era uno de tantos polacos patriotas, aunque infiltrado en la maquinaria soviética de represión.

—Que te aproveche —contestó el funcionario, trazando un signo, con tiza, sobre una tapa de la maleta—. ¡Otro!...

Bueno; pues ya estaba en Varsovia... En la plaza Konsomol, según rezaba un cartel, sobre una farola. Y las casas, alrededor, derruidas por las granadas y, bombas alemanas y rusas. El asfalto estaba a grandes trozos roto y los charcos sucios parecían hoyos producidos por aquellos proyectiles caídos el año 1939.

No se le acercó un mozo, no los había, para cogerle la maleta. Había, sí, varios hombres desharrapados, que le miraron como si hubieran deseado prestarle tal servicio, pero un agente de Policía polaco les impedía hacerlo. En la «democrática» Polonia no había criados, mozos ni servidores. Ni un «taxi» tampoco.

Tomó por una calle ancha, que iba hacia el centro de la ciudad. Más edificios en ruinas, rodeados de alambradas, malolientes, y entre ellos pequeñas casuchas de madera con techo de cinc, donde pululaban chicos mal vestidos, desgriegados, sucios.

La plaza Roja, antiguamente plaza del Ayuntamiento, tenía igualmente muchos edificios derruidos, aunque se estaban reconstruyendo. En medio de los jardines, había una estatua de Stalin, de gran tamaño. Y rodeando la figura, un grupo alegórico de los combatientes polacos «por las democracias populares».

Grotowsky, todo ojos, examinaba aquella ciudad, que él conociera, no hacía muchos años, alegre, elegante en su parte céntrica, con millón y medio de habitantes. Las muchachas

varsovianas que veía ahora vestían peor que aquellas otras de los «slums» del Harlem italiano o hispanoamericano. Y sus rostros expresaban cansancio, carencia de alegría o coquetería. Zapatos de modelos muy anticuados, averiados, o botas horribles; faldas largas, de corte extraño, que las hacían aparecer como viejas solteras virtuosas. Y blusas sucias, ajadas, de colores chillones.

La plaza estaba muy concurrida de gentes que parecían pasear, pero que, en realidad, ofrecían, con voz queda, artículos intervenidos: pan, tabaco, bebidas rusas y polacas, telas, calzados, medias y calcetines. Los agentes de Policía paseaban entre los vendedores clandestinos con aire indiferente.

Ya cerca del río, torció el joven a la izquierda y se metió en un dédalo de callejas donde había muchas mujeres paseando, que huían apresuradamente al aparecer un policía. Alex se sintió confuso cuando una hermosa mujer le pidió, con acento lastimero, unos zlotys mientras le miraba con sus hermosos ojos de prometedora mirada.

La calle Wraskaia era una sucesión de solares formados por edificios en ruinas, en cuyos agujeros, que fueran antes ventanas y balcones, aparecían cuerdas con prendas y sábanas a secar al sol. Asomaban por allí también rostros sucios de mujeres, niños y hombres. Y en el 23, en una casa de cuatro pisos, no muy dañada por los bombardeos, había como una tiendecita estrecha, con un rótulo en letras rojas: «Zapatero». Allí entró Grotowsky, empujando la puerta, con cristales rotos y unidos por tiras de papel de goma.

Un hombre de alta estatura, fuerte, de unos cuarenta y ocho a cincuenta años estaba en pie, detrás de un mostrador de madera, examinando unas botas. Tenía el pelo canoso, laso, largo hasta casi cubrirle las orejas, y su rostro expresaba decisión, fortaleza, con los castaños ojos de mirada profunda.

—Buenos días, camarada —dijo obsequiosamente, dejando lo que tenía en las manos para refregárselas nerviosamente—. ¿En qué puedo servirte?

Alex dejó la maleta en el suelo, sonriendo amablemente. Sacó su pitillera y de ella dos cigarrillos, tendiendo uno a Sergio Brdozi, el zapatero, que lo cogió con excesiva precipitación, asombrada la mirada. Eran cigarrillos americanos, «Chesterfield», que valían allí varios centenares de zlotys, cuando los había.

—Buenos días, camarada —dijo el agente especial. Bajó la voz después, para murmurar, mientras miraba fijamente al zapatero—: «Paderewsky».

Brdozi se aproximó a la puerta, andando lentamente, con indiferencia, y miró a través de los cristales rotos la calle. Aspiró profundamente una bocanada de humo y fue de nuevo al mostrador, cogiendo una bota. Alex le contemplaba atentamente, un poco regocijado por aquellas precauciones y reservas del polaco.

—Habla, camarada —dijo, al fin, Sergio Brdozi, inclinándose sobre el mostrador y contemplando apenadamente cómo se consumía el delicioso cigarrillo—. ¿Quién te envía?

—Ha llegado felizmente a Múnich, en Alemania occidental, Juljan Chelminsky. Yo soy polaco-americano y me llamo Alex Grotowsky. Pertenezco al Federal Bureau of Investigation. ¿Sabes, lo que es eso?

—Sí. Hablan mucho de vosotros los periódicos soviéticos, y no bien, claro. Dices que ha llegado bien Juljan... —Su rostro expresó una contenida alegría y dio una última chupada al cigarrillo, que ya le quemaba los dedos—. Dios sea loado. Claro es que te ha enviado él, ¿verdad?

—Sí. Mira —sacó un viejo reloj de plata, de bolsillo, y se lo mostró. Sergio lo miró y se lo devolvió, sonriendo. Le tendió la mano después con un gesto de confianza—. ¿Y Úrsula y su hija María Theresa?

Brdozi hizo un gesto de desaliento. Alex se estremeció. Si hubiera hecho el viaje en vano, por haber muerto aquellos dos seres queridos del pobre Chelminsky...

—Como si hubieran muerto, Alex —dijo el zapatero, moviendo los hombros y contemplando con extraño interés la colilla del cigarrillo de Alex, que se consumía en el suelo.

—Pero no han muerto, claro —dijo el joven, con acento de alivio—. No es lo mismo, amigo.

El zapatero le miró como con lástima y volvió a encogerse de hombros. Su alma eslava parecía aceptar resignadamente aquel hecho, uno más entre los millares y millares que conocía.

—Están madre e hija en un campo de concentración cercano a la ciudad. En Mlociny. Vivirán lo que sus organismos resistan. La primera que morirá, naturalmente, será la pequeña María Theresa.

Dios lo ha dispuesto así...

—Vengo a sacarlas de Polonia, Brdozi —dijo Alex, con resolución—. Yo no conocía a Chelminsky hasta que llegó a Múnich. Es un hombre magnifico, que ha luchado valerosamente. Merece que ahora se haga por él lo que se pueda.

—Todos merecemos que se haga lo que se pueda por nosotros —repuso el zapatero, con sonrisa triste—. Y nada se hace... Los americanos vivís felizmente, ¿verdad? Dios os siga protegiendo. Ya sé que sois un país feliz, donde nada os falta. Donde podéis hablar, escribir y hacer lo que queráis sin que nadie os persiga. Lo que tiráis a la basura cada día, por inservible o porque vuestros estómagos repletos no lo quieren ya... Bueno; creo que me pongo impertinente, perdona —dejó la bota sobre el mostrador, triste la mirada, clavada en la puerta de la tienda.

Alex bajó también la mirada, como si sintiese cierta vergüenza de ser americano y vivir como tan certeramente había dicho Brdozi.

—¿Crees que no se puede hacer nada por Úrsula y su hija? —preguntó después, ofreciendo otro cigarrillo a Sergio, que lo cogió con la misma ansia que el primero.

—Nada. Si venías a llevártelas, has perdido el tiempo. Pero es bueno que veas lo que hay aquí, en Polonia, y que después lo cuentes a los americanos. Si puedes salir...

—No me marcharé sin intentar sacarlas de su encierro, Brdozi —repuso Alex, firmemente—. Hay quien se ha escapado de campos de concentración y, ha llegado al otro lado felizmente, Juljan me dijo que podía contar contigo, aunque no deseo en modo alguno comprometerte. Yo me las valdré. Los agentes del F. B. I.

estamos preparados para toda clase de contingencias desagradables. No me asusta un campo de concentración soviético.

Brdozi le miró, con lástima, y chupó con ansia el cigarrillo, encogiéndose de hombros después.

—Más vale así, Alex —repuso, como con desgana—. Yo te ayudaré en lo que pueda. Juljan era un gran amigo, un patriota que nos llenaba de alientos y resolución. Todos seguimos su ejemplo, en lo que podemos. Pero no sabes lo que es esto. No es posible que los que venís del paraíso podáis penetrar en toda su profundidad lo que es un país sovietizado, ocupado militarmente, políticamente, por los

rusos.

—Si no lo sé, me lo figuro. Sé que hay que actuar con astucia, con más astucia que ellos, y con valor desesperado. Lo haré, Brdozi, porque estoy enseñado a ello. No soy un turista, un fisgón que viene a observar y se va aterrado. Vengo a luchar y a vencer. No me tomes por un iluso o un inconsciente.

Brdozi dio una última chupada a la colilla, la apagó y se la guardó en un bolsillo de la americana sucia, estropeada. No llevaba corbata y su camisa aparecía muy zurcida por el pecho.

—Haré lo que pueda por Juljan —contestó, secamente—. Somos muchos los patriotas que estamos de acuerdo para todo. Yo tengo un cargo en el grupo. Te presentaré a algunos camaradas y hablaremos. Pero de antemano te digo que, como Dios Nuestro Señor no haga un milagro, ni Úrsula ni su hijita saldrán del campo de concentración ni tú de Polonia. Has hecho una locura, muchacho, con venir.



LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.

CAPÍTULO III



LEX se alojó en casa del zapatero Brdozi, que tenía la vivienda en el piso primero de la casa. El piso también lo ocupaba otra familia, compuesta de un matrimonio y una hija de quince años, Mlada, alta, muy pálida, debido a un largo proceso de avitaminosis que no podía ser cortado, por falta de recursos de sus padres. Delgada, sus enormes ojos negros languidecían, llenos de tristeza, como avizorando una muerte próxima. El padre, hombre de unos sesenta años, no encontraba trabajo por parte alguna. Se pasaba las horas del día en las colas ante los sindicatos que proporcionaban colocaciones, y donde nunca se colocaba nadie. La madre, pequeña, de cara redonda, ojos negros de mirada profunda, iba a los cuarteles y puestos de la Policía en busca de restos de rancho, que procuraba la alimentación de la familia.

Sergio Brdozi era viudo. Vivía solo, y la mujer de Waschelo, con diligencia insospechada en ella, pues tenía también sus sesenta años, le atendía con cariño. El zapatero no les cobraba nada por el alquiler de las dos habitaciones y frecuentemente compartía con ellos su comida, no mucho mejor que la de sus huéspedes.

Alex ocupó una alcoba, en la que había una cama, una mesa, dos sillas y un lavabo, además de un pequeño armario. Después le miró curiosamente con sus grandes ojos melancólicos, sonriendo tristemente.

—¿Es verdad que en América uno puede comerse todas las salchichas que quiera, y jamón, carne, huevos y té por muy poco dinero? —le preguntó Mlada a Alex, que sonrió afirmativamente.

—Sí. Pero no creas que toda la gente puede gastarse mucho dinero en esas cosas. No hay miseria, pero no todos somos ricos.

—Pero no pasáis hambre. Nadie tendrá avitaminosis ni estará expuesta a morir de tuberculosis. ¿Por qué Dios permitirá que unos pueblos tengan tanta felicidad y otros sean desgraciados, como lo es Polonia? —inquirió la jovencita, cuyo rostro presentaba profundas arrugas en las comisuras de los labios y en los ojos.

Alex no supo qué contestar. Era muy difícil hacerlo. Pero sacó de entre las camisas varias pastillas de chocolate, entregándola una con un gesto amable. Mlada la contempló fijamente, como si fuere un brillante. Saltaron las lágrimas de sus ojos y salió corriendo de la habitación.

A la hora de cenar, Alex tomó un plato de puré de soja y un pez frito, probablemente pescado en el Vístula. El pan era de centeno, muy negro, con más salvado que harina, y duro. Nada más. El zapatero se excusó por servirle aquel menú, que se repetía cuatro o cinco días a la semana. Y gracias...

Basilio Waschelo y su familia cenaron rancho de un cuartel: patatas con pescado, en un guisote repugnante a la vista, y pan de centeno.

—Luego saldremos, Alex —dijo Brdozi, cuando cenaron todos y fumaron cigarrillos, que ofreció el agente especial—. Basilio es de los nuestros, como su mujer y Mlada —los miró con cariño, y ellos sonrieron.

—Yo soy ya viejo, pero hace unas noches dejé una bombita bajo un autocar lleno de rusos —dijo, maliciosamente, el anciano—. Uno

hace lo que puede...

—No quedó uno sano, Alex —afirmó Brdozi, con orgullo—. Ellos habían fusilado a ocho patriotas el día anterior, como represalia por otra diablura nuestra. Así andamos. Vengando mutuamente nuestras ofensas. Pero ellos son invasores.

—No tienen razón ninguna para estar aquí —dijo Mlada, en cuyos ojos se hizo patente una llamarada de odio—. Nos matan de hambre. ¡Yo moriré tuberculosa por su culpa!

La madre se abrazó, llorando, a la muchacha. Basilio impuso silencio con un gesto solemne.

—No se llora por eso, mujeres —dijo, sordamente—. Se venga uno, y que Dios nos perdone si le ofendemos. Nuestra guerra es santa, porque la hacemos al demonio, a sus enviados en la Tierra.

Alex y Brdozi se miraron silenciosamente, conmovidos.

—Todos somos así ante la desgracia común —dijo el zapatero—. En casa lloramos y nos lamentamos; pero ante ellos, no dejamos que se trasluzca nuestro dolor. Un día llegará en que todo esto acabe, ¿verdad?

—Muchas veces me he preguntado, sin saberme responder, por qué Polonia ha sido sacrificada, cuando Francia, Bélgica, Dinamarca, Italia y otras naciones fueron libertadas. Ya sé que Polonia estaba lejos de los libertadores, pero hubiera sido posible, de mediar una actitud gallarda y firme por parte de los aliados. Si hubieran seguido avanzando hacia el Este... —dijo Basil.

—Polonia fue la primera que luchó contra los alemanes, y después, contra Rusia —dijo Mlada, con energía salvaje—. Las grandes naciones han sido ferozmente egoístas, miedosas quizá. ¡Nunca podrán reparar el mal que con su conducta nos han producido! Y, Alex. ¡Tiré al retrete su pastilla de chocolate, porque nosotros no somos pordioseros, no mendigamos, sino que exigimos ser tan felices como son los americanos! ¡Nos hace mucho daño que se nos mire como parias que no merecen ayuda ni protección!

—Basta, hija —dijo el padre, mirándola con severidad—. Alex es polaco y nos comprende muy bien. Ha dejado todo lo bueno que hay en el otro lado para emprender una buena acción aquí. Que Dios le ayude.

—Vamos, Alex —dijo Brdozi, levantándose de la silla, ante la mesa—. Vamos al sector del partido, Basilio. Tenemos reunión —

sonrió burlonamente— y le presentaré a Alex. Hemos de comenzar nuestra tarea en su favor.

—Todos son de confianza, muchacho —dijo Basilio, mientras bostezaba—. Todos comunistas... —rió sarcásticamente—. Ellos lo quieren así, ¿sabes? ¡Pues todos sumisos, hijos de Stalin!

Brdozi se puso un viejo gabán, con cuello de piel apolillada, y Alex el suyo. Y bajaron a la calle, casi a oscuras, tenebrosa.

—El sector está cerca —dijo el zapatero, caminando lentamente—. Allí se reúne la célula de la calle nuestra, Wraskaia, y de otras calles. Tratamos por encima de los asuntos del partido y después de lo nuestro.

—¿Y no hay miedo de que ciertos elementos traidores estén infiltrados? —preguntó Alex.

—Los hubo. Pero ahora yacen bajo tierra. Un polaco jamás podrá ser de ellos. Ni aun los personajes más elevados son comunistas verdaderos, amigos de Rusia. Lo prueba el que con mucha frecuencia hay cambios de puestos, porque los soviéticos desconfían. Se ven aislados, despreciados, odiados a muerte.

Caminaban lentamente por entre las sombras. Los edificios derruidos parecían como espantables decoraciones en un teatro de horrores. Fugazmente, algunas mujeres aparecían, murmurando algo al acercarse, para luego desaparecer.

—Antes que morir, las pobres... —dijo Sergio, con tristeza—. Ésa es la libertad que nos han traído nuestros protectores.

En una calle estrecha, sin faroles, brillaba una linterna, en cuyos cristales estaba pintada una hoz y un martillo. A la puerta, un hombre vigilaba, con las manos metidas en un capote gris, de corte militar.

—Hola, Korsawa —dijo el zapatero, cuando llegaron al portal—. Traigo un camarada, que es del partido y vive conmigo.

—Bien venido. Subid. Esta noche no hay peligro.

Entraron, en el piso bajo, en una habitación espaciosa, a cuyas paredes había adosados bancos de madera. En ellos estaban sentados varios hombres, mal vestidos, que charlaban en voz baja. En el centro había una mesa espaciosa, y sobre ella, montones de papeles, octavillas, carteles del partido comunista polaco. En un rincón, un cartel mural de propaganda, con la efigie de Stalin sobre un fondo, del Ejército Rojo soviético.

—Hola —dijo Brdozi a los hombres, que se levantaron, cogiendo los bancos y sentándose ante la mesa. Contestaron ellos al saludo mientras miraban con curiosidad a Grotowsky. Un hombre, el encargado de controlar la reunión de la célula en nombre del Sector de Barrio, entró, saludando sonriente.

—Este camarada —dijo el zapatero, señalando al agente especial con la mano— es polaco americano. Pertenece al

F. B. I.,

ya sabéis. Al Gobierno de los Estados Unidos. No temas, Grotowsky —añadió, al observar que el joven hacía un gesto de contrariedad—. Todos aquí somos hermanos. Este camarada, o hermano, ha venido expresamente para llevarse a Úrsula, la mujer de Chelminsky, que ha llegado bien a Alemania occidental. Nos pide ayuda y hay que dársela.

—Un momento —dijo el que hacía de control, sin demostrar mucho asombro por la presencia de Grotowsky—. Antes hagamos la comedia de celebrar nuestra reunión de célula. Puede venir otro militante de la Central, que no sea de nuestra confianza, y ponernos en un apuro. Sergio, lee el orden del día y despachemos. Siempre es igual.

—Enviar saludos al camarada Vichinsky por su actuación brillante ante los cobardes y criminales acuerdos de los asesinos militaristas e imperialistas americanos e ingleses.

—¡Aprobado! —gritaron irónicamente los reunidos—. Enviar un saludo comunista, ¡ejem!, al Comité del Congreso Pro Paz que actuó en Berlín, por su extraordinaria gestión contra los manejos criminales de los imperialistas y provocadores de guerra americanos e ingleses.

—¡Aprobado! —gritaron los presentes—. ¡Veinte saludos en vez de uno!

—Enviar entusiástica adhesión al camarada José Stalin, conductor y guía de los trabajadores del mundo honrado por su omnisciente, maravillosa y única dirección de los pueblos libres y democráticos, que jamás se someterán a la crueldad criminal de los provocadores...

—¡Americanos o ingleses! —terminaron riendo los reunidos—. ¡Aprobado!

—Adhesión fraternal y comunista a los bravos combatientes

coreanos y chinos, que luchan heroicamente frente a los imperialistas y provocadores americanos e ingleses y que los están derrotando vergonzosamente. Se comunica que, según las últimas noticias recibidas del frente, los criminales imperialistas han suplicado a los mandos coreano y chino se les permita retirarse de Corea, pero...

—¡Aprobado! —exclamaron los camaradas, aplaudiendo—. ¡Van a desembarcar en Nueva York los coreanos!

El camarada control, riendo, iba tomando nota de los acuerdos, para luego llevarlos al Comité Provincial del Partido, dando fe de que la célula había cumplido con su deber.

—Y ahora —dijo al zapatero, cuando sus camaradas recobraron la seriedad—. A lo que interesa. Nuestro amigo Grotowsky debe ser ayudado para que salgan Úrsula y su hija de aquí. Ya le he dicho lo arduo que va a resultar el lograrlo.

—No preciso que os comprometáis a fondo en este asunto —dijo Grotowsky, levantando una mano para hacerse oír—. Sentiría que, si logro marcharme con ella de Polonia, quedéis vosotros en mala situación por ayudarme. He de ser yo el que lleve el peso de esta aventura.

—Se hará lo que se pueda —dijo uno, hombre joven y fuerte, de rostro enérgico—. Dinos qué necesitas. Yo estoy empleado en el Ministerio del Interior y sé cosas. Información puedes tener.

—Necesito saber en qué condiciones está Úrsula, quién vigila el campo de concentración, si hay personas afectas a vosotros y cómo se podría planear una evasión. Todo ello rápidamente —dijo Grotowsky.

—En el campo de concentración donde está Úrsula la vigilancia la hacen agentes polacos, mandados por otros, soviéticos, de la N. K. W. D.

Se considera como muy difícil poder escapar de allí —contestó otro en tono concluyente—. Ten en cuenta que si alguien escapa, todos los vigilantes polacos serán fusilados al siguiente día. Por muy patriotas que sean esos hombres, miran ante todo por sus vidas. Esto ya ha ocurrido.

Grotowsky se estremeció. Era natural que el invasor adoptase aquellas medidas de seguridad. Se imponía por el terror y consideraba el Mando ruso que nadie mejor que un polaco aterrado

podía guardar a otro.

—Bien. Con eso ya contaba yo —murmuró el agente especial—. No contemos con los guardianes polacos. Pero ¿es posible que entre ellos se deslice un patriota, yo, por ejemplo, disfrazado de agente soviético, con la documentación precisa, y reclame a Úrsula y su hija, para ser juzgadas por un tribunal, siendo esto realmente el medio de sacarla de allí? No tendrían responsabilidad los guardianes polacos, sino los agentes soviéticos de la
N. K. W. D.

Siguió un silencio prolongado. Grotowsky sacó un paquete de cigarrillos y los repartió entre los asombrados y ansiosos camaradas, que los encendieron seguidamente, chupando de ellos con gran placer.

—Yo creo que si el hermano Grotowsky consigue esa documentación y disfraz, los inconvenientes se habrán reducido en un noventa por ciento —contestó otro camarada, que vestía uniforme de agente de Policía soviético—. Lo difícil es conseguir todo eso.

—Yo tengo impresos falsos de la Jefatura de la
N. K. W. D.

en Varsovia y otras ciudades. Sellos de caucho, facsímiles y firmas, salvoconductos y otras cosas más —contestó, sonriendo, Grotowsky—. El

F. B. I.

sabe lo que hace.

—¿No podría echar de aquí el
F. B. I.

a los rusos, hermano? —dijo, sonriendo con amargura otro militante—. En vez de armar a las potencias del Eje de nuevo, resulta que es Polonia la peor tratada, porque se defendió contra los comunistas y los nazis.

—No es justo lo que dices, hermano —dijo Brdozi severamente al que había hablado—. Dios lo ha querido así. Y Grotowsky no es sino un ciudadano americano, no el Gobierno americano. Parece que ahora lo que necesita Alex es una orientación sobre las formalidades y trámites que hacen falta para sacar oficialmente a Úrsula del campo de concentración. Sobre esto no puede haber error, porque fracasaría en su comienzo, quizá por una nimiedad de

procedimiento. Hay que enterarle bien. ¿Alguno de vosotros puede hacerlo?

—Yo —dijo el que estaba empleado en el Ministerio del Interior—. Yo me enteraré pronto y se lo diré. Los documentos, los trámites... Aun así, Grotowsky, que Dios te ayude, porque lo vas a necesitar. ¿Qué vas a hacer, en el caso de que saques a la mujer y su hija, cuya falta se notará en muy pocas horas?

—Esconderlas —repuso Brdozi encogiéndose de hombros—. Tendrá donde hacerlo, sin duda alguna. Todos los hogares polacos le ofrecerán asilo.

—Pero no podrá salir de Polonia —dijo el militante, dando una palmada sobre la mesa—. Y cuanto más tarde en hacerlo, más precauciones tomarán para impedirlo. Eso hay que hacerlo en dos o tres días, a lo sumo. Una mujer con una niña de dos años no se guarda en un bolsillo. Aquí también sabe lo que se hace la

N. K. W. D.

Yo sé algo de eso. Un polaco huyó hasta Australia, y allí cayó para siempre. Donde quizá haya un comunista, habrá un cuchillo o una pistola obedientes a la orden de Moscú.

—Es cosa de astucia, de valor y serenidad —opinó Brdozi—. Entonces, aquellos hermanos que puedan, deben aconsejar y ayudar a Grotowsky en su intento. Ahora, hermanos, como siempre, recemos nuestro Santo Rosario, pidiendo a Dios ayuda para nuestra bendita Polonia y justicia para aquéllos, que, equivocados, oprimen a tantos pueblos, renegados de Dios. Mirsky, ponte ante la puerta y vigila mientras oramos. Tose si viene alguien sospechoso.

Grotowsky se sintió hondamente conmovido al comprobar la ferviente fe de aquellos hombres oprimidos, que no renegaban de sus ideales ni ante la muerte, las torturas ni el hambre. Y con ellos rezó.

Salieron después poco a poco de la casa donde brillaba el farol rojo con la hoz y el martillo pintados.

—¿Qué le ha parecido esto? —le preguntó el zapatero cuando caminaba lentamente por el centro de la calle, hacia su casa—. ¿Harían algo parecido a lo que hacemos nosotros allá en Estados Unidos?

Grotowsky no supo qué contestar. Era muy diferente, en efecto, la vida en Polonia a como se vivía en América. Polonia siempre

había sido desgraciada, oprimida, y parecía maravilloso cómo se mantenía el espíritu patriótico entre los polacos, más rebeldes cuanto más se les aherrojaba. América, en cambio, estaba acostumbrada a no sufrir, a no tener enemigos delante, a vivir bien, a ser espléndida y generosa. ¿Podría un pueblo en estas condiciones sacar el debido coraje, en la desgracia, para luchar como Polonia?

Llegaron a casa de Brdozi a cerca de las doce de la noche, cuando las calles estaban desiertas, silenciosas, a oscuras. Solamente perturbaba, de vez en vez, este silencio, la marcha de una patrulla de agentes de la Policía polaca, armados de metralletas.

—¿Necesitarás armas para tu empresa? —preguntó el zapatero al agente especial cuando entraban en el portal, viendo pasar una patrulla.

—Tengo una pequeña pistola escondida en la maleta, pero es de calibre reducido, aunque muy rápida en el disparo.

—Tengo armas, no te apures. Puedo darte una pistola Mauser buena, de las que dejaron los alemanes cuando se retiraban, con la intención de que nosotros fuésemos liquidando rusos. Y bombas de mano y metralletas. De cuando en cuando, nuestros camaradas de la Policía nos dan más armas y municiones.

Sonrió el agente especial. Era un hecho cierto que en Polonia estaban encontrando los soviéticos su más indomable enemigo, y quizá el mejor armado.

Después de fumar un cigarrillo con Sergio y Basilio, que había esperado su regreso, se retiraron a dormir.

Alex estuvo, sentado en la cama, reflexionando largamente sobre las posibilidades que podría encontrar para salvar a Úrsula y su hija. Aquellos patriotas le ofrecían una buena ayuda, pero él no pensaba comprometerles excesivamente, dado que las represalias serían durísimas si la Policía secreta soviética llegase a enterarse de la clase de colaboradores que había tenido en su empresa, y sus nombres.

La siguiente mañana, hacia las doce, cuando Alex estaba conversando con Brdozi, penetró en la tienda, donde se encontraban el empleado del Ministerio del Interior polaco. Aceptó jubilosamente un cigarrillo que le ofreció el agente especial, sentándose en una silla, sonriendo su ancho rostro, todo afeitado.

—Ya me he informado —dijo, guiñando un ojo al agente especial—. Es, desde luego, muy difícil poder sacar a Úrsula y su hija del campo de concentración de Mlociny. Hay allí unas quinientas mujeres, cuyos maridos, padres o hijos, han huido de Polonia o son guerrilleros. Se las considera como rehenes de gran valor y se espera que, sabiendo ellos que están prisioneras y sufriendo grandemente, regresen, se entreguen. Cuando no hay probabilidad alguna de que los hombres vuelvan, a dejarse matar, mueren ellas...

—Ése será el caso de Úrsula —dijo el zapatero, apretando los puños con rabia.

—Y el de muchas más —dijo el empleado, llamado Karolwicky, de unos cuarenta años, alto y muy delgado—. Bueno, vamos a detallar: solamente mediante una orden escrita del comisario soviético de la

N. K. W.

En Varsovia es posible sacar una prisionera del campo de Mlociny, bien para sufrir interrogatorios «especiales» —sonrió el hombre siniestramente— o... para ser liquidada. Esta orden la cumplimenta un agente de la

N. K. W. D.

debidamente documentado, con la orden del jefe en la mano.

—¿Van de uniforme? —inquirió Alex.

—Si es militar el agente, sí. Pero puede ser civil también, en cuyo caso esto es más fácil para ti. Hay otros inconvenientes, no creas que todo se reduce a eso. Cuando se va a sacar una prisionera, la Comisaria de la

N. K. W. D.

advierte al comandante del campo de concentración con antelación que un agente suyo va a cumplir tal orden, y da su nombre, indicando la hora en que se presentará en el campo. Si va otro en lugar del descrito, se le recibe... a tiros, naturalmente. Los rusos están muy escarmentados ya, porque otras veces escaparon mujeres prisioneras yendo a buscarlas camaradas nuestros.

Grotowsky guardó silencio mientras fumaba. El zapatero y Karolwicky también reflexionaban, considerando aquellas dificultades poco menos que insuperables.

—¿No habría forma de ocupar un coche oficial de la

N. K. W. D.,

nada más que durante los minutos en que yo me presente en el campo de concentración para recoger a Úrsula? —preguntó, al fin, Alex, encarándose con Karolwicky.

—¡Un coche oficial! —exclamó el empleado del Ministerio del Interior, mirando con asombro a Grotowsky—. Usted pide la luna, amigo...

—Daría más carácter al acto, camarada —dijo el zapatero, aprobando la idea del agente especial.

—Y también me ayudaría para poner tierra por medio hasta que se descubra la trampa —dijo Alex, sonriendo.

Karolwicky meditó, chupando el cigarrillo apagado, para mantener durante más tiempo el sabor del tabaco en la boca.

—Tal vez sí, entonces... —dijo después, rascándose el mentón—. Usted puede ir al Parque Móvil y retirar uno, pero hace falta el permiso del jefe, naturalmente. También pudiera ser que no se lo quisieran dar sin chofer, que sería un ruso.

—Eso no me importaría —respondió Alex, sonriendo maliciosamente—. Una caricia en la cabeza, y lo dejo en la cuneta durmiendo. ¿Usted puede hacerse con un impreso del Parque Móvil, necesario para pedir un coche?

—Antes hay que exhibir la orden del comisario de la
N. K. W. D.

al Parque Móvil, pidiendo el coche para una misión oficial. En esa orden se puede pedir con chofer o sin él. Usted llenaría después el impreso, firmándolo.

—Encantado —dijo Alex, levantándose—. Esperad un poco. Yo tengo impresos falsificados por el
F. B. I.

Subió al piso, entró en su cuarto y abrió la maleta. Moviendo hábilmente unos resortes, entre los listones del bastidor, dejó unos huecos al descubierto, de los que sacó un paquete de impresos. Tomó varios y bajó de nuevo a la tienda.

—Éste es el que debe valer —dijo, mostrándoselo al admirado Karolwicky, que lo examinó mientras el zapatero miraba por encima de su hombro—. ¿Es el sello en tinta que está en vigor? ¿Y la firma del general Koronsky? Este impreso no hace un mes se hizo, tomando como modelo otro que nos llevó un huido de

Polonia, de Lemberg, y que pasó por Varsovia.

—¡Exacto! Dios mío, si nosotros tuviéramos estas facilidades...

—exclamó el empleado, mirando fijamente el impreso—. No tiene sino rellenarlo, fecharlo y poner un número de Registro de Salida de las oficinas del Comisariado. Con esto vas al Parque Móvil, en la Towarneía, arrabal de Wola, al oeste de la ciudad, y te diriges directamente al campo de concentración.

—¿Hay que dirigirse al jefe del campo de concentración directamente?

—El jefe recibirá una llamada telefónica del Comisariado, diciendo que tú irás en busca de Úrsula y su hija, a la hora indicada, y que te la entreguen. Puedes indicar en el impreso que es para «indagaciones» durante varios días. Ésta es la dificultad: cómo telefonear al jefe del campo...

—Lo haces tú, Karolwicky. Sabes el ruso muy bien. Aire autoritaria, brevedad. No dices sino lo preciso, y rudamente —explicó el zapatero, dando un golpe con la mano sobre el mostrador—. Dame un cigarrillo, Alex. No puedo contener los nervios...

Alex sonrió y se lo entregó, así como a Karolwicky, que meditaba profundamente.

—¡Ya lo haré, sí! —exclamó con gesto decidido—. Eso no me compromete casi nada. Yo voy por el Ministerio libremente. En un momento dado, pido comunicación con el campo de concentración y hablo... ¡Hecho, hermano! Dime para cuándo quieres dar el golpe.

—Cuanto antes. Pudiera tomarme la delantera la N. K. W. D.

y liquidar a Úrsula. ¿Creéis que debo esconderme en la ciudad, hasta que pase la efervescencia de la búsqueda, o correr hacia la frontera? Yo no soy partidario de ir a Berlín, aunque seria lo mejor. Allí acumularán policías, esperándonos. Si fuese solo, los burlaría, pero con una mujer y una niña... Había pensado ir a Dantzig, donde no nos esperarán. Tomar allí un barco extranjero, sueco, finlandés... O una embarcación de pesca. Hace poco llegaron varios polacos a un puerto sueco, huidos.

—Lo malo es ir desde aquí a Dantzig, hermano —dijo el zapatero, frunciendo el ceño—. Ni en tren ni en coche, desde luego. Todo lo vigilarán y los controles estarán avisados. Llevar una mujer y una niña...

—Es una empresa desesperada —murmuró Karolwicky, moviendo la cabeza con aire pesimista—. Pueden mataros a los tres. Será, lo más seguro.

—He venido a llevármelas —contestó firmemente Alex, y su rostro pareció endurecerse, brillándole los ojos oscuros—. Y he de conseguirlo. Mañana, hacia las tres, telefonea al jefe del campo de concentración que iré yo, Alex Grotowsky, de la N. K. W. D.,

a buscar a Úrsula Chelminsky y su hija María Theresa, a las cuatro de la tarde en punto. Que será por... cuatro días los que estén fuera del campo, y luego serán devueltas.

—¿Qué cargo has de ostentar? —preguntó Karolwicky, cuyo rostro estaba pálido, como asustado—. Puedes ser el camarada comisario encargado del proceso de Úrsula, el que lleva el sumario.

—El secretario, mejor —objetó Alex, refregándose las manos nerviosamente—. Un comisario no va en persona a recoger, como si fuese un alguacil, a una detenida. Soy el secretario del comisario, acuérdate. Yo llenaré este impreso con fecha de mañana.

Karolwicky se levantó con esfuerzo. Sudaba su frente, y el zapatero ya había fumado su cigarrillo y echaba miradas de ansiedad sobre el paquete que Alex dejara sobre el mostrador. Finalmente, no se pudo contener, y cogió otro con violencia, respirando ruidosamente. Alex sonrió con benevolencia.

—Tranquilidad, hermanos —dijo suavemente—. Todos hemos pasado por momentos decisivos, y vosotros quizá más que yo. No hace falta sino tranquilidad, nervios templados. Karolwicky, haz lo que te digo. Avisa al campo que iré mañana a las cuatro. Dilo tú a las tres, o después, para que no tengan mucho tiempo de pedir confirmación a la orden en el Comisariado.

—Bueno, bueno... —repuso el empleado, sonriendo con dificultad—. Eres un valiente, hermano. Dios te ayude.

Y salió rápidamente del establecimiento. Brdozi miraba fijamente a Alex, que miraba a la calle distraídamente.

—Según ordenen las circunstancias, volveré a Varsovia, o iré hacia Dantzig —dijo, mientras se volvía hacia el zapatero—. Pero, desde luego, no volveré aquí, para no comprometeros.

—En esta casa puedes estar varios días, hermano —dijo Brdozi con calor—. Pertenezco al Partido, soy secretario de la célula y

estoy bien considerado... por los míos —rió forzosamente—. Ven si lo necesitas.

Después, Alex se dedicó a rellenar un impreso del Comisariado de la

N. K. W. D.

en Varsovia, redactando después el oficio al comandante jefe del campo de concentración de Mlociny. Cuando estuvo todo listo, se lo mostró a Brdozi, que lo leyó atentamente, mientras su mano temblaba.

—Es perfecto —dijo, devolviéndoselo—. El sello en tinta, la firma, el número del registro de salida... ¿Hablas bien el ruso?

—Sí. Mis padres me enseñaron a ello y con frecuencia lo he hablado, sobre todo cuando formé parte con la Comisión rusa de Control en Berlín, por parte de los americanos. Tengo acento de Moscú —rió burlonamente.

Al siguiente día, Alex se presentaba en las oficinas del Parque Móvil de la

N. K. W. D.

en. Towarneía, arrabal de Wola. El Parque estaba instalado con profusión de barracones, donde estaban coches de turismo, autocares, autos blindados con ametralladoras y hasta tanques ligeros del Ejército Rojo.

—Deseo ver al comandante Gavrow —dijo secamente a un ordenanza, que estaba ante una mesita. Y le mostró su carnet del Partido y el oficio del Comisariado de la

N. K. W. D.

—. Es urgente, camarada.

—Sí, camarada —se levantó el ordenanza, un soldado soviético, haciendo el saludo militar—. Siéntate.

Volvió a los dos minutos y le hizo pasar a un despacho amplio, bien amueblado, en una de cuyas paredes había un plano de la ciudad de Varsovia, y en otra, un mapa a gran tamaño de Polonia. En ambos había profusión de banderitas rojas, hilos que los cruzaban en todos sentidos y cintas que colgaban de ciertas banderitas.

El comandante soviético Gavrow era de mediana estatura, obeso, y tenía ojos oblicuos, ancho rostro y chata nariz. Su mirada era dura, sostenida, y estaba en pie, con su uniforme del Ejército

Rojo, de Transmisiones.

—Traigo una orden del Comisariado para que se me entregue un coche de turismo, camarada comandante —dijo Alex, cuadrándose y tendiendo el oficio—. Es urgente.

El comandante cogió el papel y lo leyó detenidamente. Alex dio con el codo izquierdo sobre la funda de la pistola Mauser que llevaba bajo la axila. Si aquel hombre quisiera pedir confirmación telefónica al Comisariado... Bueno, tendría que matarlo, qué remedio.

—¿Con chofer? —dijo el comandante, dejando el oficio sobre su mesa—. Si es para recoger una detenida...

—Puedo hacerlo solo, comandante. Una mujer esposada no dará guerra —dijo, sonriendo, Alex.

—Me alegro que sea así. Tengo poca gente disponible en este momento —apretó el botón de un timbre, sobre la mesa, sentándose. Alex también se sentó, permaneciendo rígido, fija su mirada en aquel hombre de raza mongólica.

—Un coche inmediatamente, a punto, para el camarada secretario —ordenó Gavrow al ordenanza—. Bueno, estás servido, camarada. ¿Cuándo devolverás el vehículo? No tardes mucho, porque hay bastante servicio.

—Esta misma tarde, camarada comandante. Gracias —salió rápidamente del despacho después de hacer el saludo comunista. El ordenanza, respetuosamente, iba delante.

Llegaron ante un barracón, donde había unos cuantos coches negros, en cuyas portezuelas estaba el emblema del Ejército Rojo ruso.

—Sargento Titcherin, un coche para el camarada del Comisariado, de parte del jefe. Sin chofer.

—Bien. ¿Conduces mejor los coches nuestros o los americanos? —preguntó el sargento encargado de aquel barracón.

—Me es igual. Prefiero los americanos, si están en buen estado —repuso secamente Alex—. Pero es urgente, camarada.

El sargento le mostró un «Chevrolet» modelo 1943. Alex sintió cierta emoción al ver el vehículo. Allí había algo de su querida América, tan lejana. Subió a él y dio al encendido. Falló dos veces, sonriendo el sargento.

—Nos hacen el «boicot», camarada —dijo burlonamente—. Son

imperialistas también y no nos pueden ver. Dale otra vez...

Alex, muy severo, dio de nuevo, y el motor se puso en marcha. Arrancó sin despedirse.

Salió a gran velocidad del Parque, mientras lanzaba un hondo suspiro. Ya estaba hecha una de las cosas primordiales. Pero el peligro inmenso subsistía. Si aquel comandante Gavrow telefonease al Comisariado y descubriese el enredo, le esperarían en el campo de concentración y sería recibido a balazos, o detenido, lo que sería peor aún.

Tomó la carretera de Mlociny por Okopwkaia, hacia el norte de la ciudad. El «Chevrolet», aunque chirriando su carrocería, corría bien, y le fue sacando casi el máximo en la asfaltada carretera.

Pasó por varios pueblecitos, de ruines edificaciones, muchas de ellas reconstruidas de mala manera, donde los campesinos trabajaban duramente en los campos plantados de patatas y trigo. Sus miradas se volvían torvas al ver el emblema del Ejército Rojo soviético en las portezuelas del coche, haciendo sonreír a Alex.

Una hora después, pasaba por la ciudad de Mlociny, también muy dañada por la guerra, y siguió a la derecha, conforme le dijera Brdozi, entrando en una pista de tierra que conducía al campo de concentración.

Desde lejos, vio varias altas torres de madera, que describían como un círculo extenso alrededor de una aglomeración de barracas grande, de color negruzco. Mucho antes, varias hileras de alambradas, sujetas con postes metálicos, rodeaban igualmente el campo de concentración.

Entró en la carretera que conducía a la entrada principal. Había allí dos garitas grises, con sus centinelas, armados de metralletas. Al fondo, un pabellón de ladrillo, donde estaba el cuerpo de guardia. Un cabo soviético se adelantó. Alex le tendió el volante, que el militar leyó.

—Pasa. En aquel pabellón de la derecha te atenderán —dijo concisamente.

Penetró el agente especial en las oficinas, en las que trabajaban varios militares rusos y unas muchachas de igual nacionalidad, de rostros duros, serios, sin atractivo alguno.

El volante lo cogió un capitán, leyéndolo atentamente. Alex, en pie, desdeñoso, aguardaba.

—Hace un rato avisaron del Comisariado que vendrías, camarada —dijo el militar, dejando el papel sobre su mesa—. Voy a dar orden de que traigan a esta mujer. Es dura de pelar, camarada —agregó sonriendo, mientras entornaba sus ojos mongólicos—: No la hemos podido sacar una palabra, no obstante haberla apretado hasta el máximo.

—Nosotros tenemos mejores argumentos para eso —dijo Alex, sonriendo también—. Si se niega a hablar esta vez, irá a Siberia, a las minas. Y la quitaremos su hija. No hay madre que lo resista.

—Desde luego. Oye, Ogranoff —dijo a un suboficial que trabajaba ante su mesa—: trae a Úrsula Chelminsky y a su hija. Con su equipaje. Siéntate, camarada.

Alex se sentó ante la mesa del capitán, que siguió su trabajo. Alex pensó que su plan estaba dando buen resultado hasta el momento. Karolwicky, el empleado en el Ministerio del Interior, lo había hecho muy bien, adelantándose a dar la orden de entrega de Úrsula, por medio del teléfono. Tenía cuatro días disponibles para huir con ella, si antes no se descubría la treta y comenzaba la caza.

Pasada media hora, entró el suboficial Ogranoff en el despacho. Detrás iba una mujer alta, esbelta, quizá excesivamente delgada, con un vestido gris roto y lleno de manchas. Cubría su cabeza un pañuelo de colorines, muy sucio también, atado bajo el mentón. Era muy bella, pese a su demacración, a su suciedad, y en su rostro anguloso se veían señales de haber sido golpeada rudamente. Sus inmensos ojos castaños, de mirada desafiante, despectiva, se clavaron en Alex, haciéndole estremecer. Llevaba en sus brazos una niña de corta edad, unos dos años, delgadísima, con las mejillas encendidas por la fiebre, que parecía dormir.

Aquella era Úrsula, pensó Alex, contemplándola fríamente, sin demostrar emoción alguna. La pobre esposa de Chelminsky, que estaba pagando el que su marido hubiese huido.

—Ésta es la mujer, camarada —dijo el capitán, señalando a Úrsula—. Vas a ir con este camarada —dijo, dirigiéndose a ella, secamente—. A ver si esta vez tienes sentido común, porque si no...

—¿Traes tus cosas? —La preguntó Alex rudamente—. Tienes que venir conmigo.

Úrsula se encogió de hombros y cogió un paquete formado con un gran pañuelo, atado por sus puntas. Alex la cogió de un brazo,

pero ella se desasíó con un gesto de repulsión, brillando sus ojos salvajemente. El agente especial sonrió y la dio un empuellón brutal. El capitán sonrió.

—Es una fiera, camarada —dijo, frunciendo el ceño.

—¿Tienes unas esposas? Te las devolveré. No sea que esta bruja intente escapar —murmuró el agente especial, contemplando a Úrsula con rencor.

El capitán se las entregó, con su llave. Y se las puso, haciendo que ella pudiera seguir con la niña en brazos, y sujetando también su equipaje. Después la dio otro empuellón, que hizo vacilar a la joven.

—Buena suerte. Oye, camarada, no hace falta que vuelva por aquí esa deliciosa muñeca —dijo el capitán, riendo—. Ella es la que ha estado tratando de insurreccionar a sus compañeras.

—No creo que vuelva —replicó Alex sonriendo también—. De ésta me encargo yo... Gracias por todo, camaradas.

Empujó delante de él a Úrsula y bajaron a la carretera, haciéndola subir al coche y que se sentase a su lado. Ella, con los ojos llenos de lágrimas, apretadas las mandíbulas, le miraba ferozmente.

Salieron del campo de concentración a buena velocidad, conduciendo Alex impasiblemente. La niña abrió los ojos y le miró largamente. Alex sonrió y con su mano derecha la hizo una caricia. Úrsula apartó a la niña rápidamente, apretándola contra su pecho.

Estaban ya en la carretera que conducía a Mlociny y Alex aflojó la marcha mucho. Sacó de un bolsillo una pastilla de chocolate, la quitó la envoltura y se la ofreció a María Theresa. Úrsula palideció y de sus hermosos ojos brotaron las lágrimas.

—Enhorabuena, señora Chelminsky —dijo Alex, con voz suave, cariñosa, estrechó con su mano las de ella, cuyas muñecas ceñían las esposas—. Creo que la cosa va bien. Está en libertad...

Úrsula le miró con desconfianza. María Theresa devoraba el chocolate con avidez, cerrados los ojos. Alex sacó de un bolsillo el reloj de Chelminsky y se lo mostró a Úrsula, que palideció.

—Su marido está en Múnich, Alemania occidental, y vengo de su parte a tratar de llevarles con él —dijo el joven, sonriendo—. ¿Quiere creerme?

Úrsula estaba muy escarmentada. Los agentes de la

N. K. W. D.

habían dicho ya eso, además de otras cosas también ingeniosas, para sonsacarla dónde se encontraba Julian, para que denunciase a otros camaradas. Después, apelaron a los golpes, a los castigos, a los interrogatorios feroces, teniéndola en pie, sin permitirle sentarse, dos días enteros, con sus noches, en un cuarto en el que solamente se podía estar de aquella forma.

—Me dio la contraseña, que es «Paderewsky», para darme a conocer a usted. Estoy con Sergio Brdozi, el zapatero, y Basil y Mlava... Soy su amigo, Úrsula, créame. Soy polacoamericano y le dije a Julian que yo la llevaría a su lado, con María Theresa. Debe creerme...

Úrsula le miraba profundamente, temblando su cuerpo por la emoción. Pero estaba tan escarmentada... No se atrevía ni a hablar siquiera.

—La llevaré a casa de Brdozi. He de devolver el coche al Parque. ¡Úrsula, debe creerme, por favor! Soy su amigo —paró el coche y la contempló compasivamente, mientras ella le contemplaba fríamente—. Luego la quitaré las esposas. Lo hago por disimular, si la Policía nos detiene. Alégrese, mujer, porque si Dios quiere nos salvaremos todos, los tres. Julian me habló de usted. Me dijo que cuando se casaron fueron a Cracovia y se emborracharon de vodka, y usted quería salir a la calle vestida de hombre y que su marido fuese de mujer, para ir a un baile. Y como él no quiso, usted cogió una buena rabieta.

Úrsula se estremeció. Y las lágrimas brotaron de sus ojos inmensos. Aquella anécdota fundió el hielo que aprisionaba su corazón, por el temor y la desconfianza.

—¡Dios mío, gracias! —exclamó con voz trémula, sollozando—. ¡Gracias, gracias! Quisiera creer que usted es su amigo... ¿Cómo está Julian? ¿Cómo ha podido venir aquí y hacer todo esto? ¿Quién es usted?

—Julian está bien, aunque lleno de angustia. Tardó un mes en llegar a Berlín y estaba cansado, hambriento. Pero bien, bien. Yo le dije que trataría de llegar hasta usted y llevarles a su lado. Debe hacerme caso, Úrsula, confiar en mí. Soy un agente del Gobierno americano, nacido en América, de padres polacos. Me llamo Alex Grotowsky —sacó otra pastilla de chocolate y se la entregó,

quitándola la envoltura. Ella se la quiso dar a su hija, que dormía, pero Alex se la puso en la boca, riendo. Úrsula se vio obligada a masticarla, conteniendo, a duras penas, su ansia de devorarla. Estaba hambrienta, depauperada, y el agente especial sintió una honda angustia.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró ella, limpiando sus lágrimas con los harapos que cubrían el cuerpecillo de su hija—. Gracias a usted, Alex... Dígame cómo está Juljan, mi adorado... Yo hubiera muerto por él gozosamente. Solamente mi hija me retenía. Está enferma, tiene fiebre. La han pegado delante de mí, como si ella tuviera alguna culpa.

—Ahora, aparente indiferencia. Como si la llevase realmente detenida. Vamos a pasar por el control de entrada a Varsovia. No se asuste si me muestro bruto, como antes...

—Nada me asusta ya, Alex. Solamente este exceso de felicidad —murmuró ella, limpiándose apresuradamente las lágrimas—. ¿No se está comprometiendo mucho por mi causa? ¡Dios le bendiga! ¿Es usted comunista?

—Tanto como usted —dijo riendo Alex—. Soy cristiano, católico. Por eso creo que me decidí a venir. Pensé que Dios nos ayudaría, y con El, todo saldrá bien. ¡Animo, Úrsula, que ya queda poco!

Se detuvo el coche ante una barrera formada por alambradas de espino, en la carretera. Un soldado soviético y un policía polaco avanzaron hacia el vehículo. El soldado ruso cogió el documento que le tendía Alex y lo leyó. El policía polaco lanzó una aviesa mirada al joven, que sonrió levemente.

—Adelante, camarada —dijo el soldado, haciendo el saludo militar—. ¿Quieres que uno de nosotros vayamos guardando a esta perra?

—¿A ésta? —exclamó Alex brutalmente, dando un golpe a Úrsula en un hombro—. Va esposada, pero si quiere hacer algo, que lo intente. Va a Siberia.

Arrancó el coche velozmente. Úrsula sonrió, mirándole con admiración.

—Dispense. ¿La hice daño? —dijo Alex con acento cohibido. Y ella denegó con un gesto de comprensión y alegría.

—¿Cree que comprometeremos mucho a Brdozi, llevándola a su

casa? —preguntó él, mientras conducía el coche por Korolewskaia, hacia el sur de la ciudad.

—No lo creo. Pero si así fuese, tengo muchos sitios adonde ir y estar escondida varios días. Lo que más sentiría es que usted... —murmuró Úrsula con voz conmovida—. Es casi inconcebible que se tome ese interés por nosotros, sin conocernos.

—Vamos llegando a Wraskaia —interrumpió Alex, sonriendo—. Sería muy conveniente que se bajase y fuese andando hasta la casa de Brdozi. Los vecinos se extrañarían de ver un coche oficial parando allí y bajándonos los tres de él.

—Sí, sí —afirmó la joven—. Pero ha de quitarme estas esposas odiosas —le tendió la mano, y Alex, con la llave, las abrió y la dejó libre.

—Bájese. Yo voy a entregar el coche en el Parque de Automovilismo y regresaré pronto.

Ella obedeció, apretando a su hija contra el pecho. Antes de empezar a caminar, le lanzó a Alex una emocionada mirada de agradecimiento. Éste sonrió, haciendo un gesto con la mano. Y partió velozmente hacia el Parque Móvil, en el arrabal de Wola.

El sargento recibió el coche y Alex partió, a pie, hacia el domicilio de Brdozi. Era un buen paseo y el agente especial lo aprovechó para curiosear en la capital, en las calles y plazas. La impresión era por demás penosa, ya que Varsovia no era sino un montón de ruinas en casi sus dos terceras partes. Había edificios oficiales, gubernamentales, que se estaban reconstruyendo, aunque lentamente, con gran pobreza de medios. El mismo Berlín, comparado con aquella ciudad, parecía más hermoso, mucho más animado y alegre.

Los varsovianos no ocultaban su perenne mal humor, su odio al invasor. Iban por las calles aprisa, bajas las cabezas, como lamentando el tener que salir de sus casas derruidas, donde vivían hacinados, por obligaciones y deberes ineludibles. No se veían grupos de personas conversando, ni clientes sentados ante las mesas de los cafés; los tranvías iban abarrotados, renqueantes, pero no hablaba nadie.

Todo estaba colectivizado. Las tiendas no exponían nada en los escaparates. Grandes colas había para comprar comestibles racionados, ropas, calzados bastos, como de munición. No había

casi cines abiertos, donde se podían ver cintas soviéticas, que nadie deseaba contemplar, en los que funcionaban. Y retenes de Policía, polaca y soviética. Y hombres de paisano, de rostros duros, espionando, que no podían ocultar su condición de esbirros.

En la plaza Roja había un monumento a los combatientes polacos, caídos en la última guerra, luchando contra los alemanes. Pero en medio había un busto en bronce de Stalin. Durante una gran temporada, todas las noches, aquel busto amanecía en el suelo, derribado por manos misteriosas, y los rostros de los polacos rojos caídos, en mármol, con una costra de barro. Hubo que establecer una vigilancia continua, día y noche, para evitar que Stalin estuviese más tiempo entre el cieno que sobre su pedestal.

Alex compró, con algunas precauciones, víveres a las mujeres y hombres que lo vendían a precios elevados, en un mercado negro permitido. Ofreció dólares americanos y los mercaderes le colmaron de paquetes, contentos con aquella moneda, que aun allí tenía un valor inmenso. Pan, jamón, embutidos, legumbres, tabaco, café, todo ello sacado por los rusos de los enormes depósitos de su Intendencia Militar.

En casa de Brdozi todo era regocijo, aunque muy silencioso. Cuando dejó el agente especial los paquetes, entonces fue más ruidoso.

—Has estado estupendo, muchacho —dijo el zapatero, que se guardó dos paquetes de cigarrillos americanos tan pronto Alex se los ofreció—. Esto nos hubiera costado a nosotros meses enteros para lograrlo, con el evidente peligro de fracasar. Vuestro

F. B. I.

es admirable.

Úrsula y su hija estaban durmiendo, después de haber comido hasta hartarse de harina de soja. Mlava devoraba pastillas de chocolate, ahora sin repugnancia, y Basil fumaba incansable su pipa, bien llena de tabaco de hebra.

—Ahora es preciso planear la fuga —dijo Alex—. Dije en el campo de concentración que durante cuatro días no volvería Úrsula, o quizá ya nunca. Pero pueden descubrirlo.

Entró, muy pálido, Korolwicky, en la estancia.

—Han descubierto la superchería, Grotowsky —dijo con voz trémula—. Ya os buscan...



COLECCIONAD

JEQUE BLANCO

¡Otra serie de cuadernos de magníficos dibujos y de argumentos emocionantes!

CAPÍTULO IV



E santiguó Brdozi, muy pálido, dejando de fumar un instante. Alex sonrió, aunque se daba perfecta cuenta de que estaba a punto de derrumbarse su generoso esfuerzo. Estaba acostumbrado a vencer obstáculos e inconvenientes y aquello no le asustaba excesivamente.

—¿Cómo fue? —le preguntó al empleado del Ministerio del Interior, que se había sentado y fumaba desaforadamente, fija la vista en el pavimento—. Por casualidad, seguramente...

—Eso es. Uno de los inspectores preguntó al jefe del campo de concentración si había habido movimiento de prisioneros, antes de dar el parte diario de «existencias», y entonces le dijeron que había salido Úrsula con su hija, reclamadas por un secretario para interrogatorios y «diligencias». El inspector puso el grito en el

infierno, porque él debía saber antes que nadie si una prisionera tenía o no que salir, y él no autorizó la de Úrsula. Del campo dieron lectura al oficio del Comisariado y dijeron que alguien, por teléfono, había ratificado la orden y que un coche oficial se presentó con el secretario a recoger a Úrsula.

Alex rompió a reír jocosamente, ante la admiración de Karolwicky, que no sentía alegría alguna por aquel incidente. Brdozi estaba también huraño, preocupado.

—¿Hablaste al campo, por teléfono, como te dije? ¿Con algo metido en la boca, para desfigurar la voz? —preguntó el agente especial al empleado.

—Me metí una moneda, sí, y cambié la voz, pero ahora buscan al que dio el recado por teléfono. Tomé mis precauciones, pero no sé...

—No temas nada. Ellos no pueden saber si se habló desde el Ministerio o desde cualquier otro sitio. Como coincidió con mi llegada, minutos después, en el campo no pudieron tomar precauciones para saber qué teléfono llamó. Si te preguntan, niega, niega siempre. Dios te ayudará, porque es una buena causa.

Karolwicky asintió silenciosamente. La tranquilidad y sangre fría de Alex influían grandemente sobre él, dándole confianza. Brdozi paseaba por la estancia, las manos a la espalda y el cigarrillo en los labios, humeando. Basil, sentado, fumaba nerviosamente, pensativo.

—Hay que ver si María Theresa está en condiciones de ponerse en marcha —dijo después Alex, sentado en una esquina de la mesa de comedor—. ¿No podría verla un médico?

—Traeré a uno de confianza —dijo Sergio—. Yo creo que lo que tiene es una debilidad perniciosa. Están muertas de hambre madre e hija. Y todos... —Se encogió de hombros mientras seguía paseando.

—Anda, Mlava —dijo Basil a su hija—. Vete a buscar al doctor Kolsky y dile que venga pronto.

La muchacha partió mientras seguía comiendo chocolate.

—Si dice que podemos partir, lo haremos en seguida —dijo Alex pensativamente.

—Yo creo que ahora es cuando no os debéis marchar. A estas horas, la

N. K. W. D.

está telefoneando a todas las ciudades de Polonia y pueblos

importantes, dando instrucciones para deteneros. Una mujer, un hombre y una niña de dos años... La cosa es fácil, hermano —dijo secamente Brdozi, deteniéndose ante Alex y mirándole fijamente—. Esta noche detendrán a muchos cientos de hermanos para interrogarles. Caerán bastantes... Les has engañado ingeniosamente y eso les saca de quicio.

—Pero yo no puedo estar esperando meses y meses a que la N. K. W. D.

de de lado este asunto, que no lo dará nunca definitivamente —objetó Alex, encendiendo un cigarrillo—. Yo creo que puedo burlarlos ante sus mismas narices.

Brdozi y Karolwicky le miraron con asombro. Basil sonrió astutamente.

—No puedes tomar un tren, ni un autocar, ni un coche, ni un «taxi», ni una barca... —exclamó Brdozi encogiéndose de hombros—. Te esperan en los controles de carreteras, por si vais andando... ¿Esperas que venga un avión americano, protegido por cazas? Siendo así...

—Bueno, bueno... —repuso Alex, sonriendo—. Está el campo, los senderos, la noche, los campesinos... Si yo pido albergue en casa de un campesino, ¿me delatará?

—No. Puedes creer que no. Pero pudiera ocurrir que, si viese peligro en esconderte, se negase a admitirte. Ellos temen a las represalias. Un obrero no puede estar peor de lo que está. Un campesino ve su cosecha arrasada, sus animales muertos, su choza ardiendo... y él fusilado, y no te delata, pero no te ayuda. Si puede, sí. Los rusos les miman más que a los de la ciudad.

—Yo tengo dólares —dijo Alex, tentando su cartera orgullosamente—. Y aquí también impera nuestra moneda. Por cinco dólares he traído eso que veis ahí —señaló los víveres.

Poco después entró en la habitación Mlada, seguida de un hombre anciano, de pelo blanco y rostro arrugado, alegre.

—Dios os guarde —dijo, echando una mirada de asombro y codicia sobre los paquetes de cigarrillos que llevara Alex—. ¡Hum! Tabaco del bueno...

—Es el doctor Kolsky —dijo el zapatero, y cogió un paquete de «Chesterfield», entregándoselo—. Hola, hermano. Fuma, fuma...

—Dios te lo pague —respondió el médico, sacando con mano

temblorosa un cigarrillo y encendiéndolo apresuradamente—. ¿Quién está enfermo?

—La hija de Úrsula. Tiene fiebre y...

—Pero ¿está aquí? —exclamó el médico, con asombro—. ¿Esos dejados de la mano de Dios os la han entregado?

—Ella, y su madre. Se han fugado, Kolsky. Ya sabes: ni una palabra —murmuró Brdozi—. Pasa a la alcoba.

—Ya comprendo, entonces —contestó el anciano—. Por eso hay tanta Policía en las calles. Cachean a todo el mundo y he visto que entraban a la fuerza los de la

N. K. W. D.

en algunas casas, cerca de aquí. ¡Dios nos tenga de su mano! Vamos, vamos, hermano...

Penetraron él y el zapatero en la alcoba donde estaban Úrsula y su hija.

—Oye: Karolwicky —dijo Alex, que estaba sentado, muy encogido, entregado a hondas meditaciones—. ¿Conoces tú, o los amigos, a alguien que conduzca camiones fuera de Varsovia?

—Yo conozco a varios, que están en una empresa colectivizada —contestó Basil—. Son de los nuestros. A veces nos han traído harina, trigo...

—Yo también. Hay tres hermanos que están de conductores por cuenta del Ministerio, para ir a provincias en busca de víveres para los empleados, para su economato. ¿Y qué?

—Puede ser un medio para salir de aquí —replicó Alex pensativamente—. Si ellos se prestan a llevarnos, claro. Podemos ir escondidos entre los envases. Me figuro que la Policía no registrará esos camiones oficiales.

—No creo. Pero es difícil que te dejen en la frontera. No suelen llegar hasta Alemania —dijo Karolwicky.

—No importa. Iremos por etapas. Ahora quiero ir a Berlín, mejor que a Dantzig. Sería un problema grande poder encontrar una embarcación que cruzase el Báltico hasta Suecia. Si no lo hubieran descubierto tan pronto, no habría variado de idea. Bueno, es preciso que os pongáis al habla con algunos de esos conductores. Le daré cien dólares si nos lleva lo más lejos posible de aquí, con Úrsula y su hija, y lo antes posible.

—¡Cien dólares! —exclamó Basil, abriendo mucho los ojos—.

¡Quién tuviera un camión!

Salió el doctor Kolsky, seguido de Brdozi. Fumaba con rapidez asombrosa, encendiendo un cigarrillo con la colilla del otro. Sonrió a Alex.

—No tiene nada grave, a no ser que se considere grave entre nosotros el tener un hambre canina, desfallecimiento. Claro que si la niña sigue así algún tiempo, morirá, como están muriendo a millares las criaturitas de Dios —se encogió de hombros, desalentado—. Nada; buena comida, si se puede, y se pondrá bien.

—¿Y la fiebre? —preguntó Alex.

—No es fiebre propiamente dicha. Es el mismo desfallecimiento, con sus estados febriles o los desmayos, en los que el pulso apenas se nota. Comida, comida...

—¿Y Úrsula? La han pegado mucho...

—Es fuerte y sigue fuerte, aunque débil. Comida, comida... —repitió Kolsky, sonriendo—. Si hubiera vitaminas, calcio, sería bueno para ellas, pero eso se queda para los invasores y sus familias.

—¿Podríamos ponernos en camino, con algunas penalidades, mañana mismo? —preguntó Alex al médico.

—Comida, comida, amigo. Si pueden comer, desde luego. Una vez libres, sus males bajarán un noventa por ciento. Es lo que nos sucede a todos. La falta de comida y el exceso de miedo, de terror.

Alex le entregó al anciano dos paquetes más de cigarrillos. El médico los tomó, murmurando las gracias con voz conmovida.

—No me los fumaré todos, hermano. Hay enfermos que se pondrán buenos si les doy un par de cigarrillos. Y con ellos se pueden comprar huevos, pan... Que Dios te bendiga, hermano, y te ayude en tu empresa.

Cuando regresó Brdozi de despedir al médico, Alex le expuso su proyecto de salir de Varsovia en algún camión que fuese a provincias, en dirección a la frontera alemana. El zapatero le miró admirativamente.

—No había pensado en eso, todavía —dijo mientras encendía un cigarrillo—. Se puede hacer, sí... Tenemos hermanos que llevan camiones. Hasta lo harán gratis, te lo aseguro. Si les das unos dólares, mejor aún. Basil, ¿no sabes cuándo sale el camión de Warcha? Va por víveres para el economato del Comité Central del

Partido Comunista. Es un muchacho decente, Alex. Y no le ponen obstáculos en el camino, porque lleva una documentación de primera clase, como comprenderás. Va con él otro camarada, de confianza también.

—Voy a enterarme —dijo Basil levantándose—. Oye: Alex, ¿podría coger un trocito de jamón y pan? —agregó en tono suplicante, mirando, sobre la mesa, los dos trozos y el pan con ansiedad.

—Es de todos, hermano —contestó Alex, sonriendo—. Puedes coger lo que gustes. Toma —le dio unos billetes de a diez dólares—. Tráete más, ya que sales.

Basil cortó un buen trozo de jamón que metió en medio del pan. Karolwicky, con mirada suplicante, se adelantó, y le imitó, envolviéndolo en un papel y guardandoselo en un bolsillo.

—Para mi mujercita y mi niña —dijo con voz conmovida—. Y que Dios te lo pague, hermano. Todos vamos a sentir mucho que te marches.

Alex rió, conmovido. Comprendía en todo su horror el sufrimiento de aquellas gentes. Basil y Karolwicky se marcharon.

—¿Podría entrar a ver a María Theresa? —preguntó Alex después a Brdozi.

—Claro que sí. Están en la cama, pero puedes pasar.

El agente especial dio unos golpecitos en la puerta.

—Soy Alex —dijo con voz suave—. ¿Puedo entrar a verles?

—Sí, Alex. Pase —respondió Úrsula.

Estaba ella sentada en la cama, arropada con una toquilla. Junto a ella, dormía la niña. Úrsula, ya lavada y peinada, estaba más bella, con su blanco rostro más animado. Sonrió agradecidamente al ver a Alex, que se acercó lentamente, colocando una silla, al lado del lecho y sentándose.

—Está mejor, ¿verdad? —dijo con voz queda, para no despertar a María Theresa—. El médico ha dicho que su hija no tiene sino... un poco de apetito —rió bonachonamente—. Y que cuando coma todo lo que necesita se pondrá bien.

—Así es. En el campo de concentración se «olvidaban» de darnos de comer, para castigarme a mí, por rebelde. Que Dios les perdone sus maldades. No sé cómo agradecerle, Alex, todo esto... —Miró a su alrededor mientras las lágrimas brotaban de sus hermosos ojos—.

Por mi hijita, sobre todo.

—Poco va a durar el descanso; Úrsula —repuso él sonriendo—. Hemos de salir de Varsovia lo antes posible. En cuanto nos digan que un camión va a partir. Basil y Karolwicky están haciendo las gestiones. ¿Se encuentra con valor para ello?

—Estoy tan desesperada, que haría las cosas más absurdas y temerarias con tal de salvar a María Theresa. No tema, Alex, por nosotras. Si tengo miedo, preocupación y remordimiento, es por usted. Su bondad es sublime... Juljan y yo jamás podremos pagarle esta deuda.

—Está por ver que tengamos éxito, Úrsula —repuso él gravemente—. Yo creo que sí, pero sólo Dios sabe...

En la puerta del piso sonaron fuertes golpes. Úrsula y Alex se miraron con alguna inquietud. El agente especial se levantó y salió de la alcoba rápidamente. Con su diestra tentó el bulto de la pistola «Mauser», en el pecho.

Brdozi se disponía a salir al pasillo para abrir, pero estaba un poco pálido. Alex le acompañó hasta la puerta. El zapatero preguntó, antes de abrir.

—¿Quién?

—Abran a la

N. K. W. D.

—dijo una voz gruesa, en mal polaco—. ¡Abran!...

Sergio dirigió una mirada desesperada a Alex, que le indicó con un gesto que había que abrir. El no hacerlo sería peor.

Entró un hombre, vestido de paisano, alto, vigoroso, con las manos metidas en los bolsillos de una especie de capote gris. Iba cubierto con una gorra de plato, del mismo color, en la que había una estrella roja de cinco puntas. Alex miró hacia la escalera, observando que no iba seguido de otros aquel hombre, de rostro impasible, ancho, con ojos levemente mongólicos.

—Documentaciones —dijo el agente secamente, penetrando en el pasillo y dirigiéndose hacia el comedor, sin sacar las manos de los bolsillos del capote—. Vamos, la tuya... —Miró a Brdozi, que metió la mano en el interior de su americana, sacando una cartera, de la que extrajo su carnet del Partido. El soviético lo miró, sin sacar las manos de los bolsillos.

—Un emboscado en el Partido, ¿verdad? —dijo, sonriendo

perversamente—. Tu documentación —dijo después, contemplando a Grotowsky de pies a cabeza—. ¿Cuántas personas viven aquí? Que salgan las mujeres y niños...

Alex no hizo ningún movimiento para mostrar su documentación. Estaba a su nombre y esto bastaría para que el esbirro lo detuviese inmediatamente. Brdozi, muy pálido, contemplaba a Alex con ansiedad, comprendiendo su terrible apuro.

—¡Vamos, tú! —exclamó el agente, observando a Alex con encono—. ¿No tienes documentos que enseñar?

—Es un pariente mío, que acaba de llegar de Lemberg —expuso Brdozi con voz serena—. Dejé su carnet en el Sector del Partido, para que lo visasen. Es del Partido, camarada.

—Vendrás conmigo, a ver si es verdad eso —respondió el agente—. ¡Vaya un banquete que os vals a dar, amigos! —exclamó después, al ver los víveres, sobre la mesa—. Bueno, voy a registrar la casa. Busco a una mujer y a una niña de dos años. ¿Está aquí?

Brdozi y Alex permanecieron mudos. El agente los miró fijamente y dio un paso hacia la alcoba de Úrsula. El zapatero apretó los puños con rabia, lívido. Alex dejó pasar al agente, sonriendo infernalmente. Y cuando estuvo a espaldas del soviético, sacó su pistola y con la culata, dando un paso, le asestó un tremendo golpe en la cabeza.

El agente se llevó ambas manos a la parte herida, lanzando una interjección. Un segundo golpe, que le propinó Alex con redoblada furia, le hizo dar un traspiés, extendidos los brazos, vacilante. Y el agente especial le golpeó de nuevo, asombrado de la dureza de aquel cráneo.

El agente cayó cuan largo era. Una mancha de sangre comenzó a extenderse por los baldosines del pavimento.

—¿Qué pasa? ¡Sergio! —gritaba Úrsula desde dentro de su alcoba—. ¡Sergio!

Brdozi se inclinó sobre el ruso. Levantó la cabeza para mirar con terror a Alex, que estaba muy pálido, pero sereno.

—Le he matado, ¿verdad? —dijo con voz queda—. No había otro remedio...

—Le has matado, si... —murmuró Brdozi, soltando la muñeca del ruso—. Dios nos ampare, hermano... Si suben otros agentes...

—¡Pronto! ¡Déjame que lo saque de la casa! ¡Ponle un trapo,

algo, sobre la cabeza, para que no gotee sangre en la escalera ni me manche! —dijo Alex precipitadamente.

—¿Qué pasa, Alex? ¡Sergio! —gritaba Úrsula ansiosamente—. ¿Qué ha pasado?

Brdozi, nerviosamente, corrió por el pasillo, jadeando de angustia. Volvió con una vieja toalla, sucia. Se arrodilló y, ayudado por Alex, hicieron como una especie de turbante, conteniendo la hemorragia, aplicado sobre la herida. Pusiéronle después la gorra, forcejeando para encajarla. El cadáver tenía muy abiertos los oblicuos ojos, sin brillo.

Alex se lo echó a la espalda, colgando las piernas del cadáver por delante de su pecho. Brdozi abrió la puerta.

—Baja a ver si hay un coche ante la puerta —susurró Alex—. ¡Aprisa!

Brdozi se adelantó, bajando la escalera silenciosamente. Alex esperó en el descansillo, soportando el peso del agente muerto.

—Baja... —dijo quedamente el zapatero, apareciendo en el hueco de la escalera—. Venía solo. Parece incomprensible.

Alex bajó de prisa la escalera con su carga siniestra. Pasaron por el portal a toda velocidad, saliendo a la oscura calle.

—¡A las ruinas de esas casas! —exclamó el zapatero, yendo delante de Alex y empuñando un revólver—. ¿Quieres que te ayude?

—No. Mira bien, por si vienen —murmuró Alex, caminando a toda prisa, como si no llevase encima el cadáver de un hombre fornido y de alta estatura.

Atravesaron la calle, sin alumbrado, desierta, silenciosa. Y Brdozi le fue guiando entre las ruinas de algunos edificios, alejándose de su casa.

—Cuanto más lejos, mejor —dijo el zapatero.

Iban subiendo y bajando por entre las ruinas, con los muros que parecían fantasmas inmóviles, con las ventanas desmochadas.

—Allí, al final de aquel patio —dijo el zapatero, siempre delante—. Por entre aquel montón de ladrillos. Déjalo ya, ahí...

Alex arrojó el cadáver al suelo. Pero se inclinó, registrándolo. Le quitó una pistola automática, tres cargadores y la cartera. Después, ambos dieron comienzo a la terrible tarea de echar ladrillos y cascotes sobre el cadáver, que ya estaba metido en un hoyo. Pronto

quedó nivelado el terreno, y sobre él echaron más ladrillos, tierra, cascotes, hasta formar montón con el que había al lado.

—Tardarán en dar con él —dijo Brdozi, roncamente—. Dios nos perdone lo que hemos hecho...

—Nos hubiera mandado a todos al pelotón de fusilamiento —dijo Alex, jadeando—. La lucha está así planteada, hermano, y el Señor dará a cada cual lo que se merezca. Vamos...

Dando un rodeo por entre las ruinas, regresaron lentamente a la casa, siempre recelosos, dispuestos a la lucha si se hiciera preciso.

Brdozi abrió con su llave la puerta del piso. En el pasillo, Úrsula, con un viejo vestido, estaba sentada, sollozando. La mujer de Basil y su hija estaban lavando la sangre, en el comedor.

—¿Qué habéis hecho? —exclamó ella, espantada—. ¿Habéis matado a...?

—Sí. Un agente ruso, hija —murmuró el zapatero, haciendo un gesto de desaliento—. Venía por ti. No había opción. Morir él o todos nosotros.

—¡Dios mío, siempre sangre, terror! —exclamó la joven, desesperadamente—. ¿Qué daño les hicimos? ¿Por qué hemos de luchar como fieras, sin compasión, sin acordarnos de Dios?

—Vete a la cama, hija —dijo el zapatero, cogiéndola por los hombros—. No debes dejarte llevar de los nervios. Esto es lo de siempre, desde el año mil novecientos treinta y nueve, ¿no sabes? Anda, anda...

Poco después regresó Basil, cargado de paquetes, muy contento, con un cigarrillo americano en la boca.

—¡Esto sí que es bueno! —exclamó, soltando los víveres en la mesa—. Oye, Alex, mañana por la tarde, anochecido, sale un camión para Kutno, a unos cien kilómetros. Va de vacío, con sacos para cargar harina y trigo.

—¿Puede llevarnos? —preguntó, con ansiedad, Alex.

—Sí. Es un polaco, naturalmente, del partido. Va con otro hermano, y pertenecen al servicio de abastecimientos del Comité central. No suelen ser molestados por la Policía de carreteras. Si se ponen pesados, les dan un poco de harina o trigo, y tan conformes.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Brdozi—. Pero eso no es más que una etapa, hermano —miró angustiadamente a Alex—. ¿Y después, hasta Berlín?

—Ya veremos. Creo que lo peor es estar aquí, sin salir, y expuestos a nuevos registros.

—¿Que hay registros? —exclamó Basil, castañeteando los dedos de su mano derecha—. No lo sabéis bien. Yo creo que toda la N. K. W. D.

está esta noche en la calle, sin faltar uno.

—Uno sí que faltará a lista —repuso Alex, sonriendo cruelmente—. Que te lo diga Sergio...



¿El mejor **REGALO** para su hijo?

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡EMOCION! ¡RISA! ¡CULTURA! ¡ARTE!

¡COLOR! ¡CALIDAD!

¡32 páginas maravillosas sólo por 4 ptas.!

CAPÍTULO V



El siguiente día, casi anocheciendo, Alex esperaba con impaciencia el camión en el que se había de marchar con Úrsula y su hija. Habían quedado en que el vehículo se detendría ante la casa cuando la oscuridad de la noche fuese total.

Brdozi, Basil, Mlava y la mujer estaban sentados en el comedor, esperando también el momento de la despedida con tristeza. Alex les había llevado a todos un nuevo impulso por la vida, una alegría, esperanzas, y con su generosidad, tan americana, había llenado la despensa de víveres, desde hacía mucho tiempo inasequibles para ellos. El joven había llevado consigo más de dos mil dólares, que, convertidos medio millar de ellos en zlotys, hicieron una suma fabulosa de éstos. Con ellos quedó el zapatero para seguir surtiendo a sus amigos y hermanos de más víveres, tabaco, ropas, calzados.

La noche llegó, y Alex, con el rostro ante la ventana, miraba las sombras de la calle. Úrsula dormía a su hija, siempre como aletargada por la debilidad. Los demás, callados, escuchaban atentamente, por si llegaba el esperado camión.

Y llegó repentinamente. Sonó su «claxon» fuertemente dos veces. Alex vio los faros pequeños, de población. Era grande, cerrado, el vehículo. Sonó de nuevo el ronco «claxon», como con impaciencia.

—¡Vamos, Úrsula! —exclamó Alex con voz conmovida. Cogió su maleta, sonriendo. Brdozi, Basil, su mujer, Mlava, todos a un tiempo, sollozando, se le echaron encima, besándole, estrujándole. Después le llegó el turno a Úrsula, que también lloraba.

—Que Dios os proteja —murmuró Brdozi sordamente—. Alex, has sido como un arcángel para nosotros. Nunca vi un hombre tan bueno y noble como tú. Si puedes, haznos saber que llegasteis bien, como así se lo pido al buen Dios.

—Adiós, adiós —dijo Alex, sonriendo—. Vamos, Úrsula, vamos...

—Que Dios os proteja —exclamó Basil, lloriqueando.

—Que Dios nos proteja a todos. ¡Venid pronto a Polonia! —dijo la jovencita Mlava, juntas las manos, y comenzó a rezar, de rodillas.

Bajaron la escalera sigilosamente, para que los vecinos no notasen su marcha. Brdozi bajó también, poniendo una de sus manos sobre un hombro de Alex y apretándoselo fuertemente.

Cruzaron la calle rápidamente. El ayudante del chofer, al verlos, se bajó de la cabina y fue a bajar el tablero posterior del camión.

—¡Aprisa, hermanos! —dijo, quedamente—. Id al fondo. Allí hay huecos para que vayáis tumbados o sentados. Nada de ruidos, ¿eh? La niña, calladita, porque nos puede perder a todos.

Brdozi, lanzando sordos ronquidos, sollozando, abrazó desesperadamente a Alex, a Úrsula, y besó con ternura a la dormida María Theresa.

—Dios os acompañe... —murmuró.

En el fondo del camión, entre los bultos de los sacos de harina, vacíos, había como dos nichos, muy disimulados. Úrsula fue izada y conducida a su escondite. Alex la siguió. El ayudante echó varios sacos vacíos encima, y arrimó otras pilas más.

—Si queréis algo, dad unos golpes en la pared de la cabina —dijo.

Y se bajó seguidamente. El motor se puso en marcha, roncamente.

—Adiós, hermanos —dijo Brdozi.

Y el vehículo se puso en marcha seguidamente a gran velocidad.

—¿Va bien, Úrsula? —preguntó, animosamente, Alex—. Esto está muy mullido...

—Voy bien, Alex —respondió ella, con la voz trémula por el llanto—. Dios nos ampare, sobre todo a usted, el más bueno y valeroso.

—¿Van bien? —La voz del chofer se oyó cuando describió una ventanilla de la cabina, que daba al interior—. ¡Que no llore la niña, por amor de Dios, ni hable!

—No lo hará, hermano —aseguró Úrsula—. Gracias, hermanos, por todo. Mucho os comprometéis por mí, por mi hijita...

—No eres la primera que llevamos fuera de aquí —aseguró, riendo, el chofer—. Uno ha de servir como pueda a nuestra buena causa.

—Unos cigarrillos —dijo Alex, alargando un paquete al chofer, que lo recibió con alegría—. ¿A qué hora llegaremos a Kutno?

—Hacia las doce. Veremos si es posible llevaros más lejos. Creo que hay mucha vigilancia en las carreteras, por vuestra causa. Ha sido una fuga sensacional —rió el polaco—, que les ha escocido mucho.

Cerró la ventanilla, y el camión aceleró más la velocidad. Alex encendió un cigarrillo y procuró lanzar el humo por una rendija de la carrocería. Oyó cómo rezaba Úrsula quedamente. Y el ronquido apagado de María Theresa, en brazos de su madre.

Un rato después, el camión se detuvo. Alex sacó su pistola de debajo de la axila, atento a lo que pudiera suceder.

—¿Vais de vacío, Mirsky? —decía una voz en polaco, pero mal pronunciado.

Debía ser un ruso, en algún puesto de control en las afueras de la ciudad.

—Sí, camarada. Vamos por trigo y harina —respondió el chofer—. ¿Quieres algo? ¿Un saco de patatas?

—Hombre, sí. Se venden bien. Oye: ¿no lleváis a nadie? Hemos tenido órdenes severas de registrar todo cuanto salga. Ha habido una fuga del campo de concentración de Mlociny, y por si intentan

fugarse...

—Registra, si quieres —contestó, riendo el chofer—. Anda, Igor, abre la trampilla de atrás para que entre el camarada.

Úrsula estiró su brazo y tocó en la cara a Alex, que estrechó la mano de ella suavemente. Sus corazones parecieron paralizarse...

—Deja, deja —dijo el ruso—. No te olvides de las patatas. A la vuelta te las pagaré.

—Mañana por la mañana —contestó el chofer, poniendo en marcha el camión.

El sordo mosconeo del motor se aceleró, trepidando el camión sobre el asfalto deteriorado de la carretera.

—Un poco de susto, ¿no? —dijo Igor, abriendo la ventanilla—. Si vuelve a ocurrir, no te quedará más remedio que disparar, hermano, y nosotros también. Esto es a la desesperada...

—Desde luego —repuso Alex, sonriendo fríamente—. Estaba ya preparado.

—Aún habrá que parar ante dos controles más. Pero todos son amigos..., como ese condenado ruso, que quiere las patatas para venderlas a precios abusivos. Un día..., nos le «cargamos».

Cerró la ventanilla después. Alex reflexionaba sobre todo aquello. La situación era grave. Una vez se podría evitar el registro, pero otra, tal vez no, y entonces habría que jugárselo todo a una carta, a la de la violencia salvaje, por defender aquellas vidas que él se comprometió a trasladar a la lejana Alemania, a Múnich. Si, era un romántico... Un impulsivo, que se había metido en un lío formidable, haciendo concebir esperanzas al pobre Juljan Chelmsky, a Úrsula... Hasta ahora, todo había ido bien; pero, realmente, hasta este momento las cosas no habían tenido una gran gravedad. Lo del campo de concentración fue un poco infantil, como de película. Los rusos eran más tontos que él, que el

F. B. I.

Y por eso salió bien. En cambio, ahora, estaban a merced de que en un control quisieran registrar el interior del camión. De que un motorista ruso les detuviese y quisiese también meter las narices dentro. O una patrulla de soldados...

Úrsula seguía rezando, bisbiseando. María Theresa bostezó y se movió.

—Mamá... —dijo, intentando librarse de los brazos de su madre

—. Chocolate rico...

—Calla, hija. Toma —dijo Úrsula, moviéndose—. Calladita la nena...

—Calladita. ¿Y papá Alex? ¿Y el otro?

Alex sonrió. ¿Quién le habría dicho a la niña que él era «papá»? Tal vez Úrsula, queriendo imbuirle la idea que él era «papá», para caso de interrogatorio por la Policía.

—Está ahí, durmiendo. Calla, calla. Come y calla. Aquí no se puede meter ruido, ¿sabes? Como en el campo de concentración. Si la nena habla, a mamá la pegan. A dormir...

—¿Y el otro? Nunca viene con nosotros —murmuró la niña.

—¡Que te calles, María Theresa, hija! —contestó, con impaciencia, Úrsula—. A dormir, te he dicho.

El «claxon» de una motocicleta, atrás, sonó con insistencia. Alex se estremeció. Un motorista, quizá ruso... Pedía que el camión se detuviese.

—Atención, hermano —dijo Igor, abriendo la ventanilla—. Hay que parar. Si ves que quiere entrar... Antes se entenderá con nosotros.

El pitido de la motocicleta se hizo más rápido, sonando su motor con mucha potencia. El camión frenó poco a poco y al fin se detuvo.

—¿Qué hay, camarada? —preguntó el chofer desde la ventanilla—. Somos del Comité Central, Abastecimientos. Todo en regla, si quieres verlo.

—Documentación —respondió secamente el ruso, parando el ruido del motor de su vehículo.

—¿Quién es, mamá? —dijo María Theresa de repente.

Y su voz fue sofocada por la mano de Úrsula. Alex, de rodillas, lanzó mentalmente un reniego. ¿La habría oído el motorista ruso?

Igor y el chofer rompieron a toser fuertemente.

—¿Carga? —preguntó el motorista.

—De vacío, camarada. Vamos por harina y trigo para el Comité Central —respondió Igor sin dejar de toser—. Si quieres registrar...

—Parecía que llevabais gallinas. Una ha chillado —contestó, en tono de zumba, el motorista—. Abre, a ver lo que hay...

—No llevamos más que sacos vacíos, camarada, y... —dijo el chofer, secamente.

—¡Abre, te digo! —gritó el ruso, coléricamente.

—Abre, Igor —respondió el chofer—. Vamos, camarada, no te enfades. Otras noches nos has dejado pasar sin decir nada.

—Otras noches no se fugó nadie de vuestra maldita calaña polaca.

Alex sacó su pistola de la funda. Oyó cómo se bajaban Igor y el chofer. Después, unos movimientos rápidos sobre el asfalto, como de lucha. Un jadeo del motorista, que gritó algo en ruso. Un golpe sobre el pavimento...

—¡En la cabeza, Igor! ¡Dale fuerte! ¡Déjame!...

—¡Dios mío! —gimió Úrsula, y el grito sofocado de María Theresa, que se debatía, sin poder respirar apenas.

Rodaban por el suelo los cuerpos de los tres hombres. Golpes, rugidos, arrastre de un cuerpo, que gritaba y maldecía en ruso. Un grito de agonía, y después, un silencio casi absoluto.

—Lo hemos matado, hermano —dijo Igor, acercándose al camión y dando un golpe—. Se ha puesto bruto... Baja para ayudarnos a llevarlo lejos de aquí.

Igor abrió la trampa posterior y Alex bajó rápidamente, pistola en mano.

El cuerpo del motorista estaba tendido en la carretera. Un charco de sangre se extendía lentamente bajo él.

—¡Vamos! Entre los tres, aprisa hacia aquella colina —ordenó el chofer nerviosamente—. Lo hemos matado con las llaves inglesas.

Lo cogieron por las piernas y brazos, llevándolo en volandas a toda prisa por el terreno ondulado. Alex se separó para coger la motocicleta y llevarla también lejos.

—¡Esa chica! —Gruñó el chofer, con irritación—. Nos va a perder...

—Amordazadla —dijo Igor—. Es una barbaridad, pero no hay más remedio.

Subieron el cadáver y la máquina a la colina. Había luna y se orientaron bien. No se veía ninguna casa cerca.

—Aquí —dijo el chofer, y soltaron el cadáver.

La motocicleta fue igualmente tirada, pero antes, Igor golpeó fuertemente el cilindro, el carburador, destrozándola con saña.

—Con este chisme no harán más daño a los nuestros —murmuró, sonriendo.

Bajaron a la carretera rápidamente. Aparecieron los faros del

camión, iluminando la cinta negra del pavimento.

—Tierra sobre esa sangre —dijo Alex, y con las manos cogió polvo de la cuneta, esparciéndola sobre el asfalto enrojecido. Los otros dos hombres empujaron después aquella especie de pasta, formada con la arena y la sangre, hacia la cuneta, echando más polvo encima después.

—¡Vamos! Aquí no ha quedado rastro de nada. Cuando quieran echar de menos a ese hombre y lo descubran habrán pasado bastantes horas —dijo el chofer.

—Echarán la culpa a los guerrilleros —murmuró Igor, el ayudante.

Subieron al camión y el motor se puso en marcha.

—¿Le han matado, Alex? —preguntó, angustiada, Úrsula.

—Pues... sí. No hubo más remedio —contestó, vacilantemente, el agente especial—. Quería ver si había aquí gallinas. ¡Tonto capricho! Debe procurar, por lo que más quiera, que la niña no hable, ni grite, sobre todo cuando haya cierto peligro.

La ventanilla se abrió.

—Úrsula —dijo Igor, severamente—. Que la niña no hable, por Dios. Amordácela cuando nos detengan en los controles o los motoristas.

—Descuide, Igor. ¡Dios mío, más sangre, más muertos! —comenzó a sollozar quedamente.

Alex extendió el brazo y estrechó cálidamente una mano de ella, compadecido.

—Pronto acabará todo, Úrsula —dijo, suavemente—. Dentro de pocos días estaremos en Múnich. ¡Qué contento se pondrá Juljan! ¿Ha pensado usted en eso?

—Tengo miedo de hacerlo. Me parece algo imposible de lograr. Ya ve, apenas hemos salido de Varsovia y vea qué peligros, evitados por verdadero milagro.

—Dios los hace y esperemos que siga favoreciéndonos —respondió, fervorosamente, Alex.

—Papá Alex... —susurró María Theresa—. Quiero ir contigo. Mamá me ha dado azotes.

El agente especial, sonriendo, la trasladó a su lado, apretándola sobre su ancho pecho, y la besó.

—Ya estás conmigo. Pero yo no me llamo Alex, querida. Me

llamo Jorge, Jorge. Repítelo...

—Jorge, Jorge. Jorge Alex —dijo la niña.

—Mejor será que me llames papá siempre, ¿sabes? —insinuó, riendo, Alex—. Solamente papá. Si vuelves a decir Alex, no te daré chocolate, ni galletas, ni te querré más. Ahora duerme.

La niña se durmió en los brazos de Alex. Éste oyó un poco después cómo también lo hacía Úrsula. El chofer e Igor charlaban en la cabina, mientras el camión marchaba a gran velocidad, tomando las curvas con cerrados giros.

El mismo se adormeció, cansado de pensar y torturar su cerebro con negras ideas acerca de las dificultades de la empresa que estaba llevando a cabo. Pensó también, un poco avergonzado, en la belleza de Úrsula, en su triste expresión de sufrimiento, de cansancio y angustia. Parecía una excelente mujer. Y muy bella... Se comprendía el dolor de Julian, al considerarla perdida. Aquella muchacha, de veinticinco años, bien cuidada, sin preocupaciones, pudiendo vivir sin temores, sería encantadora, seguramente. Julian tuvo mucha suerte al casarse con ella...

La ventanilla se abrió de nuevo.

—Vamos a llegar al control de Wraksitch —dijo Igor—. A ver esa mocosa...

—Descuida. La tengo conmigo y no rechistará —contestó Alex.

—No conviene que esté contigo, hermano. Puedes hacer falta para disparar. Con la fuga de Úrsula, está la vigilancia redoblada.

Alex llevó a la niña, suavemente, al lado de Úrsula, que envolvió la cabeza de María Theresa en su toquilla de lana, dejándola fuera la nariz.

El camión frenó. Se oían voces en ruso y polaco.

—Hola, camarada —dijo un polaco—. ¿Me trajiste esa botella de vodka, Igor?

—¿Y a mí? —preguntó un ruso.

Igor rió, mientras hurgaba en el asiento.

—Ahí van, borrachos. Esta vez os las regalo. Bueno; tenemos prisa. Hasta mañana.

—Oye, oye —dijo el ruso, secamente—. Supongo que no llevaréis a nadie ahí dentro... Hemos tenido órdenes severas y habrá que registrar.

—Hazlo, hijo —repuso el chofer, irónicamente—. Vamos

cargados de guerrilleros, de bombas atómicas y de americanos — soltó la carcajada—. Ábrele, Igor, para que esté tranquilo.

—Andando, camaradas —dijo el centinela polaco—. No seas burro, camarada —se dirigió al ruso, que sonrió un poco avergonzado.

—Hasta mañana. Os traeremos harina, ¿eh? —Arrancó el camión velozmente.

Alex lanzó un suspiro, guardando la pistola en la funda. Era cierto aquello de que la vigilancia se había redoblado. Querían capturar a Úrsula, cogerle a él, Alex. Gracias a que el chofer e Igor eran ya muy conocidos en la ruta y no despertaban sospechas. ¿Qué pasaría cuando abandonaran el camión y a aquellos bravos hermanos?

—Ha estado a punto de ocurrir otra catástrofe, hermano —dijo Igor, asomando la cara por la ventanilla—. Pocas veces he visto tanta vigilancia, En fin, gracias a Dios todo se va resolviendo.

—¿Falta mucho para la llegada? —preguntó Alex.

—No mucho. Dentro de una hora estaremos en la ciudad. Si es posible, pasaremos de allí, para haceros adelantar camino.

—¿Nos dejaréis en el campo? —inquirió Alex, pensando que entonces surgirían las verdaderas dificultades y peligros, con Úrsula y la pequeña a su cargo.

—En alguna casa, en el campo, sí. Será gente de confianza. Creo que no podemos hacer más por vosotros, hermano. Nuestros viajes están controlados y no nos sería posible alargarlo hasta la frontera, porque mañana al mediodía hemos de estar en Varsovia de nuevo. Ya sabes, las represalias a la menor sospecha...

—Está bien. Demasiado hacéis por nosotros —contestó Alex.

El camión seguía devorando la distancia a velocidad acelerada, guiado por el chofer, que así deseaba ganar tiempo, rebasar Kutno y adelantar camino a Alex y Úrsula, para luego regresar a la ciudad polaca.

Una hora después, Igor se asomó a la ventanilla.

—Cuidado con la niña. Vamos a llegar al control de Kutno, a la entrada de la ciudad.

Úrsula despertó y puso la toquilla sobre la cabeza de la niña, que dormía tranquilamente. Alex sacó de nuevo su «Mauser», quedando a la expectativa.

El camión se detuvo poco después. De nuevo, la charla de los centinelas, cordial, con Igor y el chofer.

—Vamos al almacén, a encerrar, hasta que carguen los sacos de harina y trigo —dijo Igor, bajando—. ¿Qué hay por aquí, camaradas?

—¿Llevas viajeros? —le preguntó un centinela polaco. Después, con voz queda, agregó—: Si los llevas, despáchalos pronto. Idos en seguida...

—Vamos de vacío —repuso Igor en voz alta, encendiendo un cigarrillo—. Bueno; hasta mañana, camaradas.

El camión arrancó de nuevo. Y el chofer buscó calles alejadas para encontrar la salida al otro extremo oeste de la ciudad, tomando después la carretera general. Empezó entonces una velocidad extremada, botando los neumáticos sobre el asfalto deteriorado, con muchos baches.

—Todo fue bien. Ahora correremos lo que podamos para haceros ganar distancia. El bajaros en Kutno hubiera sido comprometedor para vosotros. En adelante no paséis por ciudades ni pueblos grandes. Dad un rodeo.

—Bien, hermano. Mientras nos sea posible, lo haremos. Yo tengo dólares y creo que podré comprar víveres a los campesinos.

—Te los darán gratis, si los tienen —afirmó Igor.

Dos horas después, sin incidentes, el camión se detuvo en la carretera. Alex miró la hora en su reloj de pulsera, a la luz de una cerilla. Eran las doce menos cuarto de la noche.

—Estamos a ochenta kilómetros de Kutno, al Oeste —dijo Igor, cuando hubo bajado la trampilla trasera para que bajasen Alex, Úrsula y la niña, que despertó, llorando—. Posen está como a ciento veinte kilómetros, siguiendo esta carretera. Creo que podréis pasar un día o dos en alguna de estas casas —señaló varias, en el monte, iluminadas por la luz de la luna—. Y ellos os dirán el mejor medio de seguir adelante. Tienen sus camiones para llevar víveres a la ciudad, o sus carros...

—Gracias por todo, hermanos —dijo Alex, estrechando las manos de aquellos polacos—. Permitidme que os dé unos dólares...

—Ni uno, hermano —respondió el chofer, empujando la mano de Alex, que buscaba su cartera—. Ni por mil hubiéramos hecho esto. Por vosotros, sí. Que Dios os proteja.

—A vosotros también —murmuró Úrsula, estrechando las manos de los dos hombres.

El camión dio la vuelta y emprendió a toda velocidad el regreso a Kutno. Las luces de sus faros se fueron alejando, contempladas con melancolía por Alex y Úrsula.

—Bueno... —dijo Alex alegremente, cogiendo su maleta—. Ahora, andando hacia aquel monte. ¡Lástima que el camión no fuese hasta el mismo Berlín!

—Encontraremos otros —repuso Úrsula sin mucha convicción.

Y llevando a su hija en brazos, otra vez dormida, bajo el suave viento primaveral, comenzaron a caminar por el campo, en subida hacia las colinas cercanas.

Había un silencio casi absoluto en aquellos parajes, al parecer llenos de paz. Unos bosques se distinguían a la izquierda, con su masa negra, siniestra. Varios conejos saltaron entre los matorrales, asustados por los pasos humanos.

Se detuvieron cuando sintieron el ruido de un motor, y poco después, las blancas luces de unos faros de automóvil, que pasaba por la carretera velozmente, allá abajo.

Úrsula se mostraba animosa. Su larga permanencia acurrucada en el camión había anquilosado sus piernas y ahora encontraba un alivio caminando. Transpusieron la falda de la colina, con pinos sueltos, cuyas ramas eran mecidas por la brisa fresca. Y se encontraron ante una plazoleta, en la cual había una casa de blanca fachada, con tres ventanas y la puerta, en el centro. De una de las ventanas salía una tenue luz, y de cuando en cuando, la sombra de una persona cruzaba y recruzaba, ocultando un poco la claridad.

—¿Nos querrán recibir? —preguntó Alex, dejando la maleta en el suelo y mirando la casa con curiosidad.

—Si son polacos, sí. Y lo serán, sin duda alguna. Hay también refugiados lituanos, expulsados de su país por los rusos, pero también suelen ser de confianza. A todos nos mueve el odio a los rusos. Llame, no tenga miedo.

Alex golpeó con el aldabón sobre la puerta, ancha y recia. Un ladrido le contestó inmediatamente. Un poco después, una de las ventanas se abrió y asomó una cabeza de hombre.

—¿Quién es? —preguntó en polaco—. ¿Qué quieren?

Alex se acercó a la ventana. La casa no tenía sino planta baja.

—Perdona, hermano —dijo, con voz amable—. Quisiéramos pasar el resto de la noche bajo techado, si no te molesta. Es mi mujer y mi hijita... Vamos andando hasta Posen, y...

—¿Sabes que las cosas no están como para dar asilo a cualquiera? —respondió, agriamente, el campesino—. Luego vienen los de la «secreta» y uno se ve acusado de favorecer a los guerrilleros o a sus familias.

—Yo no soy guerrillero, hermano. Y si no quieres darnos albergue, los rusos nos echarán la mano encima. Somos buenos polacos...

—Todos lo somos. Es muy comprometido, hermano, y lo siento, pero...

—Si eres buen polaco, debes dejarnos entrar —dijo Úrsula, con voz fría—. Soy una mujer perseguida, y si nos capturan, mi hijita morirá, y yo, y mi marido. Por esta noche, hermano...

—Voy a abriros. Esperad —repuso el campesino.

Y se retiró de la abierta ventana. Unos momentos después, la puerta chirriaba, y un perro ladró fuertemente, asustado. El campesino, su mujer y dos muchachos aparecieron en el umbral. Pasad, hermanos.

—¡Malditos tiempos éstos, que no puede uno vivir con tranquilidad! —rezongó.

Alex, con Úrsula, penetraron en una habitación grande, con sillas alrededor de una mesa. Había una chimenea, con leños encendidos, y en las paredes, colgando, sartenes de cobre, vasijas, platos de loza, de colorines.

El campesino era ya viejo, con grandes bigotes lacios, canosos. Vestía una chaqueta de recio paño, deteriorada, y pantalones grises, remendados por las rodillas. Su mujer era también anciana, con un pañuelo atado a la cabeza. Tenía ojos negros, bondadosos, lagrimeantes, y era de pequeña estatura y gruesa. Sus dos hijos, de unos veintitrés y dieciocho años, eran robustos, de rostros marcadamente eslavos, de ancha faz.

—Gracias, hermanos —dijo Alex, tendiendo su mano a todos—. No quisiéramos causaros muchas molestias. Mi mujer y mi hija están cansadas. Con que se acuesten ellas, basta. Yo dormiré en el suelo, sobre una silla.

—Comeréis antes. Somos pobres —dijo el campesino, sonriendo

—. Pero os vendrá bien una sopa caliente de repollo con unos huevos. Anda, Wanda, hazles algo. Están cansados. ¡Malditos tiempos, hermanos! ¿Qué tendrán que hacer esos rusos en nuestra Polonia, digo? ¿Es que nosotros hemos invadido alguna vez la gran Rusia, digo?

Los muchachos rieron. Sabían que el viejo iba a soltar alguna de sus peroratas contra los rusos, con sus argumentos, que él creía profundos, aplastantes.

—Nos persiguen, hermanos —dijo Úrsula, con voz contristada.

—¡Calle! No nos diga nada, hermana —dijo el campesino, rudamente—. Es mejor no saber nada, hija. Así, si la
N. K. W. D.

nos interroga, nada podemos decir, porque nada sabemos. Ni de dónde vienen ni adonde van. ¿Por qué esos herejes han de querer saber siempre lo que hacemos, lo que pensamos, si rezamos o no al buen Dios, digo yo?

—No te pongas pesado, viejo —dijo la mujer del campesino, moviendo la cabeza con disgusto, mientras preparaba la sopa de repollo, echando en ella cuatro huevos—. Eres bueno para echar discursos en esas células del diablo.

Alex rió alegremente. Era una gran suerte haber caído allí. Extrajo un paquete de cigarrillos de un bolsillo y lo dejó sobre la mesa. El viejo le miró con asombro y alegría. Los jóvenes rieron también y alargaron sus manos para coger el paquete. Lo hizo antes que ellos el anciano, riendo.

—¡Tabaco americano, Dios mío! —Lo olió, sacando los cigarrillos, relamiéndose cómicamente—. Hermano, tienes un tesoro... Lo menos, diez mil zlotys te habrá costado esto. Quizá, veinte mil...

Fumaron con verdadera delectación los campesinos, mientras comían Alex, Úrsula y María Theresa, que ahora hablaba también sin tasa, comiendo con la misma ansiedad de siempre.

—Cuando acabéis, a la cama —dijo el viejo campesino—. Tenemos una habitación, al fondo, con dos camas buenas.

Úrsula y Alex se miraron con cierto azoramiento. Claro, habían dicho que estaban casados, y ahora...

Cuando terminaron la cena, rezaron todos, impetrando de la Divina Providencia la salvación de Polonia y de todos los polacos.

El viejo, bostezando, se guardó el paquete de cigarrillos, guiñando un ojo, malicioso, a Alex, que sonrió.

—Si lo dejo por aquí, estos perillanes se los fuman en cinco minutos. ¡A la cama todos! Mañana hay que ir a Grosvice a llevar las hortalizas.

—¿Tienen camión? —preguntó Alex, con ansiedad, al viejo.

—¿Camión? No, no. Un carro con un caballo, y gracias que la Intendencia nos lo ha dejado.

—¿Sabe usted de alguien que nos pudiera llevar hacia la frontera, aunque fuera por etapas? Le pagaría bien.

—Como conocer, ya conozco —meditó el campesino—. Si no hasta la misma frontera, cerca les podría dejar. Es un tal Ruilsky, bueno entre los buenos, que está afiliado al Partido y tiene contrata de carbones. Va y viene como quiere, sin que nadie le diga nada. Yo hablaré con él mañana, cuando vaya a Grosvice. Y hasta creo que no les cobraría más que la gasolina.

Todos se levantaron para ir a acostarse, pero Alex, de oído ejercitado, quedó rígido, en pie, haciendo una seña a los demás.

—Un coche se acerca —dijo, consultando con la mirada a los campesinos.

Escucharon todos, intrigados.

—Suben por la carretera nuestra —dijo el mayor, palideciendo—. ¡Vayan a esconderse en la habitación, pronto! —dijo, agitadamente.

—¡Por aquí, por aquí! —exclamó la madre—. ¡Vengan! ¡A estas horas no pueden ser sino esos diablos! ¡Dios mío!

Úrsula y Alex, cogiendo a la niña en brazos, la siguieron. El campesino hablaba a sus hijos en voz baja, pero autoritaria, seca.

Penetraron Úrsula y Alex en una alcoba espaciosa, en la que había dos camas, una mesa y varias sillas. El agente especial sacó su pistola de la funda y, con seco movimiento, puso una bala en la recámara.

—No hablen, ni se muevan —susurró la anciana—. Otras veces han venido a preguntar, han registrado y se marcharon tranquilamente. ¡Chis!

Úrsula lanzó a Alex una mirada aterrada. De manera que habían registrado... ¡Vaya un consuelo!

Alex sonrió precariamente. La anciana salió precipitadamente,

rezongando algo sobre los diablos rojos.

Unos fuertes golpes sonaron en la puerta. Úrsula se dejó caer sobre la cama que más cerca tenía, apretando contra su pecho a María Theresa, mientras la tapaba la boca con una mano. La niña, asombrada, estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos, mirando a Alex, que estaba al lado de la puerta, escuchando, con la pistola «Mauser» en la mano.

Se abrió la puerta de la casa. Y Alex y Úrsula oyeron que dos hombres hablaban con voz muy fuerte, imperiosa, en un polaco defectuoso. Eran rusos...



¡LO NUNCA VISTO POR 1,25 PESETAS!

EL F. B. I.

la organización de contraespionaje más famosa
del mundo, vive y emociona en

AVENTURAS DEL F. B. I.

CAPÍTULO VI



ISCUTÍAN los dos rusos con los campesinos. Alex oyó cómo los agentes decían que iban a registrar.

—Una mujer, un hombre y niña andar escapados. Nosotros querer ver si estar aquí —dijo uno de ellos, mientras daba un puñetazo sobre la mesa del comedor—. Mi camarada estar con vosotros. Si vosotros mover, él matar. Vosotros, perros, perros... Todo ser comunistas, pero todos ser traidores.

Siguió un silencio ominoso, roto por los pasos pesados de un hombre que iba entrando y saliendo en varias habitaciones, registrando. La mujer del campesino chilló, colérica, cuando oyó caer al suelo algo que tenía cristal, quizá un espejo, haciéndose trizas.

Los pasos del ruso se acercaban a la alcoba donde estaban Alex y Úrsula. María Theresa, con la boca tapada, aterrorizada, miraba a Alex como convencida de que su «papá» haría algo por salir de aquella terrible situación, que ella intuía.

En la habitación de al lado, el ruso movía muebles, apartando una cama, abriendo y cerrando un armario con rudeza. Reinaba el mayor silencio.

Alex hizo un gesto a Úrsula para que se colocase a su lado, detrás de la puerta de la alcoba. Ella obedeció, llenos los ojos de lágrimas. Y apoyó su cabeza en un hombro de Alex, que, suavemente, la apartó. Tenía que estar en libertad de movimientos. La pasó una mano por la mejilla, sonriéndola con dulzura.

En el pasillo, los pasos del ruso se acercaron. Se detuvo ante la puerta, como vacilando. Alex, rígido, pegado a la pared, tenía en la derecha la «Mauser», pero cogida por el cañón. Úrsula le miraba con espanto y María Theresa, incomprensiblemente, sonrió con sus enormes ojos, ya que la boca la tenía oculta por la mano de su madre.

El ruso puso la mano en el picaporte. Alex levantó el brazo armado... Y la puerta se abrió lentamente. Úrsula había apagado la luz del quinqué y solamente llegaba algo de claridad procedente del comedor.

Entró el agente de la
N. K. W. D.
Tenía en la mano una pistola...

Alex descargó con terrible fuerza la culata de la «Mauser» sobre la descubierta cabeza del ruso, que era de mediana estatura, fuerte, y cerró inmediatamente la puerta.

El rostro ancho del ruso se cubrió de sangre. Vaciló, intentando elevar el brazo para disparar, pero Alex, como una fiera, sabiendo lo que se jugaba en aquellos decisivos instantes, le golpeó a matar. Varias veces subió y bajó el brazo, cuya mano sostenía la pistola por el cañón. Aun en el suelo, el agente especial siguió ciegamente golpeándole sobre el cráneo.

Úrsula le sujetó, aterrorizada, de un brazo. Alex estaba congestionado, enloquecido por el furor, con los ojos inyectados en sangre. El ruso, con el cráneo destrozado, en medio de la estancia, no se movía ya. María Theresa había escondido su cabecita en el

pecho de su madre, tiritando terriblemente.

Alex se pasó una mano por la frente, cubierta de sudor. También tiritaba, espantado de su crueldad. Pero era preciso ser así. Era una cuestión de vida o muerte. O dejarse detener, lo que significaba una muerte horrible para Úrsula, la niña y él, o matar, matar...

Salió al pasillo, esgrimiendo la pistola. Úrsula fue a detenerle, implorante, pero él la rechazó con un gesto duro.

—¡Sergio! ¿Acabas? —gritó el otro ruso, en su idioma natal—. ¿Hay algo?

Alex caminó lentamente por el pasillo y dio la vuelta al recodo que hacía. El otro ruso también avanzaba, extrañado de que su camarada no contestase.

Quedaron frente a frente ambos, con las pistolas en las manos. La mujer del campesino chillaba histéricamente, pidiendo la ayuda de Dios.

El agente de la
N. K. W. D.

quiso ser más rápido que Alex en disparar. Pero, por lo visto, para hacerlo, tenía que levantar el brazo y poner el arma a la altura de su rostro, a la manera clásica. Alex le dejó hacer, divertido. Pero antes de que el arma del soviético fuese a apuntar sobre él, Alex, con la mano sobre la cadera, sujetando el arma, disparó dos veces seguidas. Y se echó hacia atrás.

El ruso cayó de espaldas, con inaudita violencia, dejando caer la pistola para llevarse ambas manos al pecho, de donde brotaba la sangre ya.

El campesino, su mujer y los dos hijos se precipitaron al pasillo. Contemplaron con espanto el cadáver del ruso, para luego observar a Alex, que estaba recostado sobre la pared, como aniquilado por la emoción.

Úrsula llegó también, sin la niña, que chillaba al otro extremo del pasillo.

—¿Está herido? —gritó la joven, echando los brazos al cuello de Alex—. ¡Dios mío, le ha herido!

—No, no. No le di tiempo a disparar, aunque pudo haberlo hecho.

El campesino y su mujer se miraron con asombro. Habían oído que no se tuteaban Alex y Úrsula.

—Hay que sacar estos cadáveres de aquí —dijo al fin el agente especial—. Antes de que sea de día.

—Pero ¿mató al otro? —exclamó el viejo, llevándose ambas manos a la cabeza—. El Señor nos ampare...

—No había opción —se excusó Alex, encogiéndose de hombros—. Por eso hay que llevar lejos de aquí los cadáveres. Hay que ir al coche y ver si han traído chofer.

—Hubiera alborotado al sentir los disparos —arguyó el campesino, que temblaba de terror.

Los dos muchachos salieron de la casa. Alex los siguió, empuñando la «Mauser». El coche estaba vacío. Apagaron los faros de la carretera, que estaban encendidos. Era un «jeep» ruso, imitación del americano, con carrocería de «rubia». En la parte trasera había un bidón de gasolina de medio centenar de litros.

Alex abrió la portezuela y comprobó que estaba lleno. Miró el depósito del coche, que estaba en sus tres cuartas partes lleno también.

Penetró rápidamente en la casa, excitada la mirada.

—¡Úrsula, aprisa! ¡Nos vamos! ¡Traiga la maleta, sus cosas! —exclamó, con alegre voz—. ¡Hasta Berlín!

La joven le miró con asombro. Los muchachos la explicaron todo. El coche tenía mucha gasolina. Era solamente la una y diez de la noche y hasta que amaneciese, hacia las cinco, corriendo a todo gas, se podrían plantar en Alemania, no muy lejos de Berlín.

—Vosotros, hijos —dijo el campesino—: a enterrar lejos de aquí esos cadáveres. ¡Pronto, por si llegan otros diablos rojos! ¡Yo me digo que para qué han venido a Polonia estos hombres, Dios mío! Para matarnos y para que nosotros matemos los que podamos de ellos... ¡Serán burros, Dios mío!

Alex, con movimientos precisos, veloces, ayudó a Úrsula a sacar la maleta. La campesina metió en la parte posterior del coche una cesta con frutas, un queso, varios panes tiernos, leche en dos botellas. Los dos muchachos ya sacaban uno de los cadáveres y desaparecían en las sombras de la noche.

—¡Adiós, y que el Señor os pague todo lo que hacéis por nosotros! —exclamó Alex, subiendo al coche. Úrsula y su hija estaban en el segundo asiento, detrás del de Alex—. Úrsula, cuando yo le diga, échese en el suelo, para que no la vean los de los

controles.

—¡Dios nos ayude! —gritó el viejo campesino, agitando las manos en señal de despedida.

El «jeep» tomó carretera abajo, encendidos los faros, zigzagueando, hasta entrar en la carretera general.

—Procuren dormir, Úrsula —dijo Alex—. Yo voy a correr como si nos persiguiese el mismísimo Stalin. ¡Hasta Berlín!

—¡Dios le oiga, querido! —exclamó Úrsula—. A un sitio donde no haya que matar, donde no vuelva a ver más sangre humana derramada. Donde mi hijita pueda vivir libre de temores y de hambre. ¡Cuánto le debo, Alex!

El joven sonrió mientras metía el acelerador a fondo. El «jeep», copiado del «Willys» americano, dio un brinco y salió disparado, botando por el asfalto roto de la carretera como un corzo.

Silbaba el viento por la abierta ventanilla, entrando raudo para refrescar el rostro de Alex, que, con la vista fija al frente, apenas si se preocupaba, a aquella velocidad de 65 millas por hora, en evitar los hoyos de la carretera.

Úrsula y su hija pronto quedaron dormidas. Así lo constató Alex con el espejo retrovisor. La contempló unos instantes. ¡Qué bella era! Muy dulce la expresión del rostro, en el que se marcaba el sufrimiento, los sobresaltos, la angustia y el pasado hambre. Aún tenía en la mejilla izquierda una mancha morada, de algún golpe que la dieran.

Lejos, divisó una línea de luces que parpadeaban. Era muy extensa, y coligió que debía ser Posen. Antes habían pasado por varios pueblos, que dormían, donde no había controles. Ahora era preciso dar un rodeo a la ciudad, para evitar el ser parados y sufrir un enojoso interrogatorio. Había quitado a uno de los agentes muertos su carnet y algunos papeles de identidad, pero lo difícil sería acreditar cómo iban con él aquella mujer y una niña. Siendo así que precisamente la

N. K. W. D.

ya sabía que era un hombre, una mujer y una niña a quienes debía detener.

Frenó cuando estaba el coche a unos diez kilómetros de Posen. No sabía cómo hacer para dar la vuelta a la ciudad y volver a coger la carretera general hacia Berlín.

Miró en la bolsa de la portezuela. Lanzó un suspiro de alivio cuando vio varios planos y mapas, en ruso, de Polonia y sus carreteras, así como de los ferrocarriles. Y buscó el de aquella región, en el mapa de Posen y sus alrededores.

Puso en marcha el «jeep». Ya sabía por dónde tenía que ir, gracias a aquellos buenos mapas de la

N. K. W. D.

—¿Se ha perdido, querido? —dijo Úrsula, que se había despertado al notar que el coche se había detenido—. Aquello debe ser Posen. Yo estuve varias veces, antes de la guerra.

—He encontrado mapas y planos. Evitaré el entrar en la ciudad. Siga durmiendo. Solamente son las dos y cuarto.

—No tendremos tiempo de llegar a Berlín. Se hará de día antes —murmuró Úrsula.

—No importa. Cuando llegue la luz, nos meteremos en un bosque o lugar apartado y esperaremos a que vuelva la noche —replicó Alex, sonriendo.

Fue dejando a la derecha Posen, con sus luces de gran ciudad. Iban por una avenida de extraradio, con colonias de villas y hoteles, casi todos destruidos por la guerra. Lejos, unas grandes fábricas, con altas chimeneas, que lanzaban densas humaredas. Un tren corría, mal iluminado, paralelo a la carretera, camino de Berlín seguramente.

Repentinamente, una garita de control, a un lado de la carretera. Un centinela se plantó, levantando los brazos, con un fusil en la mano.

—¡Vaya por Dios! —rezongó Alex, y aceleró aún más la velocidad del «jeep».

Tremolaba la banderola, en el «capot» del coche, roja, con la hoz y el martillo, y el centinela apenas si pudo echarse a un lado, gritando algo. El coche pasó como una exhalación.

Pronto entró de nuevo en la carretera general, más al oeste del control de vigilancia. La carretera iba casi paralela a la línea férrea, y el tren que le adelantara antes quedó atrás cuando pudo Alex acelerar el «jeep». La inmediata gran ciudad sería, seguramente, Francfort, sobre el Oder; pero faltaban doscientos kilómetros todavía hasta llegar allí.

La monotonía del viaje estaba comenzando a producirle sueño,

con todo el peligro que ello suponía. Pasaban por los pueblos raudamente, acortando un poco al velocidad, para luego aumentarla al volver a la pista general. Era una carrera desenfundada contra el reloj, en su ansia de llegar a Berlín, cuya mitad no era comunista y donde estaba la salvación. Si no lo conseguía, habrían de acampar en un lugar retirado todo el día, hasta la noche, para reanudar la marcha con más probabilidades de poder escapar.

—Alex —dijo de pronto Úrsula—. Veo luces que se mueven, que vienen.

El agente especial puso el retrovisor de forma que pudiese observar lo que había en la trasera del coche.

—¿Nos sigue alguien? —preguntó cuando, por más que hizo, no vio nada.

—Sí. Deben ser motocicletas, porque no tienen más que un faro pequeño. Son dos. Ahora las verá, cuando doblen ese recodo...

Alex arrugó el ceño. Podían ser motoristas, en efecto, avisados por el centinela de aquel control dejado atrás. El no hacer caso a los centinelas cuando intimaban que se parase podía dar lugar a aquello. A echarse encima a los motoristas soviéticos.

—Dígame si los dejo atrás —gruñó Alex, y pisó a fondo el acelerador. El «jeep» lanzó un berrido y corrió más, bastante más que antes.

—Se quedan atrás, Alex. Pero no mucho —contestó Úrsula después de unos minutos de espera angustiada—. Las «motos» corren más que los coches, ¿verdad?

—A veces. Según quién las conduzca. Si viniesen muchas curvas, les dejaría con un palmo de narices. ¿Quedan atrás?

—Ya no. Hay que ganar terreno. ¡Corra más, Alex, por Dios!

Desgraciadamente, la carretera era ahora recta, sin recodos, sin subidas ni bajadas. Era la inmensa extensión de Silesia, llana, infinita. Y aunque el «jeep» volaba, a cerca de los 135 kilómetros por hora, las motocicletas ganaban terreno poco a poco.

Sus pitidos comenzaron a sonar, muy pronto, ordenando que se parase el fugitivo coche. Alex, con el pie encima del acelerador, no hizo caso alguno. No sabía lo que iba a pasar, pero desde luego no estaba dispuesto a entregarse. En tanto durase la gasolina del depósito seguiría corriendo.

Una de las motos se colocó a un centenar de metros del «jeep». Y

súbitamente, el cristal trasero se quebró en mil trozos, mientras una bala silbaba, atravesando el techo del vehículo.

—¡Tiran, Alex! —gimió Úrsula—. ¡Nos quieren matar!

—¡Al suelo! —gritó el agente especial, sin volver la cabeza—. Si puede observar lo que hacen, dígamelo. Si se ponen a los costados del coche, ya verán...

Con una mano cogió su pistola «Mauser», dejándola sobre las rodillas. Estaba dispuesta para ser usada.

La madera de la carrocería volvió a ser perforada de nuevo, silbando la bala por encima de la cabeza de Alex, que palideció.

—¿Sabe usted conducir, Úrsula? —dijo el joven.

—Sí. Antes de la guerra teníamos un cochecito, un «Adler» económico, y mi pobre Juljan me enseñó a llevarlo. ¿Por qué? ¡Corra más, Alex!

—Venga a mi lado, procurando no ponerse muy a tiro de esos rusos —contestó el joven. Úrsula obedeció, saltando por encima de los asientos de delante.

—Coja el volante. ¡Cuidado! La carretera es infame —dijo Alex con tranquilidad. La cedió el sitio lentamente—. Si no puede dominar bien la marcha, acórtela. Yo voy a responder a los saludos de esos amigos.

Úrsula no disminuyó la velocidad, sino que pisó valientemente el acelerador. Alex sonrió, satisfecho. Después pasó al segundo asiento trasero, y finalmente, a la especie de plataforma posterior, donde estaba el bidón de gasolina, un neumático de repuesto y su maleta, así como la cesta con víveres.

Los dos motoristas estaban muy cerca y Alex comprendió que no deseaban adelantar al «jeep», sino hostilizarlo sin correr el riesgo de ser embestidos por el vehículo.

Por la ventanilla trasera, con los cristales rotos, sacó el cañón de su «Mauser». Los faros de las motocicletas iluminaban mal, pero a Alex le bastaba aquello para fijar puntería.

Una nueva bala atravesó la carrocería. Ahora fue más baja. Querían reventar un neumático trasero, indudablemente.

Alex disparó a su vez, cuando el más avanzado de los motoristas extendía el brazo para apuntar y disparar de nuevo. Úrsula chilló, cuando oyó la detonación de la «Mauser».

Algo espantoso sucedió allá atrás. El motorista debió de recibir

el balazo en el pecho, porque abrió los brazos repentinamente, dejando la «moto» sin dirección. La máquina saltó durante un instante, se torció y pareció incrustarse en el suelo, para luego volver a saltar, brincando como potro indómito. El tripulante, por otro lado, rodaba vertiginosamente y se aplastaba contra el grueso tronco de un álamo.

—¡Acerté al primero! —exclamó Alex sucintamente—. Veamos el segundo, si se atreve. Yo que él, volvería grupas...

El segundo motorista evitó, como pudo, el obstáculo de su camarada y de la moto brincadora, y siguió la persecución, disparando como un loco, pero aquello le duró poco. Alex le observaba atentamente. María Theresa se había despertado y, tumbada en el suelo del coche, como la ordenara su «papá», se tapaba los oídos con las manos sin mostrarse muy asustada.

El motorista, quizá rabioso por la muerte de su camarada, se había propuesto vengarle cumplidamente. Y avanzaba con su máquina de una forma suicida, hasta casi rozar el «jeep». Disparó sobre la ventanilla delantera, con la intención de matar a Úrsula, que conducía serenamente.

Alex no hizo sino disparar tres veces sobre la espalda del soviético desde su ventanilla. Falló dos, pero la tercera la acusó el hombre, que se inclinó repentinamente. Y después, la segunda catástrofe, al perder la dirección inmediatamente, lanzándose sobre la cuneta en saltos inverosímiles, hasta caer enredado entre las ruedas, destrozándose ambas piernas y la cabeza.

—Puede disminuir la marcha, Úrsula —dijo Alex yendo hacia la joven—. Todo ha acabado bastante bien.

—Es espantoso... —gimió ella, dejándole el asiento y el volante—. Pero yo creo que esto no terminará así. Es de suponer que hayan telefonado a otros controles y nos salgan al paso...

—Comienza a amanecer —expuso Alex tranquilamente—. Ahora buscaremos algún sitio donde guarecernos. —Y entregó de nuevo el volante a Úrsula, mientras él miraba un plano.

—Hemos dejado atrás el pueblo de Warsburh, ¿recuerda? Bien, pues entonces, aquí, a la derecha, ha de haber un bosque. Está señalado. A un kilómetro de la carretera. Allí iremos.

Aceleró la marcha el «jeep», y cuando las sombras de la noche iban tornándose en una neblina gris, y después rosácea, Alex sacó el

coche de la carretera y lo metió, forzando la marcha, en un terreno erial, entre jaras y brezales, que ascendía hasta una colina de unos 150 metros. Arriba se divisaba una masa negra, espesa.

—Aquél es el bosque —dijo el joven, apagando los faros de carretera—. Nuestro refugio durante todo el día. Comeremos y dormiremos.



¿El mejor **REGALO** para su hijo?

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡EMOCION! ¡RISA! ¡CULTURA! ¡ARTE!

¡COLOR! ¡CALIDAD!

¡32 páginas maravillosas sólo por 4 ptas.!

CAPÍTULO VII



LEX despertó varias veces durante el día. Se levantó y recorrió un poco el espeso bosque, vigilante. Úrsula y su hija dormían pesadamente, derrengadas por el cansancio y las emociones sufridas. El «*jeep*» estaba cubierto de ramaje de pino, para hacerlo invisible, y ellos habían penetrado profundamente en la arboleda y buscando un escondite entre rocas y zarzas.

Hacia las cinco de la tarde, Alex despertó de nuevo y fue a un cercano arroyo, lavándose cuidadosamente en las claras aguas. Se sentía muy descansado y optimista. El sol estaba alto todavía, en la tarde primaveral, y enviaba un suave calor con sus rayos, a través de la masa arbórea. Cogió los planos de carreteras y los estudió atentamente. No distaba aquel bosque más de 35 kilómetros de Francfort del Oder, al Oeste. Precisamente, aquella línea de árboles,

a lo lejos, que ondulaba caprichosamente, debía ser el curso del importante río, a cuyas orillas estaban los árboles.

Úrsula se despertó también y sonrió a Alex, que la hizo un gesto amistoso de saludo.

—¿Durmió bien? —La preguntó—. Allí tiene un arroyo —señaló el sitio con la mano— donde puede lavarse y hasta bañarse, si lo desea. Eso acabo de hacer yo y es delicioso.

La entregó una toalla y jabón, sacados de su maleta. Ella lo cogió, pero retuvo la mano de Alex entre las suyas en un gesto de ternura.

—Tan bueno, tan bueno, Alex... —dijo con voz estrangulada por los sollozos—. Jamás olvidaré lo que ha hecho por nosotras.

—¡Chis! —ordenó él suavemente—. Va a despertar a María Theresa. Vaya a lavarse.

La vio caminar por entre los pinos y malezas, con su andar elástico, de mujer fuerte y ágil. Su cabellera color castaño claro le caía por la espalda graciosamente. Era muy bella Úrsula. La mujer más bella que jamás viera él. Al menos, eso le parecía. Cuando pudiera arreglarse bien, como otra mujer cualquiera, aquélla su belleza sería realzada mucho más. Y lanzó un suspiro que le hizo daño en el corazón al pensar que tenía que llevársela a Juljan Chelminsky, su esposo, para que ambos fuesen felices.

María Theresa se despertó poco después. Alex estaba sentado a su lado y sonrió alegremente al verla abrir sus inmensos ojos y desperezarse. La niña le tendió sus brazos mimosamente y el joven se inclinó para recibir el abrazo maravilloso alrededor de su cuello. La besó conmovidamente, sentándola sobre sus muslos y apretándola contra su amplio pecho.

—¿Y mamá? —preguntó la niña, mirando en torno con cierta inquietud.

—Ahora viene. Se está lavando en el arroyo. ¿Quieres tú ir con ella? Mira, por allí —señaló con la mano el lugar, muy cercano—. No grites, ¿eh?

La niña, con su paso vacilante, se alejó sonriendo. Se inclinó para coger unas florecillas silvestres. Y siguió el camino sin gritar ni llamar a su madre. La criatura se había acostumbrado ya a obedecer ciegamente las órdenes de no gritar, ni hablar, ni moverse en ciertos momentos.

Un rato después, volvían la madre y la hija, cogidas de la mano. Alex sonrió, complacido. Estaban ambas mucho más bellas, después de haberse lavado y peinado. Parecía como si los tres estuviesen de excursión, en un fin de semana, allá en la lejana América.

—Vamos a merendar —dijo él, sacando del coche un pan, fruta y queso. Y fueron hasta el arroyo, sentándose en su orilla para poder beber su agua clara y fresca. Úrsula le miraba fijamente a veces, y cuando él la observaba, bajaba la cabeza y sonreía. Alex sintió cierta inquietud y deseó muy vivamente que todo aquello terminase pronto; que ella volviese al lado de su marido y se marchasen a Estados Unidos. Algo extraño y doloroso le estaba invadiendo. No sabía bien lo que era, pero desde luego tenía que precaverse, rechazar aquella sensación que le entristecía y al mismo tiempo le llenaba de felicidad.

Pasaron después de la merienda un gran rato jugando ambos con María Theresa, que se sentía feliz, con su vientrecillo hinchado de comida y pudiendo hablar y correr a sus anchas, buscando flores y piñas.

—¿Ha pensado ya lo que hemos de hacer esta noche, Alex? —inquirió dulcemente Úrsula, observando pensativa a Alex, que fumaba tranquilamente, recostado el cuerpo sobre un pino y estiradas las largas piernas perezosamente.

—Sí. Si nos dejan, llegar a Berlín, o muy cerca —contestó él, sonriendo infantilmente—. Aunque me figuro que los obstáculos serán mayores conforme nos acerquemos a la puerta del paraíso occidental. Saldremos de ellos, no lo dude.

—Dios nos ayude —suspiró ella, arrugando el ceño—. Va a anochecer. ¿Quiere que recemos, Alex? Estamos en manos de Dios...

—Sí. Hasta ahora no nos ha abandonado, pero le pediremos que no nos olvide en estos críticos momentos que nos faltan para volver a la libertad. Y por aquellos que han quedado allá, en Varsovia, sin esperanza alguna de liberación.

—Y por los que usted... mató, también, Alex —murmuró ella, angustiadamente—. ¡Tener que matar para poder vivir!

Comenzaron a rezar en voz baja, sacando Úrsula un rosario de dentro de su blusa, en el pecho. María Theresa jugaba con unas ramas, que arrojaba al arroyo, como si fuesen barcos, riendo

alegremente.

El silencio, solamente perturbado por el canto de muchos pájaros, en la floresta, fue perturbado con un mosconeo más fuerte, en lo alto, en el cielo.

—Un avión —murmuró Alex, poniéndose en pie, inquieto—: Se acerca...

—¿Y qué? —preguntó Úrsula con naturalidad, no comprendiendo la inquietud del agente especial. Éste miraba a lo alto, caminando por entre los árboles para encontrar un claro entre el ramaje.

El avión se acercaba raudamente, a baja altura. Su motor sonaba fuertemente.

—¡Es un caza! —exclamó Alex—. ¡Coja a la niña y escóndase entre las zarzas! ¡Pronto, Úrsula, pronto! —Y él mismo se tiró a tierra, ocultándose entre unos pinos bajos, de ancha copa.

La joven, asustada, estaba en medio de unos matorrales, cuyo ramaje se había echado encima para ocultar su blanca blusa y el vestido de igual color de María Theresa.

El caza pasó velozmente, a unos cien metros de altura por encima del bosque. Alex se felicitó de haber «camuflado» bien el «jeep». Y escuchó con ansiedad el ir y venir del aparato, tercamente, volando muy bajo, buscándoles, indudablemente.

—¿Viene por nosotros? —preguntó Úrsula, en tono asustado.

—Creo que sí. Quieren descubrir el «jeep», pescarnos. No se muevan todavía. Si nos vieran, nos ametrillarían seguramente y darían nuestra situación a la

N. K. W. D.

El caza pasaba y repasaba por encima del bosque, picando sobre los claros con un rugido ensordecedor. Pero ya la luz iba faltando y Alex fue recobrando algo de tranquilidad cuando el aparato se alejó definitivamente.

—¿Nos habrá descubierto? —preguntó Úrsula, con ansiedad.

—No creo. Hubiera disparado sus ametralladoras. Pero esto no lo podemos saber hasta que volvamos a la carretera. Debe haber una vigilancia rigurosa.

Esperaron hasta las nueve de la noche, después de cenar, sin encender ningún fuego. Alex llenó hasta el borde el depósito de gasolina y el del aceite, repasando un poco el motor.

—Vámonos —dijo al fin, mirando a Úrsula, que había cogido en brazos a su hija—. ¿Se siente con ánimos?

—Con usted iré hasta donde sea preciso, querido Alex —el joven se estremeció de placer—. Cuando quiera, y que Dios nos ayude.

Quitó el joven el ramaje de pino que ocultaba al «jeep» y subieron a él.

—Buscaré el ir por las carreteras de segundo orden. Ya he visto los planos antes. Quizá estén menos vigiladas que las principales.

—¿Podremos llegar a Berlín esta noche, Alex? —inquirió ella con ansiedad.

—Hay tiempo para ello, pero no sabemos qué obstáculos pueden presentarse. Los de la

N. K. W. D.

deben estar asombrados por la desaparición de este coche, de sus dos agentes... Y como supondrán que vamos hacia Berlín, allí será donde libremos la batalla final —contestó el joven.

Sin encender los faros, el «jeep» comenzó a rodar por entre los árboles, buscando Alex la linde para bajar la colina y entrar en la carretera general. Fue una ruda prueba para el «jeep», cuyas ballestas gemían al cruzar pequeñas zanjás, bajar pendientes cortas y rápidas y meterse en canchales que casi le hicieron volcar.

Al fin entraron en la carretera general, y Alex pisó el acelerador al ver que el asfalto estaba en mejores condiciones que los trozos de carretera dejados atrás. Úrsula estaba sentada en la parte posterior, con su hija, mirando a través de la ventanilla sin cristales si alguien les perseguía.

Media hora después, las luces de la ciudad de Francfort sobre el Oder parpadeaban en la lejanía. Alex frenó el coche, acercándolo a la cuneta. Encendió la luz del techo y miró un plano detenidamente.

—A la derecha hay una carretera secundaria, que no pasa por la ciudad —dijo, guardando el plano y apagando la luz—. Vamos a ella. Debe estar cerca.

Así era, en efecto. Mucho antes de entrar en los arrabales de la ciudad, ya en Alemania, una cinta oscura se dibujó, arrancando de la carretera que habían seguido. El «jeep» volvió a correr velozmente, en busca de la no muy lejana Berlín, a menos de ochenta kilómetros de allí.

—¡Corra, corra, Alex! —exclamó Úrsula, excitada—. ¡No pare

hasta Berlín!

—Hasta Múnich, mejor —repuso Alex, riendo—. Cuando lleguemos a Berlín, le pondré unas alas a este cacharro y aterrizaremos al lado de su marido.

—¡Pobre Juljan, sin saber que nos vamos acercando a él! —exclamó la joven, con voz apenada—. Si pudiéramos siquiera darle una sorpresa tan feliz...

—Se la daremos. No lo dude —contestó Alex con gran aplomo—. Ahora mire bien hacia atrás. Estamos costeano la ciudad y pueden salir los coches de la Policía rusa detrás de nosotros. Esa cinta de plata es el Oder.

Pero no ocurrió ningún incidente desagradable. Se cruzaron con varios coches, camiones y motocicletas, mas de ello no salió lo que temía el agente especial. Quizá les esperaban en las carreteras de primer orden y por ello habían sido burlados.

—Estamos a cuarenta kilómetros de Berlín —dijo Alex, cuando pasaron casi dos horas—. Camino del paraíso...

—¡Corra, corra! —decía siempre Úrsula—. Déjeme conducir, y verá si llegamos antes.

—Sería peligroso que vieran a una mujer conducir un coche de la

N. K. W. D.

—contestó riendo el joven—. Vamos a más de cien por hora. Ya no faltan más que cuarenta kilómetros. Treinta y nueve...

—Treinta y ocho... —dijo Úrsula, cuando vio otro mojón blanco y rojo, en la cuneta—. ¡Alas, Dios mío, para volar!

—Treinta y siete...

El «jeep» corría como una exhalación por la estrecha carretera, con los faros apagados. Solamente cuando se cruzaban con otro vehículo los encendía Alex, para no inspirar sospechas. El terreno era llano y recta la carretera.

Úrsula, dejando a la dormida María Theresa sobre un asiento, arropada con su gabán, fue a sentarse al lado de Alex. C cogió un cigarrillo, lo encendió, sosteniéndolo en sus labios, y se lo ofreció a Alex, que sonrió y lo tomó, fumando con aire de satisfacción.

—Veintinueve, Úrsula —dijo él con satisfacción—. Aquello que brilla, a la izquierda, es un lago. Vendrán otros después.

—Veintiocho —murmuró ella, mirando el mojón, que quedó

atrás—. ¡Corra más, Alex! —Y oprimió, riendo, el pedal del acelerador, pisando el pie de Alex.

—Cuidado, amiga —repuso él, maniobrando con el volante—. No nos despistemos, a la vista casi de Berlín. Sería lamentable, ¿verdad?

—¡Aquello! —exclamó de repente Úrsula, señalando con la mano una gran luminosidad, como una mancha inmensa, que parecía proceder de un incendio colosal—. ¿Es... Berlín? ¿Es Berlín, Alex?

—Berlín, sí. La parte soviética. Las otras zonas están aún mucho más iluminadas. Estamos cerca ya.

—¡Dios mío! Al otro lado, la salvación... Unos pasos, y libres, libres para siempre. ¡Juljan, ya estamos cerca! —Y rompió a llorar, apoyando su cabeza en el hombro de él, que refrenó un poco la marcha, sonriendo. Su mano, suavemente, acarició el pelo de ella, sintiendo que su corazón palpitaba fuertemente.

—Estamos cerca, sí. Pero aún falta lo peor, Úrsula. Es dar el salto, esos pocos pasos, de una zona a otra. Millares de personas han muerto al intentar darlos, cazados por los soldados soviéticos, por los perros amaestrados, al pie de las alambradas. No llore, Úrsula.

—Es de alegría, Alex, querido. Y todo gracias a usted —se incorporó repentinamente y le besó en una mejilla, con fuerza, dejándosela mojada por las lágrimas.

Alex se sobrecogió, aunque rió quedamente, tomándolo a broma. Hizo un esfuerzo para no corresponderla, besándola a su vez. No podía ser. Ella era una mujer casada, y lo que había hecho fue en un instante de entusiasmo, de efusión. Pero si él la besaba, sería porque sentía que la quería, que la amaba, y cometería un acto de hipocresía. Era la esposa de Juljan, aquel bravo hombre que había luchado como un héroe por una justa causa. Y Juljan tenía confianza en él, como la tenía ella.

Siguió un buen rato de silencio. Úrsula le miró un par de veces de reojo, y él la observó también, confuso. Sentía como fuego en la mejilla que ella había besado.

—Entramos en los arrabales —dijo al fin Alex, refrenando la marcha del «jeep». Tendremos que bajarnos y dejar este trasto. Los controles se multiplicarán en adelante.

—¡Qué lástima! ¿No podríamos pasar la barrera sin bajarnos?

—No. Tal vez yo solo, sí, hasta la misma barrera. Pero con usted y la niña, imposible. Les están esperando, no lo olvidemos. Una mujer con una niña...

Alex llevó el «jeep» hasta una calle oscura, estrecha, por la que no pasaba nadie. Sacó la maleta, dejando la cesta con los víveres. Úrsula cogió a la niña en brazos, dormida como estaba.

Alex miró la hora en su reloj de pulsera. Era la una y veinte de la madrugada.

—Ya están cerradas las barreras —dijo, encogiéndose de hombros—. Habrá que esperar a mañana por la mañana para dar el salto.

—¿Clandestinamente? —preguntó Úrsula, con temor.

—He rellenado unos salvoconductos, que creo valdrán. Pero no sabemos si se habrá extremado la vigilancia. Vamos ahora a casa de un amigo, a dormir.

—¿Un amigo? ¿Conoce usted a alguien en esta parte de Berlín?

—Sí. Es un confidente del

F. B. I.

Supongo que le habrán avisado de Múnich que íbamos a venir. Es un alemán.

—Alemán... —murmuró Úrsula con cierto desagrado.

—Los alemanes, como amigos, son de lo más fieles —respondió, sonriendo, Alex—. Este Bultz nos presta buenos servicios. Vamos, andando.

A buen paso, por las calles casi desiertas, con los edificios en ruinas, fueron internándose hacia el centro de la urbe internacionalizada. De cuando en cuando se cruzaban con agentes de la Policía Popular, alemanes, que no paraban la atención en ellos.

En una maraña de calles estrechas, cerca de Postdamerstrasse, entraron en una de ellas, después de vacilar Alex unos momentos.

—Creo que es ésta —dijo al fin—. Lo miré en el plano antes, cuando estábamos en el bosque. ¿Se cansa, Úrsula? Déjeme la niña.

—No estoy cansada, gracias. La pobrecita pesa como si solamente tuviese seis meses.

Ante el número 98 se detuvo Alex. Era una casa casi intacta, en la que se veían algunos impactos de artillería, pero no profundos.

Con el aldabón dio dos golpes espaciados y luego otros dos, sobre la puerta, cerrada.

—¿Es de confianza ese hombre, Alex? —preguntó Úrsula, con temor—. Si nos delatase...

La puerta se abrió y un hombre, con un gabán sobre los hombros, que tenía una linterna eléctrica en la mano, quedó quieto en el umbral. Tendría unos cuarenta años y era bajito y delgado, con cara astuta.

—Buenas noches, Bultz. Soy del

F. B. I.

—dijo Quedamente Alex—. «McCally» —agregó, como si dijese un santo y seña.

—Me avisaron, camarada. Pasen. Esta señora es... —repuso el alemán.

—Úrsula y su hija. Hemos podido llegar, gracias a Dios.

—Gracias a Dios. Pasen, pasen —hizo una reverencia a la joven, que sonrió, halagada, por aquella muestra de cortesía.

Subieron al piso principal, iluminando el alemán la escalera con su linterna. Y abriendo una puerta, entraron en una habitación amueblada corrientemente. Estaba sentada una mujer, que se levantó, de unos treinta y cinco años, gruesa y bella, con el pelo recogido dentro de una redecilla.

—Es mi esposa, Bertha. Un amigo americano; una señora que le acompaña —presentó Bultz, volviendo a hacer reverencias—. Querida, prepara las dos habitaciones para que duerman nuestros huéspedes. Siéntense, camaradas. Tengo un poco de café, y salchichas y pan. Quisiera hacer más, pero... —sonrió amablemente, excusándose.

—No es preciso, Bultz. ¿Qué tal el paso por las barreras? —dijo Alex, entregándole un paquete de cigarrillos.

—Hay nuevas órdenes —contestó Bultz, haciendo un gesto de desagrado—. Desde hace tres días no dejan cruzar las barreras a las mujeres entre veinte y cuarenta años. Esto va por usted, señora, seguramente. No quieren que salga de la zona soviética. Esta mañana, Bertha quiso pasar, enviada por mí, y la rechazaron. Ellos pueden cometer, impunemente, tales desafueros.

Alex arrugó el ceño. La cosa se complicaba en grado sumo. Porque habría que ver las formalidades que se necesitarían para

dejar pasar, incluso, a las mujeres que tuviesen cuarenta años.

—Hay que proveerse de nuevos impresos en las delegaciones de la Policía soviética, y los datos que piden son infinitos —siguió Bultz, explicando.

—Las camas están dispuestas —dijo Bertha, entrando—. Voy a darles de cenar. Creo que le será imposible salir de aquí legalmente, señora —se dirigió a Úrsula, que la miró apenada—. Hay nuevas órdenes, muy severas.

—Ya se lo he dicho, querida Bertha —dijo Bultz—. Pero pueden estar con nosotros hasta que cesen esas órdenes. Si bien no sé lo que durarán. Temo que comiencen serios registros y sus espías husmeen más de lo conveniente.

Cenaron rápidamente las salchichas y el pan, tomando después todos café americano, de contrabando.

—¿Qué haremos, Alex? —preguntó, angustiada, Úrsula, dando de beber a su hija, que contemplaba curiosamente, sin hablar, a Bertha y su marido.

—¿Está cansada? —preguntó a su vez Alex, mirándola fijamente, mientras sonreía misteriosamente.

—No. Hemos estado todo el día durmiendo y luego en el coche, de manera que no puedo estarlo. ¿Por qué?

—Perfectamente. ¿Prefiere pasar la noche en esta zona o en la americana? —volvió a preguntar el agente especial.

—Eso es una locura, camarada —dijo en tono asustado Bultz—. Un hombre sólo podría intentar dar el salto, con mucho peligro, pero con la señora y su hija...

—¡No lo hagan! —exclamó Bertha, igualmente asustada—. Hay una vigilancia muy grande. Ni los que acostumbran a hacerlo muchas veces, trayendo contrabando, se atreven estos días a cruzar clandestinamente las zonas. Disparan sin avisar, tienen perros...

—Yo haré lo que usted diga, Alex —respondió Úrsula, muy pálida—. Si Bultz dice que van a registrar y que los confidentes actúan, el peligro es casi el mismo. ¡No quiero volver allá! ¡No quiero que muera mi hija!

—Tal vez muramos todos, Úrsula —contestó dulcemente Alex, mirándola con cariño—. No puedo prometer el éxito, compéndalo. Pero también creo que si permanecemos aquí acabarán por cogernos como si fuésemos conejos en la madriguera.

—Si su vida puede correr peligro, quédese, Alex querido —murmuró ella con los ojos llenos de lágrimas—. Ustedes nos dicen lo que hemos de hacer y yo daré el salto con mi hija. Es demasiado ya lo que ha sufrido usted, y no quiero que por mi...

—Bultz, asta misma noche nos vamos —expuso secamente Alex, levantándose de la silla—. Díganos qué parte de la ciudad es la mejor para dar el salto. Nos vamos ahora mismo, antes de que amanezca.

Bultz levantó los brazos, desesperado.

—Es un suicidio, camarada. Es mucho peor de lo que le he dicho... —dijo con amargura—. ¡Cuatro hombres han muerto anoche por querer pasar mujeres! ¡Lo sé bien, muy bien! Aunque sea usted del

F. B. I.,
es un suicidio...

—Dejo aquí la maleta. Ya no me sirve. Le será útil, Bultz. ¡Vámonos!



PUBLICACIONES TRIUNFANTES

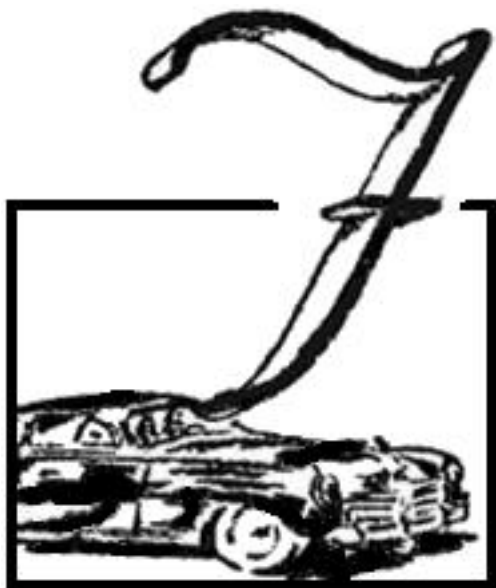
de

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

**F. B. I. + EXTRAORDINARIA DEL OESTE
NEVADA + JEQUE BLANCO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

CAPÍTULO VIII



BA Bultz delante, indicando el camino. Iba detrás, como a unos doce metros, Úrsula, con su hija en brazos, siguiéndole. Y por último Alex, llevando su diestra metida en el bolsillo del mismo lado del gabán, empuñada la Mauser, mirando de reojo a un lado y otro.

Las calles estaban desiertas. Una escasa iluminación de bombillas, encima de los portales de las casas, casi todas dañadas por la pasada guerra, apenas si permitía ver un bulto que estuviese a veinte metros de distancia.

Bultz cruzó calles, pegado a las paredes, metiéndose en otras muy estrechas, adelantando camino, como buen conocedor de la ciudad. Iba hacia el centro de la zona soviética; hacia la parte americana, a ratos visible, con su iluminación profusa, más ruidosa, más libre en su vida nocturna. Había un fuerte contraste entre

ambas zonas.

Media hora llevarían andando, cuando Bultz se detuvo junto a una casa y encendió un cigarrillo. Úrsula se aproximó a él. Poco después llegaba Alex con sus largas zancadas. Había un parque, sin iluminación alguna, y más allá se podía distinguir una oscura masa enmarañada, más por el suelo.

—Ahí están las alambradas —dijo Bultz, señalando con la mano aquella masa, como una cerca, sostenida por altos postes de madera—. Están a tiempo... Vuélvanse. Quizá dentro de unos días esta severidad disminuya. Es un suicidio, de veras.

—Gracias, camarada —dijo Alex, estrechando la temblorosa mano del alemán—. Preferimos la libertad. ¿Nos decidimos, Úrsula? ¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase, Alex. Con usted voy a todas partes. Siempre querría hacerlo. Gracias, Bultz. Pida a Dios por nosotros. Y que El le proteja también por el bien que hace.

—Es un suicidio... —murmuró el alemán. Y se quedó mirándoles cómo se alejaban, todo aterrado, temblando en su mano el cigarrillo. Alex había cogido a María Theresa en sus brazos, y Úrsula se agarró también a él, caminando aceleradamente, encogida, temerosa. Un grupo que podía simbolizar la huida del terror, de la persecución, de la muerte.

Bultz se alejó apresuradamente, en busca de su casa. Sabía que dentro de pocos minutos aquel silencio se rompería estruendosamente al ruido de disparos, de voces de mando y gritos de alarma. En la oscuridad, precisamente, se ocultaban los ojos y los oídos de la

N. K. W. D.,
acechantes.

Cruzaron el parque, cuyos árboles parecían enormes centinelas inmóviles. Al final de un pasillo, entre arbustos, estaba la maraña de alambres espinosos, en rollos, espirales, extendidos, que subían y bajaban, sostenidos por los postes hasta una altura de unos tres metros.

—Suélteme el brazo —dijo Alex en un susurro a Úrsula, que le obedeció. Y sacó la diestra de su bolsillo, empuñada la Mauser. Ella lanzó un débil gemido y se apretó a él, que la rechazó suavemente, mientras con el brazo izquierdo sostenía a María Theresa, que con

sus brazos abrazaba su cuello, medio dormida.

—Serenidad, querida... Cuando yo corra, sígame, si es que hace falta. Serenidad y valor —murmuró Alex.

Caminaron al lado de la alambrada. Una luna que se ocultaba con frecuencia entre nubarrones negros permitía, de cuando en cuando, ver por dónde andaban. Alex se detuvo de repente, inclinándose.

—Por ahí... —dijo Alex quedamente, cogiendo de un brazo a Úrsula—. ¡Métase aprisa! No la importe que se desgarre la ropa. ¡Pronto! Yo la entregaré la niña después.

La alambrada estaba parcialmente derruida, con un poste muy inclinado, dejando un hueco estrecho con menos obstáculo que el resto. Y Úrsula se puso de rodillas sobre la tierra, buscando el hueco para entrar.

Bultz debió oír, como tanto temía, los disparos de una ametralladora de mano. Sonó muy cerca y, en seguida, los pasos de un hombre, que gritaba y poco después hacía sonar un silbato con insistencia.

—¡Maldita sea! —rugió Alex, mirando a su alrededor con espanto—. ¡Nos han visto! ¡Corra, salga, mujer! ¡Aprisa!

El centinela volvió a disparar, sin dejar de hacer sonar su silbato. Úrsula se incorporó a toda prisa y se unió a Alex, que la cogió por la cintura, llevándola a compás de sus zancadas. Otra ráfaga de balas pasó por encima de ellos. Diferentes silbatos, a sus espaldas, y delante, sonaron al mismo tiempo, poniendo en alarma la zona alambrada.

—¡Corra, corra, cariño! —gimió Alex, medio arrastrándola, cogida de la cintura por el potente brazo.

—¡Dios mío! Pero ¿adónde vamos? —exclamó ella, escondiendo su cabeza en el pecho de Alex—. Nos van a cortar el paso contra la alambrada... ¡Mi hija, salve a mi hija! ¡Aunque sólo sea a ella!

—¡Siga sola! Pegada a la alambrada siempre —rugió Alex, cuando vio varias sombras que avanzaban corriendo hacia ellos. Se detuvo, poniendo una rodilla en tierra, al lado de un grueso poste. Y disparó con la Mauser varias veces sobre los soldados soviéticos. Se levantó y corrió hasta alcanzar a Úrsula.

—¡Por ese hueco! ¡Entre, entre! —exclamó Alex, y se volvió hacia los soldados, que se ocultaban entre los árboles del parque.

Desde allí dispararon varias ráfagas de ametralladora. Eran más de doce, pero Alex les contuvo con sus disparos, que quizá ellos no esperaban.

Úrsula se metió en aquel laberinto de alambres espinosos, apartándolos con las manos, gimiendo de dolor y desesperación.

—Deme la niña... —dijo, tendiendo sus brazos. Venga también, Alex...

El agente especial cargó de nuevo la Mauser. Las descargas se sucedían y él tenía que estar brincando como un loco, rehuyendo las balas. Se aproximó a donde estaba Úrsula y envolviendo el cuerpo de la niña con la toquilla, la besó con frenesí y se la entregó.

—¡Venga, Alex! ¡No se quede ahí, que le matan! —gritó la joven con infinita angustia—. ¡Ven, Alex!

—¡Avance, tonta! —rugió Alex, sin dejar de disparar, manteniendo a raya a los soldados rusos—. ¡Siga, siga, siga!...

Gritaban los centinelas, dándose órdenes para cercar a Alex, que no encontraba ocasión de seguir a Úrsula. En cuanto lo intentase le fusilarían a mansalva, y después a Úrsula y a la niña. Pero lo principal era protegerlas, hacerlas salir de la zona mortal, y que llegasen al otro lado, a medio centenar de metros, donde estaban los soldados americanos.

Fue hasta un árbol, cercano, grueso, y se parapetó tras él. La luna iluminó un poco la escena. Dos soldados, encorvados, querían cogerle por la espalda. Un coche se acercó repentinamente y la luz intensa, blanca, cegadora, de un reflector, dejó al descubierto el árbol tras el que se guarecía.

Alex disparó sobre los dos soldados. Uno de ellos se encogió, soltó su metralleta y cayó rodando, lanzando un grito ahogado. Furiosas ráfagas de balas se incrustaron sobre el árbol, silbando otras a los lados. El haz luminoso buscó ahora a Úrsula, que, arrastrándose, con la niña en brazos, estaba en medio de la masa de alambres, intentando apartarlos, pisándolos, pasando por encima. El agente especial apuntó al globo lumínico, deslumbrante, y disparó dos veces consecutivas.

Sonó un estallido y el haz se cortó instantáneamente. La oscuridad dejó como ciegos a todos, que gritaron, corriendo, seguidos por las balas de Alex. Halló al paso una metralleta y vio que el cargador estaba intacto, de unos cuarenta cartuchos. Corrió

desesperadamente hacia el hueco, en la alambrada, por donde pasara Úrsula. Se metió de cabeza, y sintió en su carne los pinchazos de las púas.

Volvían los soldados, aunque casi a ciegas. Pero disparaban como demonios sus metralletas y fusiles. Alex disparó la suya, y de nuevo reinó la confusión.

Úrsula estaba casi al final de las alambradas, al otro lado de la mortal faja. Después vendría la «tierra de nadie», a campo raso. En la zona americana, tan cerca de ellos, sonaron también silbatos de alarma.

Alex se batía fieramente, expulsando con sus disparos a los más cercanos soldados rusos. Tenía su formidable puntería para hacerlo, tumbando a alguno. Y avanzó tras Úrsula, que le gritaba, anhelante, que se uniese a él.

—¡Siga, siga! ¡No se pare un momento! —gritó él, exasperado—. ¡Yo los contengo! ¡No se pare, por lo que más quiera!

Era milagroso que las descargas cerradas de los rusos no hicieran blanco en él. Todo era debido a que no avanzaban hasta las mismas alambradas, temeroso de ser blanco de las balas del agente especial. Alex retrocedía, protegiendo el cuerpo de la joven, que lloraba de dolor al sentirse herida por las aceradas púas.

—¡Siga, siga! ¡No se pare, o nos matan sin remedio! —gritó Alex, que disparaba con la metralleta cortas ráfagas sobre los más cercanos soldados.

Aquella faja llena de rollos de alambres espinosos parecía no tener fin, según juzgara el joven y Úrsula. Sin embargo, ella transpuso los últimos alambres, cayendo varias veces y gritando de dolor. María Theresa también gritaba al sentirse herida.

—¡Corra haciendo regates! ¡Tírese al suelo de cuando en cuando! —aulló Alex roncamente—. ¡Voy en seguida! ¡Animo y corra!

Las balas silbaban a docenas por encima, alrededor del cuerpo de Alex, que retrocedía penosamente, disparando de cuando en cuando. Ya la metralleta no le valía de nada, agotado su cargador. Volvió la cabeza para ver a Úrsula, que corría desesperadamente, tirándose al suelo de vez en vez. Iba camino de la salvación, o de la muerte, porque de más sitios partieron nutridas ráfagas y hasta espaciadas bombas de mano, que estallaron horrísonas, levantando

la tierra y alambradas por los aires.

El joven retrocedía lentamente. Vio que tiraban por encima de la alambrada unas tablas anchas y largas. Y oyó algo que le hizo estremecer de horror.

Unos perros ladraban furiosamente. Fueron colocados en las planchas, como puentes levadizos, y los canes cayeron casi al lado de Alex, que recargó vertiginosamente la «Mauser». Las metralletas dejaron de funcionar para dejar en libertad a los temibles perros, educados en la persecución de los fugitivos.

Úrsula corría hacia la zona americana. Esto alegró a Alex, que se dispuso a no dejar pasar ningún perro tras la joven madre y María Theresa.

Una lucha feroz, a tiros y mordiscos, se desarrolló seguidamente. Los perros, cuatro, se acercaron impetuosamente a Alex, que los recibió a tiros, fijando bien la puntería. Un solo perro de aquéllos podía destrozar con sus colmillos agudos a Úrsula.

Se los atrajo con astucia y disparó sobre el más cercano, poniéndose en pie. Uno de los soldados rusos silbaba de extraña manera, azuzándolos. El perro lanzó un aullido y cayó sobre los alambres. Los otros, más enfurecidos aún, se le fueron encima, rugiendo de rabia.

Disparaba a quema ropa el joven, apoyando el cañón en el cuerpo de los perros alsacianos. Uno de ellos, que quiso apartarse para perseguir a Úrsula, fue tumbado de tres disparos. Se revolvió como un energúmeno, buscando a los otros dos canes. Se les echó encima, ofreciéndose a sus colmillos con un valor suicida. Que no persiguiesen a Úrsula y su hija.

Otro perro cayó, con la cabeza deshecha. El que quedaba vaciló. Pero los silbidos del soldado le devolvieron la acometividad. Alex no podía seguir sus movimientos veloces, sus brincos y tarascadas formidables.

Retrocedió paso a paso, sin dejar de apuntar al perro. El animal le estaba protegiendo, pues mientras tanto los soldados no disparaban. Y retrocedió, retrocedió sin cesar, evitando los mordiscos, las embestidas del perro.

El último alambre. Extendió las manos y no vio ya más pinchos. Estaba al comienzo de la «tierra de nadie». Volvió la cabeza. Ya no vio a Úrsula. Estaba en la zona americana quizá.

El perro le acosaba ferozmente, ahora sin el obstáculo de los alambres espinosos, que también a él le habían herido las patas. Pero no quiso matarlo todavía. Los rusos no disparaban mientras su perro acosase al fugitivo, para no matarlo.

Otro reflector iluminó el espacio donde luchaban Alex y el perro. El agente especial se consideró ya perdido. Si se desprendía del perro, matándolo, el reflector maldito ya estaba iluminándole lo suficiente para que los soldados soviéticos descargasen sobre él sus armas automáticas. Si pudiera ir arrastrando al perro tras él, sin matarlo...

Algo imprevisto vino a aliviar su situación. Y fue un haz, mucho más fuerte, de luz, que partió de la zona americana, y tras recorrer un poco las alambradas rusas, se fijó obstinadamente en los soldados soviéticos apostados tras ellas, dejándoles deslumbrados. Una algarabía infernal de gritos y protestas se levantó inmediatamente. Otro potente reflector americano se encendió y fijó su haz lumínico sobre los servidores del soviético.

Alex comprendió la hábil estratagema de sus compatriotas. Ya que no podían disparar sobre los rusos, en evitación de un grave conflicto, al menos le ayudaban, cegando a los comunistas. Y sin más, descerrajó dos tiros sobre la cabeza del perro alsaciano, que no cesaba de embestirle fieramente.

Corrió desalentado, seguido ya por las balas, a ciegas, que le enviaban los rusos. Fue una carrera desesperada, haciendo eses, brincando como una liebre perseguida por la jauría de silbadores proyectiles.

Se estrelló contra un parapeto de sacos terreros, saltó la sencilla alambrada y cayó en brazos de varios soldados americanos.

—¿Y ella? —gritó, anhelante, cubierto de sangre de pies a cabeza, destrozadas las manos—. ¿Y ella?

—Ya pasó. No se apure. Siga adelante por ese pasillo —le dijeron—. ¡De buena escapó, amigo! Ya nos ha dicho la señora que es usted del

F. B. I.

No podíamos hacer más.

Corrió hacia una barraca de madera. Había allí varios oficiales, que contemplaban a Úrsula y su hija, que tomaban sendas tazas de café con «*whisky*».

—¡Alex! —gritó ella, sollozando. Y se echó en sus brazos, acariciándole la cara, brillante por la sangre que brotaba de su pelo, de todo el rostro.

El la apartó suavemente, sonriendo, conteniendo sus deseos de estrecharla contra su pecho y cubrirla de besos. Fue María Theresa, que también lloraba de alegría, quien los recibió todos.

—¡Libres al fin! —exclamó gozosamente, y cogió la taza de café que le ofrecían, bebiéndola de un trago. Después encendió un cigarrillo, nervioso, sin dejar de mirar a Úrsula con inmensa pasión. Ahora se daba perfecta cuenta de lo que la amaba y de lo desgraciado que iba a ser, precisamente cuando ella entraba en la felicidad, reuniéndose con su marido, el bravo Juljan.

A la mañana siguiente, curado de sus heridas, casi todas pinchazos producidos por las púas de las alambradas, Alex telefoneaba con el comandante McCally, que estaba en Múnich.

—¡Enhorabuena, muchacho! —exclamó el militar—. Debí figurarme que saldría airoso en su empresa. ¿Qué tal la mujer y la chica?

—Perfectamente. Tienen el cuerpo como un colador, por las alambradas, pero eso no impedirá que a la noche estemos ahí. ¿Y Juljan? No le diga que hemos salido con bien, que hemos vuelto. Úrsula quiere darle una sorpresa estupenda...

—Es el caso, Grotowsky, que... —La voz del comandante se hizo un poco trémula, temblona—, que... han surgido ciertos imponderables. A ver cómo se las compone para darle una mala, una pésima noticia a Úrsula...

—¿Qué? —preguntó Alex, nerviosamente, arrugando el ceño—. ¿Cómo dice?

—Que el pobre hombre murió anteayer, Alex. Fue una cosa repentina. Una congestión cerebral.

—¡Por Dios! —gimió el agente especial, lívido el rostro—. Y ahora, esta pobre mujer, que no vive, pensando en ver a Juljan...

—Dios lo ha querido así, muchacho. Si sabe dar esa clase de noticias, dígaselo. Si no, ya veremos de hacérselo saber entre todos. En América podrá salir adelante. El Gobierno la atenderá bien.

Poco después colgó Alex el aparato, quedando largo rato como atontado, sentado ante la mesa de despacho, en la Comisaría americana en Berlín. Una turbamulta de ideas le asaltaban,

embarullándole el cerebro.

Úrsula, vestida ya decentemente, acicalada y más bella y alegre que nunca, entró en el despacho, llevando a María Theresa, igualmente vestida primorosamente.

—Hola, Alex —dijo ella, sonriéndole—. ¿Habrás esas plazas en el avión para Múnich? ¡Vamos a ver a papá, hijita mía! ¡Hoy mismo!

Alex besó a la niña, que le echó los brazos al cuello, riendo alegremente.

—Yo sólo quiero a papá Alex —dijo, con su voz fina, apasionada—. Me divierto mucho con él.

El agente especial la soltó. Su rostro expresaba una intensa emoción, angustiada. No sabía cómo convertir aquella alegría de Úrsula en una pena terrible. Fue ella la que, con su instinto femenino, leyó en el rostro de él algo grave, angustiados.

—¿Ha hablado con Múnich, como dijo que iba a hacer, Alex? —preguntó, mirándole fijamente.

—Sí. Acabo de hablar con el comandante McCally —contestó secamente. Y no dijo nada más, baja la vista, dando vueltas a un cigarrillo, nerviosamente.

—¿Qué dijo? ¿Qué tal está Julian? —inquirió ella, acercándose a él. Le cogió la mandíbula inferior y consiguió que él la mirase cara a cara.

Pero Alex desvió la mirada, muy pálido, en seguida.

—¡Alex! ¿Qué le pasa? —gritó ella, palideciendo—. ¿Qué le pasa a Julian? ¡Dígamelo sin miedo! Le daban ataques de cuando en cuando. Ataques cerebrales... Sufrió tanto... ¡Alex, dígamelo todo! —Rompió a llorar, abriendo los brazos, para que la asombrada María Theresa se refugiase en ellos—. Ha... muerto, ¿verdad? —susurró ella, mirando espantada a Alex. Éste se levantó después de hacer un signo afirmativo con la cabeza.

Úrsula partió aquella misma semana para Estados Unidos. Tenía derecho a una pensión del Gobierno americano, por ser Julian un espía al servicio de aquel país. Y la joven, en Wàshington, pronto encontró una plaza de maestra en una escuela para niños polacos, costeada por los refugiados de aquella nacionalidad.

Alex, pasados unos meses, pidió y obtuvo el traslado a Wàshington, a la sede del

F. B. I.

Quería estar cerca de Úrsula. La quería profundamente, y en su mente, en el tiempo pasado, fue madurando un proyecto, que ya le hacía feliz. Salieron juntos muchas veces, y María Theresa jamás dejó de llamarle papá. La joven madre nunca se opuso a que Alex fuese así llamado. Siempre sonreía y se ruborizaba. Iba renaciendo en ella, además de la conformidad con lo que Dios la había enviado, un nuevo deseo de vivir, de ir gustando un poco de felicidad, al lado de su hija y del prudente y alegre Alex.

Llegado el año de la muerte de Juljan, Alex creyó que era hora de ir insinuando algo de lo que ocurría en su corazón, a Úrsula. Se lo dijo sencillamente, tartamudeando por la emoción, y lleno de temor.

—No debiéramos defraudar a María Theresa —dijo sonriendo tímidamente—. Ella me llama «papá», y aunque creo que no seré nunca como lo fue Juljan..., quisiera hacer la prueba. No pretendo que usted me ame ahora. Tal vez más adelante. Esta esperanza sería ya mucho para mí. Yo la quise en cuanto la vi. Todo aquello que juntos pasamos me hizo tener la seguridad de mi cariño. Si algún día quiere contestarme, hacerme muy feliz...

—Siempre reverenciaré la memoria de Juljan, mi pobre Juljan —contestó ella tristemente—. Pero estoy segura de que si él nos ve, aprobará el que me una al hombre que ha sido más leal para él y conmigo. Creo que podemos casarnos cuando usted quiera, Alex. Pidamos a Dios tenga a su lado a Juljan, pues lo dispuso así, y amémonos tú y yo, porque ambos somos acreedores a ello.

Alex la estrechó en sus brazos, sonriente, inmensamente feliz, y la besó en los rojos labios con timidez, respetuoso del dolor de ella, que se mostraba tan comprensiva y buena.

FIN

Resultado del CONCURSO DE 1951

Retrasado el escrutinio de este Concurso por causas totalmente ajenas a EDITORIAL ROLLAN, al fin hemos recibido el ACTA NOTARIAL del resultado, que transcribimos extractada a continuación:

(Rogamos a los lectores observen las fechas del documento, y así comprueben que EDITORIAL ROLLAN no ha sido causante de tal demora.)

EN MADRID, A QUINCE DE OCTUBRE DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y UNO.

Yo, DON FLORENCIO PORPETA CLERIGO, Notario de esta capital, HAGO CONSTAR:

Que a requerimiento de la Empresa EDITORIAL ROLLAN, y siendo las doce horas del día de hoy, me he constituido en sus locales de la calle de San Bernardo, número sesenta y ocho, con objeto de proceder a la apertura de los sobres presentados para optar a los cuatro premios de dos mil, mil quinientas, mil y quinientas pesetas en metálico, correspondientes al concurso convocado por dicha Empresa bajo la denominación "VACACIONES 1951", según anuncio fecha quince de junio último inserto en las publicaciones de la Casa.

Una vez abiertos en habitación accesible al público, según estaba anunciado, todos los sobres recibidos para este concurso, yo el Notario selecciono los boletos en que aparece escrita sobre líneas de puntos y sin alteración alguna la frase exigida, los cuales son en número de ochenta y cuatro.

Acto seguido introduzco en una caja ochenta y cuatro papeletas, cada una con un número del uno al ochenta y cuatro, todas ellas perfectamente dobladas

y sin señal alguna que permita distinguirlas por su exterior, y extrayendo al azar una de ellas, resultó correspondér al número quince.

Por segunda, tercera y cuarta vez, eliminando en cada una la papeleta sacada en la anterior, repitió esta misma operación, con el siguiente resultado: Papeleta sacada la segunda vez, número setenta y nueve; la tercera vez, número cuarenta y nueve, y la cuarta vez, número cincuenta y uno.

Resultan, por tanto, premiados:

Con DOS MIL PESETAS, don Avelino Torres Fuentes, con domicilio en El Ferrol (Coruña), calle del General Franco, ciento sesenta y tres.

Con MIL QUINIENTAS PESETAS, don Cándido López Martínez, con domicilio en Valladolid, Escuelas de Cristo Rey.

Con MIL PESETAS, don José Hernández Corredor, con domicilio en Madrid, calle de Rodas, número dos.

Y con QUINIENTAS PESETAS, doña Concepción Tebar, con domicilio también en Madrid, calle de Jordán, número dieciocho.

ES COPIA LITERAL de su matriz existente, bajo el número que encabeza, en mi protocolo corriente de instrumentos públicos. Y la expido para la Editorial Rollan en un pliego de séptima clase, serie A, número cinco millones treinta y cinco mil quinientos cincuenta y nueve y en tres de la octava, serie D, números cuatro millones quinientos noventa y tres mil cuatrocientos veinte, cuatro millones ciento cincuenta y tres mil ciento cuarenta y el siguiente en orden. Y la signo, firmo y rubrico en Madrid a VEINTIDOS DE FEBRERO DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y DOS.—DOY FE.—Florencio Porpeta. (Rubricado.)

En consecuencia, y deseosa EDITORIAL ROLLAN de entregar cuanto antes los MAGNIFICOS PREMIOS EN METALICO, se ruega a los afortunados ganadores que escriban indicándonos la forma de cobro que eligen (por Giro Postal o en propia mano) y acompañando una fotografía para su publicación.

Una vez más, EDITORIAL ROLLAN demuestra su reconocida seriedad y anima a los numerosos concursantes que no han tenido la suerte de ser premiados, anunciándoles, para muy pronto, la apertura de un nuevo Concurso con valiosos premios.

EDITORIAL ROLLAN

REBELION

Es la síntesis genial de una vida
aventurera, cuajada de pasajes dra-
máticos y escenas emotivas.

FRANK McFAIR

el autor por todos aplaudido, el cris-
talizador de los argumentos más in-
teresantes, ha creado con su pecu-
liar maestría

REBELION

un acontecimiento literario de gran
interés, en el próximo número de
esta inigualable Colección.

¡BICICLETAS!

¡BALONES!

¡INSIGNIAS DE AGENTE ESPECIAL!

Asistiendo a los Concursos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIOS de

AVENTURAS DEL F. B. I.

Ptas. 5

